

Evangelio según Juan

Frank Binford HOLE

biblicom.org

Índice

1 - Juan 1	3
2 - Juan 2	13
3 - Juan 3	16
4 - Juan 4	23
5 - Juan 5	28
6 - Juan 6	35
7 - Juan 7	43
8 - Juan 8	47
9 - Juan 9	52
10 - Juan 10	55
11 - Juan 11	61
12 - Juan 12	65
13 - Juan 13	71
14 - Juan 14	76
15 - Juan 15	82
16 - Juan 16	86
17 - Juan 17	91
18 - Juan 18	99
19 - Juan 19	103
20 - Juan 20	113

21 - Juan 21 123

1 - Juan 1

El Evangelio según Juan fue evidentemente escrito algún tiempo después de los otros 3 Evangelios. Mateo, Marcos y Lucas habían contado, cada uno a su manera, la historia del nacimiento, los primeros años y la entrada en el ministerio de Jesucristo, y Juan da por sentado su registro, ya que sin él sus primeros párrafos serían difícilmente inteligibles. A medida que el primer siglo se acercaba a su fin, había transcurrido suficiente tiempo para que se lanzaran ataques contra la Persona de Cristo, por ser la ciudadela misma de la fe, y había nociones filosóficas y semi paganas que flotaban y se adherían a la doctrina, que habrían sido desastrosas si no se hubieran enfrentado con la energía del Espíritu de Dios. De ahí que esa energía se pusiera en marcha en los escritos del apóstol Juan, aproximadamente un cuarto de siglo, al parecer, después de que tanto Pablo como Pedro hubieran terminado su curso.

Los primeros cristianos estaban muy preocupados por los llamados “gnósticos”, es decir, los “conocedores”. Nos hemos familiarizado con los agnósticos, es decir, las personas que niegan que sea posible un conocimiento cierto de Dios y de sus cosas. Los gnósticos estaban en el polo opuesto: Decían ser iniciados y tener el conocimiento superior, pero sus teorías negaban tanto la divinidad esencial como la verdadera humanidad de Jesús. Luego estaban los que separaban a Jesús del Cristo. El Cristo era para ellos un ideal, un estado en el que el hombre podría graduarse; mientras que Jesús era el Hombre histórico que apareció en Nazaret. El Evangelio que escribió Juan responde a estos errores, y fue diseñado para hacerlo.

Antes de considerar las palabras iniciales, puede ser bueno leer los 2 versículos que concluyen [Juan 20](#), pues en ellos se expone el diseño ante la mente del Espíritu al redactar este Evangelio. Los milagros registrados son todos «señales» que prueban que Jesús es el Cristo, de modo que no hay separación entre ambos. También demuestran que es el Hijo de Dios, estableciendo así su Deidad. En la fe de estas cosas se encuentra la vida; mientras que rechazarlas es permanecer en la muerte. Este es el objetivo del Espíritu de Dios en este Evangelio, y tendremos que tenerlo continuamente presente mientras lo recorremos. Será una clave muy importante para abrir sus tesoros.

Las palabras iniciales del primer versículo nos llevan al momento más remoto que nuestra mente es capaz de concebir: el momento en que comenzó la primera cosa que tuvo un principio: el momento en el que solo había **Dios**. En ese momento del «principio» el Verbo «era», es decir, existía. Él no comenzó entonces; él existía

entonces. Su *Ser eterno* es proclamado, y somos llevados hacia atrás antes de las palabras iniciales de [Génesis 1](#). Más allá, él estaba «con Dios». Nuestras mentes se remontan a ese momento remoto, y descubrimos que entonces estaba dotado de *una personalidad distinta*. El Verbo no es un título de la Divinidad de manera general, sin ninguna distinción especial, pues al estar «con Dios» se establece definitivamente un lugar especial y distintivo.

Siendo así, la mente razonadora se inclinaría a argumentar: Entonces no podemos hablar del Verbo como Dios en ningún sentido pleno o apropiado; incluso si no es exactamente una criatura, ya que existía antes de la creación. Tal razonamiento se contradice rotundamente con las palabras finales del versículo 1: «El Verbo era Dios». *La Deidad esencial* era suya. Se han hecho intentos para debilitar la fuerza de esta gran declaración, y traducirla: “El Verbo era Divino”, o, “el Verbo era *un dios*”, basado en la omisión del artículo definido; es decir, no dice: «El Verbo era *el* Dios». Pero los que conocen el griego nos dicen que en esa lengua no hay artículo indefinido, y la palabra traducida «Dios» es una palabra fuerte, que denota la Deidad propia y absoluta; y si hubiera dicho que el Verbo era *el Dios*, habría limitado la Deidad al Verbo y excluido de ella a las otras Personas de la Deidad. Las palabras están elegidas con exactitud divina: el Verbo era propiamente y absolutamente Dios.

A continuación, el segundo versículo nos lleva de vuelta a las afirmaciones primera y segunda del versículo 1. Esta personalidad distinta que caracteriza al Verbo no es algo asumido en algún momento posterior. La personalidad *eterna* era suya. En el principio, él estaba «con Dios», porque esta distinción de la Personalidad se encuentra en la esencia misma de la Divinidad. Así, hemos tenido 4 cosas declaradas del Verbo. Su *Ser eterno*; su *Personalidad distinta*; su *Deidad esencial*; su *Personalidad eterna*. Independientemente de lo que tengamos que aprender sobre el Verbo, aquí hay cuatro cosas que deberían inclinarnos en humilde adoración.

Una quinta cosa nos enfrenta en el tercer versículo: Él es el *originador de la creación*, y eso en el sentido más completo. Ahora llegamos a las cosas que fueron hechas; es decir, que llegaron a existir. En los versículos 1 y 2 se utiliza una palabra diferente. El Verbo no llegó a existir: *Era*, pues su ser era eterno. Pero él originó todo lo que llegó a existir, pues creó «todas las cosas». Para no dejar el más mínimo resquicio a un error, esto se enfatiza en la segunda parte del versículo. El lenguaje es notable en vista de la moderna “ciencia falsamente llamada”, tan ampliamente popularizada, que se esfuerza por explicar todo “sin Él”. Las mentes incrédulas se aferran a la teoría de la evolución, a pesar de la patética escasez de hechos que la apoyan, y de que los apoyos que se alegan son de la más frágil descripción, porque al mismo tiempo que

glorifica al hombre lo elimina a Él. Pero en verdad él no puede ser eliminado. De todas las cosas incalculables que originalmente recibieron el ser, ninguna lo recibió aparte de él.

Reflexiona sobre este hecho, pues aquí tenemos la explicación de que los cielos declaran la gloria de Dios, y de que Dios se ha dado a conocer en cierta medida en la creación, como se indica en [Romanos 1:19-20](#). El Verbo creó todas las cosas y, por tanto, en la creación hay una verdadera expresión, hasta donde llega, de Dios mismo y de su mente. Damos expresión a nuestros pensamientos con palabras; y el significado de este gran nombre, **Palabra**, es que Aquel que lo lleva es la *expresión de todo lo que Dios es*; y, como muestran los versículos 1 y 2, *él mismo es esencialmente todo lo que expresa*. La creación, tal como surgió por medio del Verbo, no fue un revoltijo sin sentido, sino una declaración del poder y la sabiduría de Dios.

Llegamos a un sexto gran hecho en el cuarto versículo. El Verbo tiene una *vitalidad esencial*. En él la vida no es derivada sino original y esencial. Si unimos esto a todo lo anterior, percibimos cuán plenamente se declara y protege la propia Deidad del Verbo. Las palabras empleadas son de la mayor brevedad y sencillez –todas las palabras de los primeros 4 versículos, excepto 3, son monosílabos–, pero están cargadas de una plenitud divina de significado, y, como la espada de los querubines en [Génesis 3:24](#), se dirigen a todas partes para mantener inviolada en nuestras mentes la verdad relativa a Aquel que es el Árbol de la Vida para el hombre. Este Evangelio nos mostrará en adelante cómo la vida del creyente se deriva verdaderamente de él, pero el punto en el versículo 4 no es ese, sino que «la vida era la *luz* de los hombres». Este es el punto que se retoma más plenamente en los versículos iniciales de la Primera Epístola de Juan. La vida se ha manifestado, y en consecuencia el Dios que es luz, ha salido a la luz, y en esa luz camina el creyente.

La luz en la que deben caminar los hombres no es simplemente la de la creación –por maravillosa que sea–, sino en la que se ha manifestado en las acciones y palabras del Verbo. Cuando el Verbo se manifestó, la luz brilló, pero el escenario en el que se produjo la manifestación era de tinieblas. En [Génesis 1](#) leemos cómo, mediante la palabra divina, la luz de la creación irrumpió en las tinieblas y, he aquí, las tinieblas desaparecieron. Aquí tenemos una luz de un orden mucho más elevado y aparece en medio de las tinieblas morales y espirituales, que solo podían ser disipadas por una verdadera comprensión de la luz. Por desgracia, faltaba esa comprensión. Sin embargo, aunque las tinieblas permanecieran, no había otra luz para los hombres que «la vida». No hay contradicción en estas afirmaciones, pues, como tantas veces, Juan habla aquí de las cosas según su naturaleza abstracta, y no ha llegado todavía

a la relación histórica de los hechos.

Pero, ¿cómo es que la vida en la Palabra brilló realmente en las tinieblas y se convirtió en luz para los hombres? La respuesta a esta pregunta está en el versículo 14. Antes de llegar a ese versículo tenemos el importante párrafo, los versículos 6-13, donde sí empezamos a ver las cosas desde un punto de vista histórico, y se introduce a Juan el Bautista para poner de relieve la suprema importancia de «la verdadera Luz». Este Juan no era más que un hombre que surgió como enviado de Dios; su misión era dar testimonio de la *Luz*. Es cierto que se habla de él como «una antorcha que ardía» en [Juan 5:35](#), la palabra utilizada en este pasaje es «antorcha» y no “luz”. Juan brillaba como una lámpara y daba testimonio, pero la verdadera Luz es Aquel que, « viniendo al mundo, alumbró a todo hombre ». No es que todo hombre sea iluminado, o el versículo 5 se contradiría, sino que él no era una luz parcial, sino como el sol que derrama sus rayos universalmente. Ninguna nación podría tener el monopolio de la verdadera Luz; así que este Evangelio lleva nuestros pensamientos más allá de los estrechos límites de Israel.

En el resto de este párrafo (v. 10-13) tenemos otras afirmaciones de carácter histórico que amplían y aclaran lo que se nos ha dicho en los versículos 4 y 5. Ya hemos aprendido que el Verbo es una Persona de la Divinidad, que su vida brilló como luz para los hombres, aunque en medio de las tinieblas; ahora descubrimos que el mundo era la sede de esas tinieblas, que el Verbo entró en él, y que, aunque él había hecho el mundo, este se había enajenado tanto que no lo conocía. En este versículo de nuevo no se trata de Israel o del judío, sino del mundo. La luz que se derramó a través de los profetas podría limitarse a Israel, pero no el resplandor de la verdadera Luz.

El apóstol Juan menciona a menudo el mundo en sus escritos, y siempre utiliza una palabra que hemos adoptado en español cuando hablamos del «cosmos», es decir, el universo como un todo ordenado, o a veces, en un sentido más restringido, solo nuestro mundo como un todo ordenado. Ese es el sentido del mundo en este versículo. Como Creador había hecho el universo como un todo ordenado, y llegó un momento maravilloso en el que se encontró en ese cosmos de una manera especial. Estaba allí entrando en este cosmos más pequeño y restringido, que lamentablemente se había pervertido y alienado por el pecado, tan pervertido que ni siquiera lo conocía.

Luego, reduciendo aún más el punto, llegó en realidad a un rincón bastante oscuro de ese cosmos, donde se encontraban sus propias cosas, tal como había sido indi-

cado por la profecía, pero su propio pueblo –Israel–, con el que esas cosas estaban conectadas, no lo recibió. Fue rechazado, pues las tinieblas no pudieron aprehenderlo. Pero, aunque eso fue así, hubo excepciones, como este Evangelio procederá a mostrarnos. Algunos lo recibieron, creyendo en su nombre. No eran de las tinieblas. Sus ojos estaban abiertos y lo aprehendieron, viendo y creyendo en la gloria de su Nombre. Como consecuencia, estos recibieron de él autoridad para convertirse en hijos de Dios, y no en judíos mejores y más iluminados. La palabra aquí es definitivamente «niños»; otra palabra que Juan usa habitualmente, en lugar de la palabra «hijos», que es más usada por Pablo. Hay un matiz de diferencia entre ambas. Se trata de la misma relación bendita con Dios, pero como hijos se trata más bien de nuestra madurez y posición en esa relación; como niños se hace hincapié en el hecho de que hemos nacido verdadera y vitalmente de Dios.

Ese es el énfasis aquí, como muestra el versículo 13. El judío se jactaba de tener sangre de Abraham en sus venas, así como hoy un hombre puede jactarse de haber nacido de sangre aristocrática o incluso real. Aquellas almas humildes, que como excepciones a la regla recibieron a Cristo cuando vino, nacieron de Dios. La voluntad de la carne nunca lo habría producido, pues la carne es totalmente opuesta a Dios. La voluntad del hombre, ni siquiera la del mejor de los hombres, *podría haberla producido*: está totalmente más allá de los poderes del hombre. Su nacimiento fue de Dios, como un acto divino; y Aquel a quien recibieron en la fe les dio el derecho formalmente de tomar el lugar que era vitalmente suyo.

¿Cómo fue que las almas piadosas, de las que tenemos una visión en [Lucas 1 y 2](#), recibieron al Cristo en el instante en que apareció? No porque tuvieran la sangre de Abraham; no porque la carne en ellos fuera de un tipo tan superior que los impulsara a hacerlo; no porque estuvieran influenciados por la poderosa voluntad de algún hombre bueno. Simplemente porque nacieron de Dios. Fue un acto divino. Cuando lleguemos a [Juan 10](#) encontraremos el mismo hecho básico expuesto de otra manera. Cuando el Pastor llegó al redil, encontró allí algunas que eran «sus propias ovejas», que oyeron su voz y fueron conducidas por él. Había muchos que eran sus ovejas a nivel nacional, que no eran *sus propias ovejas* en el sentido en que lo eran María Magdalena y los discípulos y la familia de Betania y Simeón y Ana. Estas personas nacidas de Dios fueron las que lo recibieron.

Ahora, en el versículo 14, retomamos el tema del versículo 5, y encontramos un séptimo gran hecho en cuanto al Verbo. Se hizo carne y habitó entre nosotros. Los versículos 1 y 2 nos dicen lo que él *era* esencial y eternamente. El versículo 14 nos dice lo que *llegó a ser*. *Se hizo carne*; es decir, *asumió la humanidad perfecta*; y así

se nos revelan los otros 6 grandes hechos y se ponen a nuestra disposición. Solo cuando se puso a sí mismo en relación con la criatura, este Ser absoluto y auto existente pudo ser conocido adecuadamente por los hombres.

El hecho de que el Verbo se hiciera carne garantiza no solo que poseía un verdadero cuerpo humano (lo que fue negado por algunos de los primeros herejes), sino también que, habiendo pasado por encima de los ángeles y “vinculado a la descendencia de Abraham”, se había convertido en todo sentido propio en un Hombre. Es significativo que, en este Evangelio, que comienza con una afirmación tan completa de su Deidad, hable de sí mismo como «un hombre» (8:40). Por fin todo lo que es Dios se reveló a los hombres en un Hombre. Habitó entre nosotros «lleno de gracia y de verdad». La base de toda verdad reside en el conocimiento de Dios. Si ese conocimiento hubiera llegado a nosotros sin la gracia, nos habría derrotado; pero aquí estaba Uno lleno de gracia y de verdad, y habitando entre nosotros.

En el versículo 14 hay un paréntesis, puesto entre paréntesis en nuestras Biblias, pero el versículo 15 también es un paréntesis, aunque no está puesto entre paréntesis. El primero nos dice que los apóstoles, y «cuantos lo recibieron» (v. 12), contemplaron su gloria, y era «como del único del Padre», y no como la gloria del Sinaí. Aquella era la gloria ligada a la majestad y a la justa exigencia; esta, la gloria ligada a una relación entrañable e íntima.

El segundo paréntesis introduce brevemente el testimonio de Juan, al que se hace referencia con más detalle unos versículos más adelante, para mostrar que discernió la preexistencia y, por tanto, la gloria divina de Aquel de quien daba testimonio. Históricamente vino después de él, tanto en su nacimiento como en su entrada en el ministerio, pero existía antes que él, y por eso ocupó el primer y supremo lugar.

Eliminando en nuestra mente los 2 paréntesis, obtenemos: «el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros... lleno de gracia y de verdad... y de su plenitud nosotros todos hemos recibido». De nuevo aquí se declara el resultado para el «nosotros» creyentes. Solo «todos cuantos lo recibieron» pueden decir verdaderamente: “hemos recibido” de su plenitud; pero los tales *pueden* decirlo, y *todos* ellos pueden, ¡gracias a Dios! La plenitud de la gracia y la plenitud de la verdad son la porción de cada uno, incluso de los más débiles, aunque nunca habrán explorado toda su plenitud. Se hace especial hincapié en la gracia. La necesitábamos, amontonada en montañas, «gracia sobre gracia». Por medio de Moisés se dio la Ley, formulando las exigencias de Dios, pero sin establecer nada. La gracia y la verdad surgieron aquí abajo y se establecieron realmente con el advenimiento de Jesucristo.

Por fin Juan ha identificado definitivamente a la Persona, conocida entre los hombres, que es el Verbo. El Verbo se hizo carne, habitando entre nosotros, lleno de gracia y de verdad: y, he aquí, esta plenitud está en Jesucristo. Este magnífico prefacio del Evangelio nos ha conducido directamente a **Jesús**.

Una vez allí, se nos da una nueva visión de su gloria. Él es el revelador del Dios que ningún hombre había visto. Como Hijo único que está en el seno del Padre, podía declararlo plenamente como el Padre. En la palabra «seno» tenemos *una figura humana*, pero no debemos utilizarla de *forma humana*. La figura se utiliza en otras partes de la Escritura para indicar la *más estrecha unión* y la *más completa intimidad*. El Hijo es tan completamente uno con el Padre y en la intimidad de su mente, que puede declararlo a la perfección. Nuestro versículo no dice que él *era*, como si fuera un lugar que podría haber dejado, sino que él *es*. Es un «es» eterno, –él siempre estuvo, está y siempre estará en el seno del Padre. Así que el Verbo haciéndose carne significó la venida de la gracia y la verdad, y la plena declaración de Dios como Padre.

Los versículos 19-28 nos dan el testimonio de Juan, pronunciado mientras bautizaba en el Jordán; una faceta totalmente diferente de la que se recoge en otros Evangelios. En primer lugar, está el lado negativo, ya que los líderes religiosos sentían curiosidad por él y querían saber si era el Cristo, o Elías, o el profeta del que había hablado Moisés. Su testimonio fue firme; no era ninguno de ellos, sino solo la voz que clamaba en el desierto, de la que había hablado Isaías. Luego, cuando cuestionaron su bautismo, vino su testimonio positivo. Había ya entre ellos uno que no conocían, tanto más grande que él, que no era digno de desatar su sandalia. Mediante el uso de esta figura gráfica, Juan expresó su sentido de la *gloria suprema* de Aquel que estaba a punto de manifestarse.

Este fue el comienzo del testimonio de Juan. Aumentó en definición e intensidad, como muestran los versículos siguientes.

Algunas de las poderosas implicaciones de la encarnación se nos presentan en la última parte del capítulo. En el primer capítulo de Juan encontramos no solo muchos de Sus nombres y títulos, sino también un despliegue de los diversos oficios y capacidades que Él desempeña.

Los grandes de la tierra desempeñan diversas funciones [1]. No es de extrañar, pues, que el Verbo, haciéndose carne, asuma cargos y desempeñe funciones de inmenso alcance e importancia eterna. Al leer el versículo 29 y observar el testimonio adicional de Juan, nos encontramos con el primero de la serie. Él es «el Cordero de Dios

que quita el pecado del mundo».

[1] La reina de Inglaterra, por ejemplo, aparece en una ocasión como Comandante en Jefe, en otra como Patrona, y así sucesivamente. Como Jefa de Estado desempeña estas funciones y otras más.

Juan dijo en efecto: “Aquí está el único *sacrificio* eficaz, que nunca se repetirá, de valor eterno”. En el Antiguo Testamento el cordero había sido especialmente señalado como el animal dedicado al uso sacrificial: de ahí el título aquí. Jesús es el Cordero de la provisión de Dios, y si quita por medio del sacrificio el pecado del mundo –no solo su pecado o el mío, o el de Israel, sino el de todo el «cosmos»– entonces se ha efectuado una obra de tal magnitud que el acuerdo permanece hasta la eternidad. La cosa debe ser *hecha*, y aquí está el Hacedor de la misma. Por lo general, pensamos en el pecado en sus manifestaciones y en sus innumerables detalles, pero aquí se lo considera como un problema gigantesco y terrible, que encuentra su completa solución y eliminación. Dios tendrá un cosmos –el universo como un todo ordenado– total y eternamente purificado del pecado; y aquí está Aquel que por su sacrificio logra esto. Él es el Sacrificio de las Edades, y en esto vemos la base de todo lo que sigue. Si no fuera así, no habría nada que seguir en el camino de la bendición y la gloria.

Juan procedió a identificar a Jesús como Aquel de quien había hablado anteriormente, y a declarar que el objeto de su bautismo no era simplemente la manifestación del remanente piadoso en Israel, sino la manifestación del Cordero de Dios a Israel. Sobre él había visto al Espíritu como una paloma que descendía y permanecía, no que descendía y regresaba, como la paloma que envió Noé. Cuando fue comisionado, a Juan se le dijo que esto sería, por así decirlo, el sello de Aquel a quien él iba a anunciar como precursor; Aquel que bautizaría no solo con agua, sino con el Espíritu Santo.

Al decir esto, Juan evidentemente presentó a Jesús como el gran *bendecidor*. Como sacrificio, quita el pecado del mundo; como bendición, lo llena con la luz y la energía del Espíritu de Dios. Por lo tanto, es evidente que aquí tenemos 2 partes de un todo, y ambas afirmaciones están en líneas amplias y comprensivas. A cada creyente de hoy se le quitan sus pecados y recibe el Espíritu Santo; un pequeño elemento dentro del ámbito del todo. Pero el punto aquí es el todo, considerado abstractamente. Todavía no vemos que el pecado haya sido eliminado por completo históricamente y que el Espíritu haya sido derramado sobre toda la carne; pero aquí estaba Aquel que hace

que ambas cosas sucedan.

La conclusión de Juan, expuesta en el versículo 34, tiene mucha importancia. Verifica el testimonio que Juan dio en los versículos 15 y 27. Aquí estaba el Hijo de Dios, y de su filiación podía dar testimonio. El Espíritu Santo es una Persona en la Divinidad, y aquí hay un Hombre que tiene esta Persona Divina a su disposición, para derramarla como un bautismo. ¿Quién puede ser este Hombre? Nada menos que el Hijo de Dios, otra Persona de la Divinidad. De este modo, somos conducidos de inmediato al punto que constituye el objetivo principal de este Evangelio (vean 20:31). El Hijo estuvo aquí en la Hombría; de ahí que tal cosa pudiera ser. El Hijo de Dios y el Verbo son uno.

Al día siguiente, Juan dio un testimonio similar, pero concentrándose en la Persona misma y no en su obra. Sin embargo, se trataba de la Persona en su carácter de Cordero sacrificado, y es cuando lleva este carácter que se vuelve especialmente atractivo, como muestra [Apocalipsis 5](#). Esta atracción se sintió aquí, pues 2 de los discípulos de Juan le oyeron hablar así y enseguida se apartaron de Juan para unirse a Jesús. No se puede prestar un servicio más verdadero a Dios que el que desvía a los oyentes del siervo humano y los une a Cristo. Un siervo muy verdadero fue Juan el Bautista.

Jesús no frenó a los 2 discípulos en su deseo de estar con él, sino que los animó a *permanecer* con él. Él no es solo el Sacrificio y la Bendición, sino también el **Centro** al que todos deben acudir. Los 2 discípulos lo habían descubierto por una especie de instinto, y su acción basta para presentarlo ante nosotros en esta calidad. Actualmente tenemos al Señor diciendo: «Yo, si soy elevado de la tierra, a todos atraeré hacia mí» (12:32) y en los días venideros esto se cumplirá visiblemente. Pero entre todos los miles, Andrés y el otro discípulo tendrán la distinción de ser los primeros en descubrir el Centro Divinamente designado en Jesús.

El versículo 41 nos muestra que lo ocurrido había revelado al alma de Andrés que Jesús era el Cristo. De nuevo debemos pensar en aquel versículo del capítulo 20: era el que bautizaba con el Espíritu Santo, por tanto, el Hijo de Dios; era el Centro, designado por Dios, por tanto, el Cristo. La primera acción de Andrés fue buscar a su propio hermano Simón y darle testimonio de su descubrimiento, y así «lo llevó a Jesús». A menudo ha sucedido desde entonces, que el hombre más fuerte y distinguido ha sido conducido al Salvador por alguien de tipo muy ordinario. Hasta donde tenemos constancia, esto es lo más llamativo que hizo Andrés.

Simón era un hablador fácil, y entre los discípulos solía ser el primero en hablar,

pero cuando lo llevaron ante Jesús no dijo la primera palabra. Jesús demostró enseguida que conocía su nombre y su ascendencia, y le dio un nuevo nombre. Como vimos con Daniel y sus 3 amigos, los grandes reyes afirmaban su propiedad sobre los siervos y esclavos cambiando sus nombres; de la misma manera, cuando Simón vino a Jesús, este afirmó su derecho sobre él. Pero al darle un nombre que significaba «una piedra», hizo más que eso: lo incorporó al edificio que tenía en mente, y del que en ese momento Simón no sabía nada. En efecto, Simón, según consta, no tenía nada que decir. Lo que el Señor tenía en mente y lo que dijo era lo más importante.

Solo tenemos que ir a [1 Pedro 2](#), para encontrar que actualmente Simón sí sabía, y tenía algo que decirnos al respecto. Al acercarse a Cristo, la Piedra Viva, se convirtió en una piedra viva con vistas a la edificación de Dios, que se está llevando a cabo durante la época actual; y, como nos muestra en ese capítulo, lo que era cierto para él también lo es para nosotros, al acercarnos cada uno a la Piedra Viva. Está claro, pues, que Jesús se reveló como el **Constructor** de la Casa de Dios por la forma en que se encontró con Simón, aunque el propio Simón y los demás no lo supieran en ese momento. Esta es otra capacidad que Jesús llena.

Jesús mismo tomó la iniciativa de encontrar a Felipe, como muestra el versículo 43, presentándose con las dos palabras: «Sígueme». Las 2 palabras evidentemente fueron suficientes. Presentaron Jesús a Felipe como el *líder*, que con razón ordena la obediencia leal de todos y cada uno. Felipe lo siguió y se convirtió en un buscador de otros, aunque todavía no sabía mucho. A Natanael solo pudo hablarle de «Jesús de Nazaret, hijo de José»; una designación ni muy elevada ni muy correcta de Aquel a quien acababa de empezar a seguir. Al principio tuvo el efecto de prejuzgar un poco a Natanael, pero fue suficiente para conducirlo a una entrevista con el Señor.

Una vez más, Jesús tomó la iniciativa y con su exclamación inicial sobre Natanael se reveló como el Discernidor de los corazones de los hombres. Aquí había un israelita, no sin pecado, pero sin engaño; es decir, sin engaño ni deshonestidad. Aquí había un hombre que era recto y honesto en su espíritu ante Dios; y Jesús lo sabía, como lo demostró con su respuesta a la pregunta sorprendida de Natanael: «¿De dónde me conoces?». El Señor se mostraba como el **Juez** de todos, ante quien todos los hombres están desnudos y descubiertos, que puede poner a cada uno en su lugar. Natanael vino a ver a Jesús de Nazaret, y descubrió a Uno que lo sabía todo sobre él y lo leía de cabo a rabo como un libro abierto. ¿Quién podría ser este Jesús?

La respuesta de Natanael se da en el versículo 49, y nos lleva de nuevo a ese versículo en [Juan 20](#). Él es «el Hijo de Dios» y también «el Rey de Israel». Como israelita

ferviente y piadoso, esperaba al Rey, y se habría inclinado a poner todo el énfasis posible en él. Pero evidentemente, en presencia de este Juez de los hombres y Escudriñador de los corazones, todo el énfasis recaía en el hecho de que debía ser el Hijo de Dios; y si eso, entonces el Rey de Israel. A continuación, obsérvese cómo en el versículo 50 Jesús aceptó el homenaje de Natanael como fruto de la fe. Al oír las palabras de Jesús había creído, y su homenaje era fruto de ello.

En el versículo 50 parece haber un contraste entre *oír* y *ver*. El oír induce a la fe, pero viene un día en que veremos cosas mayores que las que hemos oído. Cuando llegue el día de la vista, veremos al Hijo del hombre como el gran **Administrador** del universo de luz y bendición de Dios. Los ángeles tendrán su lugar de servicio, pero todos sus movimientos serán regulados y realizados en referencia a él. Este cargo lo ocupará como Hijo del hombre, de acuerdo con lo que se predice en el [Salmo 8](#). Ese Salmo, en efecto, habla de él como hecho «poco inferior a los ángeles», pero esto fue para el sufrimiento de la muerte, como nos informa [Hebreos 2](#). También habla de que tiene dominio sobre las obras de Jehová en la tierra y el mar. Nuestro versículo en [Juan 1](#) muestra que los ángeles estarán sujetos a él, pero [Hebreos 2](#) lo lleva aún más lejos, diciendo que «todas las cosas» que están en sumisión significa que no hay «nada dejó que no le esté sometido». El Hijo del hombre dominará tanto los cielos como la tierra.

Antes de pasar del primer capítulo, notemos que no solo tenemos estos atisbos de las diversas capacidades que cumple el Verbo hecho carne, sino que también salen a la luz todos sus títulos principales: –Jesús, el Mesías; el Cristo; el Hijo único; el Cordero de Dios; el Hijo de Dios; Jesús de Nazaret; el Rey de Israel; el Hijo del hombre. Todo el capítulo es como una mina ricamente surcada por estas vetas de oro.

2 - Juan 2

Este capítulo comienza: «Al tercer día». Si retrocedemos, encontramos que el segundo día fue aquel en el que Felipe fue encontrado, y el primero aquel en el que Andrés y su compañero encontraron su Centro en Jesús. Viendo estas cosas en un sentido típico o alegórico, podemos decir que el primer día es aquel en el que la Iglesia se reúne con Cristo; el segundo, aquel en el que él es reconocido como Hijo de Dios y Rey de Israel por el remanente piadoso en Israel; el tercero, el de la bendición y el gozo milenarios como fruto de que el Hijo del hombre sea puesto sobre

todas las cosas.

En la ocasión de las bodas de Caná, ninguna gloria externa marcó la presencia de Jesús. Sus discípulos estaban allí y su madre también, pero pronto mostró, por la respuesta que dio a su madre, que la iniciativa era suya y no de ella; y también que su hora no había llegado todavía, ni la hora de su sufrimiento, ni la hora de su gloria, cuando «todas las cosas» estarán a su disposición. Sin embargo, rápidamente manifestó su gloria mostrando que el agua estaba a su disposición, y que podía hacer de ella lo que quisiera. Convirtió el agua de la purificación en vino de la alegría. Este fue el comienzo de sus milagros o señales, y como señal se anticipó al resultado final de su obra. No puede haber alegría duradera si no es sobre la base de una purificación que él lleva a cabo, y la alegría que brotará cuando por fin llegue el día de las bodas para un Israel purificado, será la mejor de todas. El «vino bueno» se guarda hasta ese día. Esta señal, que demuestra su gloria, confirmó la fe de sus discípulos, y bien puede confirmar la nuestra.

Después de un breve período todavía en Galilea, subió a Jerusalén para la Pascua. Todo esto ocurrió antes de que Juan fuera encarcelado, y por lo tanto antes de su entrada más pública en el ministerio, como lo registran los otros evangelistas. La escena en el Templo, registrada aquí, tuvo lugar, por tanto, justo al principio de su ministerio. Estaba en el centro de las cosas cuando llegó al Templo, y aquí, en el centro mismo, se manifestaba con más fuerza la necesidad de una obra de purificación. La Casa de Dios, su Padre, se había convertido en una casa de comercio, en un lugar de intercambio y beneficio mundano.

Esto ilustra cómo las bondadosas disposiciones de la Ley podían ser y fueron corrompidas para servir a los fines codiciosos del hombre. En [Deuteronomio 14:22-26](#) había instrucciones sobre este punto, y ellos podían alegar que solo estaban haciendo lo que la ley permitía. La Ley les decía que trajeran su dinero y compraran lo que necesitaran, pero no aprobaba las prácticas codiciosas que habían introducido, convirtiendo la Casa de Dios en un centro de fabricación de dinero. Lo mismo, en principio, puede verse en nuestros días; como los santuarios romanos con tiendas anexas donde los devotos compran velas y otra parafernalia a precios elevados.

El Señor aún no renegaba del Templo. Lo trataba como la Casa de Dios, y estaba lleno de celo por él. Nadie podía resistirse a él y a su azote de cuerdas pequeñas, y los malhechores tenían que irse por el momento. Los judíos, sin embargo, desafiaron lo que hizo y exigieron una señal, como si la irresistible autoridad de su acción no fuera señal suficiente. En respuesta, les dio la gran señal de su propia muerte y

resurrección, solo que redactada en lenguaje simbólico. El hecho era que el Templo, como morada de Dios, estaba a punto de ser sustituido por él mismo. Su cuerpo era un «Templo» mucho más maravilloso que el que había estado en el Monte Moria. El Verbo habitó entre nosotros en la carne, y por lo tanto «Dios estaba en Cristo» de una manera mucho más profunda e íntima. La plenitud de la Divinidad habitaba en él. El Templo había servido para una determinada función en Israel, pero ahora él estaba llenando esa capacidad de una manera totalmente nueva.

Desde el principio de este Evangelio se le ve como rechazado. Así que aquí Jesús da por sentada la mortal animosidad de su pueblo. Sus palabras eran una predicción de que pondrían sus manos en su muerte; destruyendo, en la medida de lo posible, el templo de su cuerpo. Ellos destruirían, y en 3 días él lo levantaría. Obsérvese cómo dice que lo hará. Es igualmente cierto, por supuesto, que Dios lo resucitó de entre los muertos, pero en [Juan 10](#) vuelve a hablar de su resurrección como un acto propio. Esto está en consonancia con el Evangelio que lo presenta como el Verbo que era Dios y se hizo carne. De todas las señales que mostró, su propia resurrección fue la más grande.

En ese momento nadie, ni siquiera sus discípulos, le entendía. Este es otro rasgo característico del Evangelio según Juan. Continuamente es malinterpretado, tanto por los amigos como por los enemigos. Solo después de su resurrección y del consiguiente don del Espíritu, los discípulos comprendieron el verdadero significado de estas cosas. Pero esto tampoco es sorprendente. Si el Verbo se hace carne, nos hablará con acentos humanos, es cierto; pero también hablará de las cosas elevadas que conoce como en el seno del Padre. De ahí que sus palabras tengan una profundidad que va más allá de la plomada que posee el hombre, una profundidad que solo el Espíritu Santo puede revelar.

Cuando el Señor habló en sentido figurado de su resurrección, sus palabras no fueron comprendidas por nadie, pero las obras de poder que hizo tuvieron su efecto en muchas mentes. Los versículos que cierran el segundo capítulo muestran que los milagros pueden producir una “creencia” de cierto tipo. Muchos en Jerusalén en aquel tiempo habrían suscrito el dictamen de que “ver es creer”; sin embargo, la creencia que surge de la vista de los hechos, que no puede ser negada, no es la fe dada por Dios que salva. Es una mera convicción intelectual que, cuando se pone a prueba, se derrumba fácilmente, como vemos en el versículo 66 del capítulo 6.

Por el momento, las cosas en Jerusalén debían parecer bastante prometedoras, pero Jesús vio debajo de la superficie y el evangelista aprovecha la oportunidad para

decírnoslo. Hace la doble declaración de que Jesús «conocía a todos» los hombres y que «sabía lo que había en el hombre». Vuelve a hacer una afirmación muy parecida en [Juan 6:64](#); pero esta, en nuestro capítulo, es la primera de una serie de observaciones similares que nos revelan la omnisciencia de nuestro Señor, y están muy en consonancia con el carácter de este Evangelio. Conociendo a estos hombres, Jesús no se comprometió con ellos. El término traducido *comprometer* es el mismo que el traducido *creer* en el versículo anterior, lo que nos ayuda a ver que la verdadera fe no es una mera convicción mental, sino el compromiso de uno mismo en simple confianza con Aquel en quien se cree.

3 - Juan 3

Este capítulo comienza realmente con una palabra que puede traducirse como «*pero*», aunque se omite en la versión autorizada (inglesa). Nicodemo estaba entre los impresionados por los milagros, *pero* en su caso existía algo más. Las señales que había presenciado le habían conducido en sus pensamientos a Dios, y tras Dios buscaba. La forma ortodoxa de buscar a Dios era ir al Templo, y eso Nicodemo lo habría hecho de día. Eligió la forma no ortodoxa de buscar una entrevista con este «Maestro venido de Dios», que no era popularmente aceptado; por eso lo hizo de noche. Él mismo era un líder y maestro en Israel, y supuso que todo lo que necesitaba para sí mismo era más instrucción. No era poca cosa para este orgulloso fariseo tomar el lugar de un humilde erudito.

El Señor se reunió con él de inmediato con ese gran y enfático pronunciamiento sobre la absoluta necesidad del nuevo nacimiento. Sin él, nadie ve el reino de Dios. Puede ver los milagros y las señales, pero no ve el reino. Nicodemo necesitaba el nuevo nacimiento y no la enseñanza, pues enseguida se mostró incapaz de entender las palabras del Señor, y así ilustró su verdad. No podía ver en ellas más que una referencia desconcertante al nacimiento natural. Esto provocó un segundo pronunciamiento enfático en el que el asunto se lleva un paso más allá. El reino no solo ha de ser visto, sino que se ha de entrar en él, y el nacimiento para ello ha de ser de agua y de Espíritu.

Lo que es imperativo no es simplemente un nuevo comportamiento o nuevos principios de acción, sino un nuevo nacimiento, y esto significa un *origen* completamente *nuevo*. El origen y el pedigrí de Nicodemo eran los mejores, ya que procedía de la verdadera estirpe abrahámica. Además, había adquirido toda la cultura posible en

la religión judía. Si él, un hijo culto de Abraham, necesitaba un nuevo nacimiento, esto demuestra que toda carne, incluso la carne abrahámica, está condenada ante Dios. El hecho de que el nuevo nacimiento sea universalmente necesario pone la sentencia de condenación sobre todos nosotros. Por nuestro primer nacimiento encontramos nuestro origen en Adán, participando de su vida y naturaleza. Solo al experimentar el nuevo nacimiento, que nos lleva a otra vida y naturaleza, podemos ver o entrar en el reino.

Las palabras del Señor en el versículo 5 son claramente una referencia a la profecía de [Ezequiel 36:24-32](#), que predice la limpieza profunda y fundamental que alcanzará a Israel en el comienzo de la era milenaria, cuando Dios «esparciré sobre vosotros agua limpia», dándoles «un corazón nuevo», y poniendo dentro de ellos «un espíritu nuevo», y luego poniendo su Espíritu dentro de ellos. Como resultado de esto serán tan limpios en su propio ser que se aborrecerán a sí mismos en sus antiguas corrupciones, y entonces serán bendecidos por Dios. Este pasaje no nos da toda la verdad del asunto, pero da tanto que Nicodemo no debería haber sentido ninguna sorpresa por las cosas que acababa de oír. Como maestro en Israel debería haber sabido lo que Ezequiel había dicho.

Bajo la Ley se ordenaba mucha aspersión, generalmente de sangre, pero a veces de agua, como en [Números 8 y 9](#). Mediante la aspersión se *aplicaba* la sangre o el agua. El agua es el gran *agente* limpiador. Ezequiel utilizó estas figuras familiares para enseñar que Dios aplicaría su agente limpiador a Israel para su renovación espiritual. Su agente de limpieza espiritual es *su Palabra*, como se indica en el [Salmo 119:9](#).

Así que aquí encontramos al Señor en sus primeras declaraciones vinculando su enseñanza con lo que se había dado a conocer a través de Ezequiel, y al mismo tiempo aclarando y ampliando la verdad. Todavía se nos revela más sobre ello en las Epístolas, y debemos recordar que lo que leemos al respecto, en [Juan 1:12-13](#), fue escrito por el apóstol Juan años después de que se hubiera concedido plena luz sobre el tema. A Nicodemo Jesús le dijo que el nuevo nacimiento es una necesidad imperativa para toda alma que quiera ver o entrar en el reino; que es del Espíritu como agente activo, y del agua de la Palabra como agente pasivo. Tal es el estado de todos los hombres que nada menos fundamental y drástico que un nuevo nacimiento será suficiente.

También afirmó que la carne siempre permanece en la carne, y lo que nace del Espíritu participa de su naturaleza y permanece en el espíritu. El versículo 6 deja

muy claro que las 2 naturalezas son totalmente distintas y nunca se funden la una en la otra. Se aplica la frase, tantas veces repetida en [Génesis 1](#): «Según su género». No hay más rastro de evolución aquí que en [Génesis 1](#): por ningún tipo de cultivo o selección natural puede la carne transmutarse en espíritu.

Se ha producido una gran cantidad de razonamientos y controversias en cuanto al nuevo nacimiento, que podría haberse evitado si se hubiera observado debidamente el versículo 8. La palabra griega para «viento» y «Espíritu» es la misma. Al igual que el viento, el Espíritu es invisible, y solo puede ser aprehendido *oyéndolo* en la palabra que da, o *sintiendo* los efectos de sus operaciones. Como el viento, tampoco está sujeto a nuestro control, y sus acciones están más allá de todos nuestros pensamientos. Lo mismo se aplica a todos los que son espíritu como nacidos de Él. Por lo tanto, debe haber en el nuevo nacimiento, y en los nacidos de nuevo, elementos incomprensibles para nosotros; en consecuencia, nuestros razonamientos pueden ser fácilmente vanos o incluso erróneos.

En el versículo 11 tenemos la nota de énfasis especial: «En verdad, en verdad», por tercera vez en este capítulo. Nicodemo debía notar especialmente que el Señor no estaba hablando como un simple profeta. Tenía un conocimiento consciente de las cosas de las que hablaba:

Había visto realmente aquello de lo que daba testimonio. Estaba siempre «en el seno del Padre», como ya se ha dicho. Sin embargo, su testimonio no fue recibido por el hombre, aparte de la operación del Espíritu de Dios. ¿Y de qué dio testimonio? Había hablado de las cosas insinuadas por Ezequiel como necesarias para la bendición terrenal en la era milenaria, dando una expansión a la profecía de Ezequiel, y aquí estaba Nicodemo lleno de vacilación y duda. Todavía tenía que hablar de las cosas relacionadas con los propósitos de Dios para el cielo; ¿es posible que estas cosas sean recibidas con fe?

Las cosas celestiales, por su propia naturaleza, deben ser totalmente inaccesibles para los hombres. Sus pies pisan la tierra y están familiarizados con ella, pero nunca han llegado al cielo. Pero aquí había *Uno* totalmente competente para revelar las cosas celestiales. Una asombrosa paradoja nos saluda. Bajó *del* cielo, pero estaba *en* el cielo. Sin embargo, si recordamos cómo empezó el Evangelio, la paradoja desaparece. Aquí está el Verbo que era Dios y se hizo carne. Al hacerse carne, ciertamente bajó del cielo, pero no dejó de ser Dios, que está en el cielo. Pero él dijo: «*El Hijo del hombre que está en el cielo*». Sí, y evidentemente se pretende que aprendamos con ello que no estamos en libertad de diseccionar en nuestras mentes su perso-

na, como algunos se inclinan a hacer. No debemos decir que en *esa* posición él es completamente Dios; o *que lo* hizo por completo como hombre. Podemos distinguir, por supuesto, pero no debemos dividir. Incluso en su condición de hombre, su personalidad es una e indivisible. De ahí que el Hijo del hombre sea el portavoz completamente competente de las cosas celestiales. ¡Qué diferencia con todos los anteriores!

Habiendo mencionado las cosas celestiales, el Señor procedió de inmediato a predecir el gran acontecimiento que debía tener lugar antes de que pudieran estar a disposición de los hombres, y se hiciera la plena revelación de las mismas. El acontecimiento había sido tipificado por la serpiente de bronce en el desierto, hasta la elevación del Hijo del hombre en la cruz. Esta es la obra hecha para nosotros, fuera de nosotros mismos. El nuevo nacimiento es una obra realizada *en nosotros*. En cuanto a ambos, Jesús usó la palabra ***debe***; porque ambos son imperativos si vamos a tener que ver con Dios en la bendición. La muerte sacrificial del Hijo del hombre es el único camino posible de vida eterna para el hombre; un camino que se hace efectivo para «todo aquel que cree en él»; es decir, por la fe.

Los versículos 16 y 17 comienzan ambos con «Porque», por lo que están estrechamente relacionados con los versículos 14 y 15. Descubrimos que este Hijo del hombre, que descendió del cielo, pero que está en el cielo, que fue levantado en la cruz, es el Hijo único que Dios dio. Cuán sorprendentemente encaja todo esto con **Romanos 8:3**, donde también se expone la verdad tipificada por la serpiente de bronce. Así como Moisés hizo la serpiente de bronce a semejanza de las serpientes ardientes que eran la fuente del mal, así Dios había enviado a su propio Hijo a semejanza de la carne pecadora, para que el pecado en la carne fuera condenado en su sacrificio por el pecado. El pecado residía en nuestra carne, dominando y corrompiendo nuestra vieja vida. Creyendo en Jesús, el Hijo de Dios, la vida eterna es nuestra; pero se basa en la condena del pecado por parte de Dios en la cruz. Allí el poder gobernante, activo en nuestra vieja vida, fue condenado, la garantía de que finalmente será eliminado para siempre. Sobre esa base se da la vida eterna.

En el don del Hijo único se revela el amor de Dios; un amor que abarcaba no solo a Israel, sino al mundo. Es muy llamativa la forma en que la gracia que se da a conocer en este Evangelio sobrepasa los estrechos límites de Israel. En los primeros versículos vimos que «la vida era la luz de *los hombres*», no solo de Israel; así como que la verdadera Luz «ilumina a *todo hombre*». Así que aquí, «Dios... amó tanto *al mundo*», y el don del Hijo es la medida del amor. Además, el término «único» expresa el lugar supremo y exclusivo que ocupa en el amor de Dios. El tipo de

Abraham e Isaac nos ayuda aquí. [Hebreos 11](#) nos dice que Abraham ofreció «a su hijo único», aunque de hecho tenía a Ismael en ese momento y posteriormente muchos más hijos. Sin embargo, Isaac se mantuvo solitario y solo en el propósito de Dios y en el afecto de Abraham. De esta manera tan llamativa, el término se utiliza para referirse al Hijo de Dios, con la intención de comprender en nuestras mentes la grandeza del don de Dios. Dios dio al **Único** supremo y **único** en su afecto.

El versículo 17 aporta una idea más. Perecer es el final del curso que sigue el mundo, como indica el versículo 16. Ahora encontramos que el juicio y la condenación están por delante. Perecer es estar eternamente en total alienación y separación de Dios; es decir, en un estado de muerte eterna. En consecuencia, la vida es una necesidad urgente para los hombres, y el don del Hijo único ha hecho posible que el creyente en Él tenga no solo algún tipo de vida, sino la «vida eterna», la vida de esa cualidad divina y sumamente maravillosa. Así también, la venida del Hijo al mundo no fue con el propósito de condenar; la Ley de Moisés ya había traído eso muy efectivamente. Vino para salvar. Los piadosos de Israel esperaban que se levantara «un poderoso Salvador» en la casa de David, que los salvara de sus enemigos (vean [Lucas 1:68-71](#)), pero esto es algo mucho más grande. La salvación es del pecado y de sus efectos, y su alcance es la humanidad.

Sin embargo, aunque el Hijo de Dios no había venido a la tierra con el objeto de condenar, su presencia aquí trajo incidentalmente la condenación, ya que él era la Luz, y la luz hace que todo se manifieste, y así pone a todos los hombres a prueba. La luz actúa en la iluminación y en la manifestación, y en su presencia el hombre reacciona de una de 2 maneras. Si es un hacedor del mal, ama las tinieblas y odia la luz porque le reprende. Si es un hacedor de la verdad, acoge la luz y acude a ella. Estos versículos (18-20) suponen que el que «cree en él» es el hacedor de la verdad; mientras que «el que no cree» es el hacedor del mal. El uno viene a la luz y no hay condena para él; el otro permanece en las tinieblas, y esto es suficiente para condenarlo. La luz ha aparecido en la venida del Hijo de Dios y él no ha creído. Eso es suficiente, y no hay necesidad de esperar hasta la llegada del día del juicio real. *Ya está condenado.*

Los versículos 22-24 dejan bastante claro que lo anterior ocurrió antes de que Juan Bautista fuera arrojado a la cárcel, que es el punto desde el que comenzó el ministerio público del Señor según [Mateo 4:12](#); [Marcos 1:14](#); [Lucas 3:20](#). Durante un corto tiempo el bautismo fue administrado tanto por el Señor –a través de sus discípulos (vean [Juan 4:2](#))– como por Juan. Algunos judíos aprovecharon la ocasión para informar a Juan de esta actividad del Señor, como si quisieran provocar sus celos. Si

este era su objetivo, no lo consiguieron en absoluto.

Con verdadera humildad y fidelidad, Juan se mantuvo en su lugar de siervo de Dios que no tenía nada más que lo que había recibido del cielo. Tuvieron que dar testimonio de que nunca había pretendido ser el Cristo. Había afirmado ser *el precursor* del Mesías; también era *el amigo* del Esposo. En esta segunda afirmación, evidentemente hablaba en sentido figurado a modo de ilustración. La verdad, como la que tenemos en [Apocalipsis 19:7](#), no se había revelado todavía, pero sin duda se inspiró para expresarse en términos que se ajustaran exactamente a esa verdad, cuando fuera revelada. No tenía ningún vínculo con la esposa, pero como amigo del Esposo tenía en él el más profundo interés y afecto. Oír la voz del Esposo llenaba su copa de gozo hasta el borde.

Entonces Juan pronunció unas palabras que deberían estar grabadas en el corazón de todos los que aman al Señor Jesús: «Él debe crecer, y yo debo menguar». Por tercera vez en este capítulo tenemos «**debe**». En el versículo 7 está relacionado con la gran necesidad del hombre; en el versículo 14 con el gran amor de Dios; aquí con la devoción del siervo de corazón verdadero. Como el sol, Cristo debía subir a su cenit con una gloria creciente; así, como la luna, Juan debía apagarse y desaparecer. Él lo sabía y se regocijaba, porque en ese momento en sus pensamientos Cristo lo era todo. Lo conoció como alguien que venía del cielo y no de la tierra en absoluto. Siendo así, hablaba de una manera imposible para todos los demás. Estaba en contacto con toda la gama de cosas celestiales de una manera imposible para el más grande de los profetas, como Juan.

Las palabras de Juan se hicieron realidad, y pronto tuvo que disminuir y perderse de vista en la cárcel. En esto no fue una excepción a la regla. Es la regla para todos los siervos de Dios: de una manera u otra disminuyen y se van. Así ocurrió con Moisés en el Antiguo Testamento y con Pablo en el Nuevo. Aunque fueron grandes siervos, no debemos pensar demasiado en ellos. Pablo tuvo su día como ardiente evangelista y fundador de iglesias. Pero luego vino la prisión para él, y el fracaso en las iglesias, y así desaparece de nuestra vista. Pablo disminuye, pero solo para aumentar la excelencia suprema de Cristo. Así debe ser para todos nosotros, y debemos alegrarnos de ello, como hizo Juan.

Las palabras iniciales del versículo 33 parecen contradecir las palabras finales del versículo 32, pero la paradoja es puramente verbal y se basa en una de esas afirmaciones abstractas que aparecen tan repetidamente en los escritos de Juan. El hombre en su condición natural está totalmente muerto y no responde al testimonio divino.

El hecho se afirma *de forma abstracta* al final del versículo 32. Pero, por otra parte, Dios obra por medio de su Espíritu en los corazones de algunos; y así, desde un punto de vista práctico, encontramos a aquellos que reciben el testimonio, y al hacerlo sellan que Dios es verdadero. Al principio el diablo impugnó el testimonio que Dios dio a Adán, y así se introdujo el pecado. La fe reivindica la verdad del testimonio, y así se introducen la vida y la salvación.

El testimonio de Dios había existido desde el momento en que Dios habló a Adán acerca de los árboles del Jardín, pero ahora alcanzaba su apogeo en este **Uno** a quien Dios había enviado, que conocía por observación las cosas celestiales de las que hablaba, que las pronunciaba con «las palabras de Dios», poseyendo el Espíritu sin medida ni límite alguno. Por lo tanto, finalmente hubo un testimonio de alcance infinito y plenitud incomparable. Por supuesto que trascendía totalmente los poderes del hombre natural, pero el simple creyente puede aceptarlo, poniendo su sello como la verdad de Dios.

Los versículos 35 y 36 parecen ser un párrafo aparte en el que las palabras del Bautista son complementadas por el evangelista, que podía hablar a la plena luz de todo lo que se había revelado en el Verbo hecho carne. Habiéndose manifestado el Hijo, se había dado a conocer el Padre, así como las relaciones entre estas Personas Divinas. Aquí nos encontramos con 3 grandes hechos relativos al Hijo. Él es el objeto del amor del Padre. Por el don del Padre, todas las cosas están en su mano, para que disponga de ellas como quiera. Él es el objeto de la fe y, por tanto, la prueba de todo hombre. Creer en él es ser poseedor de la vida eterna. Rechazar la sujeción de la fe a él es ser excluido de la vida y estar bajo la ira de Dios.

Así, muy pronto en este Evangelio descubrimos que el Hijo no solo es el *Creador* de todas las cosas y el *Revelador* de todas las cosas como el Verbo, sino que también es el *Operador* en todas las cosas, **el Disponedor** de (el Dador o el que tiene) todas las cosas, y finalmente como el Objeto del amor del Padre se manifiesta entre los hombres, convirtiéndose en el *Criterio* para todos. Observamos que, en el versículo 36, la vida ha de ser poseída y también vista, lo que muestra lo amplio que es el término «vida eterna»; y, además, que la antítesis de ver la vida es permanecer bajo la ira de Dios. También en este caso las cosas se exponen de forma abstracta, pero el lenguaje es tal que rechaza las 2 teorías con las que los hombres intentan escapar del solemne hecho del castigo eterno. Las palabras «no verá la vida» rechazan la reconciliación universal, que declara que de una manera u otra todos la verán finalmente. La teoría de la inmortalidad condicional, que significa la aniquilación de los incrédulos impenitentes, es negada por el hecho de que la ira de Dios «per-

manece» sobre los mismos –por lo tanto, existen permanentemente. En este punto recordemos de nuevo [Juan 20:31](#). Este Evangelio está escrito para que podamos estar entre los que creen y tienen vida. La terrible alternativa a esto se nos presenta muy claramente aquí.

4 - Juan 4

Los párrafos finales del tercer capítulo surgen de la intromisión de los judíos en el asunto del bautismo de Juan, y de su reacción a ello: este capítulo se abre con la reacción del Señor a su intromisión. Juan tomó gustosamente el lugar de la disminución para que su Maestro pudiera aumentar. El Maestro se retiró a Galilea para que no se instituyera una rivalidad, que sería tan perjudicial para su siervo. Tal era su atento cuidado por Juan. Además, el propio Señor habría sido menospreciado si se le tratara así. Lo habrían puesto al lado de Juan como una especie de líder del partido, semejante en principio al error de los santos corintios que unían el nombre de Cristo con el de Pablo, Apolos y Cefas. Esto nunca debe ser así.

La ruta directa a Galilea pasaba por el distrito de Samaria, así que «le era necesario pasar» por ese camino como una necesidad geográfica (de su itinerario). Pero había también una necesidad relacionada con la gracia de Dios que le imponía un camino que le llevaba a una ciudad particular de Samaria, llamada Sicar. Jesús, el Verbo hecho carne, estaba cansado de su viaje, un testimonio de la realidad de su humanidad; y no solo cansado, sino también hambriento y sediento. Se sentó junto al pozo hacia el mediodía, cuando se acercaba el momento de mayor calor. Nicodemo lo buscó de noche. A mediodía buscó a un pecador samaritano. El Evangelio según Juan se especializa en el registro de sus conversaciones y tratos con individuos. También registra sus conversaciones –generalmente de naturaleza controvertida– con grupos de personas, pero ni una sola vez deja constancia de sus predicaciones más formales, como el Sermón del Monte o las parábolas de [Mateo 13](#). Muchos de nosotros admitiríamos que se necesita más habilidad espiritual para tratar correctamente con un individuo que para dirigirse a una multitud, y que exige una mayor exigencia de nuestro valor. Aquí se nos presenta un ejemplo perfecto de trato personal.

Jesús comenzó pidiendo un trago de agua fresca. El Verbo hecho carne toma el lugar de un humilde suplicante ante un ejemplar muy pecador de sus criaturas. Es un espectáculo maravilloso. Al considerarlo simplemente como un judío, la mujer sintió que se estaba menospreciando; pero a la luz de la verdadera situación podemos

ver cuán verdaderamente se había despojado de su reputación y se había vaciado. Pero este acercamiento tan humilde a la mujer dio un comienzo muy ventajoso a la conversación. Si nosotros, que pretendemos servir hoy a las almas de los hombres, pudiéramos acercarnos siempre a ellas con humildad, seríamos realmente sabios.

La mujer, despertando el asombro y la curiosidad, no pudo resistirse a preguntar cómo se había hecho semejante petición. La respuesta de Jesús, en el versículo 10, le hizo ver 3 cosas. *Primero*, el hecho de que Dios es un dador. Ella había conocido un poco de la Ley, pero esto lo puso ante ella bajo una luz totalmente nueva. En *segundo* lugar, indicó la misteriosa grandeza de su propia persona, ya que era el dispensador del don de Dios. Ella no vio en él más que a un judío que pedía un poco de agua. Cuando lo conociera, descubriría que él era realmente el Dador de un don de un valor superior. En *tercer* lugar, él indicó que el don era «agua viva», cambiando así sus pensamientos de lo natural a lo espiritual. Tanto Nicodemo como esta mujer anónima se parecían en que al principio no tenían ninguna idea del significado de las palabras del Señor, y mucho menos de las cosas de las que hablaba. Sin embargo, también en este caso había habido alguna indicación de estas cosas en el Antiguo Testamento. Por ejemplo, en 2 ocasiones en el Libro de Jeremías, Jehová se había presentado como «Fuente de agua viva» (Jer. 2:13; 17:13).

El malentendido de la mujer condujo a otras revelaciones contenidas en el versículo 14, que de nuevo parecen englobarse en 3 apartados. En *primer* lugar, el que bebe del agua viva como don de Cristo la tendrá «en él» mismo, permaneciendo en su propio ser. *Luego*, estará en él como un “pozo” o “fuente” de agua, «que brota en vida eterna». Una fuente de vida interior que brota hasta el nivel de su Fuente. Por *último*, el beber de tal agua y la posesión de tal fuente producirá una satisfacción duradera. El Señor usó una expresión muy fuerte: «nunca más tendrá sed».

Por «agua viva», el Señor indicaba el Espíritu de Dios, como es bastante evidente cuando llegamos al capítulo 7:39. En el capítulo anterior, el Hijo único es el don de Dios a la humanidad, pero en este capítulo, el Espíritu de Dios es el don de Dios al creyente, pero un don que está administrado por el Hijo de Dios; que fue el Orador, sentado en el pozo de Sicar. Por el Espíritu tenemos la vida interior –se habla de él en otra parte como «el Espíritu de vida en Cristo Jesús» (Rom. 8:2)– y por él la vida interior brota hasta la Fuente de la vida de arriba. De este modo, el Señor indicó la vida de comunión, adoración y satisfacción que iba a poner a disposición del creyente. Como resultado, el creyente de hoy puede anticipar el gozo milenario, expuesto figurativamente en el comienzo de los milagros en Caná de Galilea; y no solo anticiparla, sino también conocerla en una medida más verdadera y de una

manera más espiritual.

Antes de continuar con nuestro capítulo, observemos la notable secuencia de la enseñanza desde el registro de ese primer milagro. Hemos tenido *la obra hecha en nosotros: el nuevo nacimiento* por el Espíritu y la Palabra. Luego *el testimonio que se nos dio*, recibiendo el cual, pusimos nuestro sello de que Dios es verdadero. En tercer lugar, *el don del Espíritu otorgado a nosotros*, para que esté en nosotros como una fuente que siempre fluye, brotando hacia la Fuente eterna. Aquí se nos presentan de manera germinal grandes realidades que encuentran su expansión en las Epístolas.

Siguiendo con nuestro capítulo, observamos que, aunque la mujer todavía estaba en la oscuridad en cuanto al significado del «agua viva», las palabras posteriores del Señor habían despertado lo suficiente sus deseos como para llevarla a pedirla. Antes de que él la diera, había que alcanzar su conciencia y producir la convicción de pecado. Al pedirle que llamara a su marido, el Señor puso el dedo en un punto especialmente doloroso de su vida, y luego le hizo ver que su triste historia estaba como un libro abierto ante sus ojos. Por su parte, ella vio y confesó de inmediato que él era un profeta, declarándose así, implícitamente, culpable de su acusación; sin embargo, como suele suceder cuando existe una conciencia herida, se esforzó por desviar la conversación hacia una discusión religiosa, eliminando así el elemento personal.

El lugar donde se debía ofrecer el culto a Jehová había sido durante mucho tiempo una cuestión candente. ¿Gerizim había desplazado (sustituido) a Moria, como afirmaban los samaritanos? El Señor aprovechó la oportunidad para mostrar a la mujer no solo su pecado personal, sino también la inutilidad del «culto» que ella y su pueblo habían practicado. Al decir: «Adoráis lo que no conocéis», lo repudió; y al decir: «La salvación es de los judíos», la condenó de su condición de no salva. Ella estaba entre los gentiles, «extranjeros a los pactos de la promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo» (Efe. 2:12). Así que incluso al discutir la cuestión de la adoración, ella no estaba fuera del alcance de las estocadas en su conciencia.

El Señor, sin embargo, elevó todo el asunto de la adoración a un plano mucho más alto. Habló de adorar a Jehová a la luz de la revelación que traía, incluso como «el Padre». Esto lo sacó de inmediato de ese orden ceremonial de cosas que lo relacionaba con un lugar santo en la tierra. La Ley había atado a la gente muy estrictamente a un lugar santo donde se fijaba el nombre de Jehová; de ahí la prolongada disputa entre el judío y el samaritano. Él elevó sus pensamientos a Dios que es un Espíritu, revelándolo como Padre.

Esta nueva revelación daba paso a una nueva «hora», que de hecho ya había comenzado. La adoración que ha de caracterizar esa hora debe estar en consonancia con la revelación que la ha formado. Dios, que es Espíritu, busca esa adoración como Padre, así que ahora la adoración para ser aceptable debe ser «en espíritu y en verdad». Obsérvese este «*debe*» adicional. La adoración no es algo opcional, o para variar según nuestros gustos. Dios *debe* ser adorado en la forma que él mismo prescribe. Todo lo demás que pueda pretender ser «adoración» no es adoración en absoluto.

La verdadera adoración es «en espíritu»; es decir, no en carne, no en postura corporal. Esta palabra de nuestro Señor niega la línea *ritualista* y ceremonial de las cosas que ha sido una trampa para tantos. Nuestra capacidad de ofrecer la adoración en espíritu reside en la posesión del Espíritu de Dios –la Fuente de agua viva que brota para vida eterna– como también se indica en [Filipenses 3:3](#). El Espíritu de Dios puede involucrar nuestros espíritus en la verdadera adoración en cualquier momento y en cualquier lugar; no solo en algún santuario sagrado como en el judaísmo.

Además, la adoración debe ser «en verdad»; es decir, a la luz de cómo Dios se ha revelado en Cristo. Esto niega la línea *racionalista* de las cosas, que también es tan común. Los hombres hablan, por ejemplo, de adorar “la gran Causa Primera” a la luz de las bellezas de la naturaleza, mientras ignoran o rechazan la verdad relativa a él, tal como se ha dado a conocer en Cristo. Solo en él conocemos al Padre que debe ser adorado. Si conocemos al Padre de esta manera, nuestros corazones están obligados a llenarse de adoración de esa naturaleza espiritual que es aceptable para él.

El Padre busca adoradores de este tipo. Se ha dado a conocer para producir esta respuesta. El flujo descendente de su amor, en la revelación hecha a nosotros, produce el flujo ascendente del amor que responde en la adoración. Esto es aceptable para él y lo busca.

La mujer samaritana conocía la promesa del Mesías, y estas maravillosas palabras del Señor, unidas a la convicción interna de pecado que la había alcanzado, hicieron que sus pensamientos se dirigieran a su advenimiento. Su respuesta parece indicar que sintió un carácter mesiánico en las palabras del Señor. El Señor, de inmediato y con la mayor claridad, se le reveló como el Cristo. Evidentemente, ella aceptó de inmediato esa revelación, y al regresar a la ciudad, en sus palabras a los hombres, divulgó lo que había detrás de su pronta fe. Él debía ser el Cristo, pues ¿no le había dicho todas las cosas que ella había hecho? No en detalle, por supuesto, sino que él

le había mostrado como en un instante que todo lo que ella había hecho se resumía en una sola palabra: *pecado*. Lo mismo ocurre hoy. La fe en Cristo va de la mano con la verdadera convicción de pecado.

El hermoso párrafo, versículos 31-38, viene como un paréntesis en la historia. Las palabras del Señor a los discípulos, en el versículo 32, se han traducido: «Yo tengo para comer un alimento que vosotros no sabéis». Él estaba trabajando para obtener «fruto para la vida eterna», como indica en el versículo 36, y ver que este fin se alcanzaba en la concesión de la bendición al pecador samaritano era un alimento delicioso para él. Era «la voluntad de aquel que me envió», dijo, hacer esto. La luz que trajo debía brillar para todo hombre, como aprendimos al principio de este Evangelio, así que aquí la vemos brillar sobre un pecador fuera de los límites del judaísmo. La voluntad de Dios, la obra de Dios y la vida eterna para el hombre van juntas aquí; y qué bendición para nosotros es que así sea. Además, el Señor indicó a sus discípulos que, a su vez, debían participar en esta bendita obra, ya sea sembrando o cosechando. En este caso, el Señor mismo estaba sembrando. Cuando llegó el momento de la cosecha, registrado en [Hechos 8](#), la cosecha fue muy grande.

El párrafo, versículos 39-42, concluye el relato. Los hombres vinieron a Cristo como resultado del testimonio de la mujer, y alcanzaron para sí mismos la misma convicción. Muchos creyeron por lo que ella dijo, y muchos más como resultado de escucharlo a él. Creyeron y desearon mucho su compañía.

En su confesión fueron incluso más allá que la mujer. No solo era el Cristo, sino también «el Salvador del mundo». El mero orgullo religioso podría haberles hecho presumir de que aquí estaba el Salvador del samaritano igual que el del judío; pero solo la fe podría haberles llevado a captar así el gran pensamiento de Dios para “la humanidad”, según [Juan 3:16](#). Habían *oído*, y *sabían*; y debajo del oír y del saber estaba la fe.

Al relatar todo esto, el evangelista nos ha conducido al hecho de que Jesús es *el Cristo*. El siguiente capítulo, como veremos, nos conduce al hecho de que él es *el Hijo*. Juntando ambas cosas, se nos lleva de nuevo al punto indicado en el último versículo de su Evangelio ([Juan 20](#)).

En el último párrafo de este capítulo, encontramos al Señor de nuevo en Galilea, y nos lleva al segundo de los signos milagrosos que menciona Juan. En Galilea tuvo una acogida que no se le había concedido en Jerusalén, y esta segunda señal también tenía relación con la ciudad de Caná de Galilea.

La primera señal prefiguraba el tiempo predicho en [Isaías 62:4-5](#), cuando el día de las bodas de Israel habrá llegado, y del agua purificadora se producirá el vino del gozo. La segunda señal presentaba al Señor como Aquel que puede traer vida y curación cuando la muerte parece inminente. Este noble judío no mostraba la fuerte fe que caracterizaba al centurión gentil de [Mateo 8](#). Su tendencia, como judío, era exigir señales y prodigios antes de creer; y una creencia de ese tipo no es una fe genuina, como vimos al final de [Juan 2](#). Aun así, aunque débil, la fe estaba presente en el corazón de este hombre.

Se manifestó de 2 maneras. *Primero*, persistió en su apelación, cuando al principio la respuesta del Señor parecía desfavorable, exponiendo plenamente la desesperada necesidad del hijo. En *segundo* lugar, cuando la respuesta que recibió fue una simple orden de volver porque su hijo vivía, tomó a Jesús por su palabra sin ninguna señal ante sus ojos. Aquí están, en efecto, las marcas de la verdadera fe; persiste, y toma a Dios por su palabra sin señales ni maravillas ni sentimientos.

El Señor verificó su propia palabra, y al día siguiente el hombre vio que su confianza no había sido equivocada. Jesús había dicho: «Tu hijo vive»; al día siguiente sus sirvientes se reunieron con él diciendo: «¡Tu hijo vive!», aunque no habían oído hablar a Jesús. La vida concedida incluso a punto de morir es evidentemente el pensamiento principal. Y esto es justo lo que necesita el hombre en general, e Israel en particular: no solo la curación, sino *la vida*. Esta fue la segunda señal, y encontraremos muchas instrucciones sobre la vida –sobre Jesús como su Jefe y Dador de la Fuente– en los capítulos que siguen.

5 - Juan 5

Pero primero, volvemos a Jerusalén para considerar una tercera señal que dio en la curación del impotente en Betesda. El judío que leyera este Evangelio podría decir: “Bien, como nación estamos enfermos hasta la muerte, y necesitamos la vida; pero tenemos la Ley. ¿No deberíamos encontrar allí la curación?” El tercer signo nos proporciona una respuesta a esto.

La Ley de Moisés puso al alcance del hombre un camino de bendición. Solo era necesaria una cosa por parte del hombre, pero esa cosa faltaba por completo. Exigía que tuviera poder para aprovechar el beneficio proporcionado. El caso del hombre impotente junto al estanque muestra adecuadamente el estado en que se encuentra

todo hombre, si es probado por la Ley. El pecado ha destruido nuestro poder para hacer lo necesario que la Ley exige. Esto era tan obvio en el caso del hombre que no hizo ninguna referencia a sus propios poderes, que se habían desvanecido, sino que se limitó a reconocer que no había nadie disponible para hacer por él lo que él mismo no podía hacer. «No tengo quien me meta en el estanque», dijo.

Sin embargo, con su confesión reconoció su deseo de ser sanado, y la Palabra del Señor le concedió de inmediato la completa sanidad. Lo que la Ley no podía hacer por él, ya que era débil por la impotencia de su carne, se cumplió en un instante como obra del Hijo de Dios, ahora presente en la tierra. El hombre fue capaz no solo de caminar, sino también de llevar la cama que antes había sido testigo de su impotencia. El Señor le ordenó que lo hiciera a pesar de ser sábado.

La Ley del sábado era muy estricta. Estaba prohibido todo tipo de trabajo, incluso recoger palos y encender un fuego. Por eso, los judíos se levantaron de inmediato cuando vieron al hombre llevando su cama. Sin embargo, él tenía una respuesta lista y suficiente. El Hombre que le había curado le había dicho que lo hiciera; y poco después pudo nombrar a ese Hombre: Jesús. Su celo por el sábado para los judíos era tal que desde ese momento se convirtió en el objeto de su odio y persecución.

El Señor no pronunció ninguna palabra de disculpa, ni siquiera de explicación; simplemente afirmó lo que estaba en la raíz de esta institución legal. Bajo la Ley de Moisés, el sábado se instituyó como una señal entre Jehová e Israel, como se aclara en [Éxodo 31:12-17](#), aunque se basaba en su descanso cuando la creación había terminado. En lo que se refiere a sí mismo, Jesús lo dejó de lado. Dado que la creación había sido invadida por el pecado, su Padre estaba trabajando, no descansando, y él trabajaba en comunión con su Padre, y no guardaba los sábados como algo vinculado a ellos.

Esta declaración tan señalada incitó a los judíos a un odio asesino por las 2 razones expuestas en el versículo 18. Había roto el signo del pacto del que se jactaban, y había unido a su acción la afirmación de que Dios era su Padre, reclamando así la igualdad con Dios. El versículo 18 es la explicación de Juan de por qué los judíos trataron de matarlo, y no su registro de la explicación proporcionada por los judíos, aunque por supuesto puede haber sido la explicación que ellos dieron. Por lo tanto, es el comentario del Espíritu Santo a través de Juan, y demuestra que en la filiación de nuestro Señor no hay ningún pensamiento de inferioridad respecto al Padre. Por el contrario, es la afirmación de la igualdad.

La respuesta que Jesús dio a su odio asesino, en el versículo 19, es muy sorprendente.

El Hijo, que estaba aquí en su madurez, había tomado el lugar de hacer a la perfección toda la voluntad y la obra del Padre. Por lo tanto, no podía hacer nada «de sí mismo», como si lo originara independientemente del Padre, sino que actuaba en todas las cosas como dirigido y ordenado por el Padre. Pero esto pretende conducirnos, creemos, a la verdad aún más profunda de que esta necesidad estaba arraigada en su perfecta unidad con el Padre. Aunque era un hombre, estaba tan completa y perfectamente en la unidad de la Divinidad que era imposible que actuara aparte del Padre. En ese sentido, «el Hijo no puede hacer nada de sí mismo»; y por lo tanto esta frase, lejos de ser una confesión de impotencia o incluso de inferioridad, es una afirmación de su Deidad incondicional.

«El Padre ama al Hijo». Estas 5 palabras aparecen como declaración del evangelista al final de [Juan 3](#). Ahora aparecen en el versículo 20 como la voz de Jesús mismo. El Hijo, ahora en la tierra en su condición de hombre, tenía pleno conocimiento de todas las acciones del Padre, e iba a hacer obras más grandes que las hechas hasta entonces. Actuaría como dador de vida y como ejecutor del juicio. Vivificar es dar vida; y en esto el Hijo actúa según su voluntad soberana, aunque por supuesto su voluntad está siempre en completa armonía con la del Padre.

En el versículo 21 se distinguen la resurrección de los muertos y la vivificación. Los muertos impíos serán resucitados, pero no se dice que serán vivificados. De nuevo, la vivificación tiene lugar cuando la resurrección no está en cuestión, como muestra el versículo 25. El Hijo resucitará a los muertos, como afirma en los versículos 28 y 29, pero el punto del versículo 21 es que él da vida al igual que el Padre. En los primeros versículos del Evangelio vimos que él tiene vida inherente, y que muestra esa vida para que sea la luz de los hombres. Aquí vamos un paso más allá: él es el dador de vida a los demás. En esto actúa *con* el Padre.

Pero en materia de juicio, él *actúa en nombre* del Padre, como dice el versículo 22. Hay cosas de las que el Hijo se desentiende, como la fijación y revelación de «tiempos y circunstancias», como se ve en [Hechos 1:7](#); [Marcos 13:32](#); aquí encontramos que el Padre se desentiende de todo juicio, encomendándolo a las manos del Hijo. Estos hechos, sin embargo, no deben ser utilizados de ninguna manera para restarle honor y gloria ni al Padre ni al Hijo. Esto se señala especialmente con respecto al Hijo en el versículo 23, ya que el hecho de haber asumido la condición de hombre lo expone a una depreciación injustificada en las mentes de aquellos que no lo entienden ni lo aman. Él será honrado por todos en la hora del juicio; y no honrarlo hoy es deshonorar al Padre que lo envió. Evidentemente, el Padre no aceptará ninguna honra sino aquella en la que el Hijo sea honrado conjuntamente.

En este maravilloso discurso el Señor hizo 3 afirmaciones en las que puso especial énfasis, expresadas con las palabras «En verdad, en verdad». En el versículo 19 enfatizó su unidad esencial con el Padre en todas sus obras, como hemos visto. En el versículo 24 el énfasis recae de nuevo en su conexión con el Padre. Como el Verbo se hizo carne, fue el enviado del Padre, y en su Palabra se dio a conocer al Padre. Así que no solo dijo: «Quien oye mi palabra, y *cre*», sino «a *aquel que me envió*». Creemos en el Padre por medio de la palabra del Hijo; de modo que actualmente Pedro escribe a los santos, «que por él ahora creen en Dios» (1 Pe. 1:21). Ahora bien, aquí anunció que esa simple escucha de la fe producía 3 resultados asombrosos: la posesión de la vida eterna; la preservación del juicio; el paso de la muerte a la vida.

¡Cuántas miles de veces ha sido usado este grandioso versículo para traer luz y seguridad a las almas de los pecadores ansiosos e inquisitivos! ¡Que se use aún muchas más veces! La seguridad autorizada que respira está en su misma cara. Sin embargo, somos bien recompensados cuando miramos un poco más de cerca en sus profundidades. El Hijo da vida a quien quiere y ejecuta todo juicio. Él pronuncia la palabra vivificadora que conduce al alma en la fe hacia Dios, y de inmediato la vida es nuestra y en el juicio nunca entraremos. Nos hemos convertido en sujetos de la primera de esas obras mayores de las que él ha hablado, y en la segunda nunca entraremos. Puso énfasis en el lado positivo al hablar de la vida de una manera doble. No es solo lo que el creyente *posee*, sino también aquello a lo que *pasa* fuera del reino de la muerte.

Si hablamos de la vida en relación con esta creación inferior, tratamos con algo que desafía nuestros análisis y definiciones, aunque obviamente la palabra en nuestros labios tiene más de un sentido. Contemplamos, por ejemplo, no solo la chispa vital en el hombre o la bestia, sino también las condiciones necesarias para que esa chispa exista. No hay vida de pez sin agua; no hay vida humana sin aire. Tampoco hay vida espiritual y eterna sin el conocimiento de Dios; y no hay conocimiento de Dios sin la revelación que nos llega en la Palabra del Enviado y la fe que la recibe. Por eso, creemos que Jesús no solo habló de que el creyente tiene vida eterna, sino de que pasa de esa muerte espiritual que se caracteriza por la total ignorancia de Dios al reino de la vida que está lleno de la luz del conocimiento del Padre. No es de extrañar que él pusiera tanto énfasis en esta maravillosa declaración.

Y en el siguiente versículo, enfatizó la declaración adicional de que estaba amaneciendo un período de tiempo en el que esta gran obra suya de dar vida se llevaría a cabo especialmente. En este versículo vemos la obra más desde el lado de su propia acción soberana, y la fe no se menciona especialmente, aunque por supuesto nadie

oír «la voz del Hijo de Dios» aparte de la fe. Esta «hora» ha durado hasta el momento presente, y a través de los siglos multitudes han escuchado las voces de los predicadores de la Palabra sin escuchar su voz en la Palabra. Solo aquellos que han escuchado su voz han vivido. Han vivido porque, como nos dice el siguiente versículo, el Hijo, ahora surgido en la madurez, tiene vida en sí mismo, como dada por el Padre. La vida estaba en él esencialmente, pues la afirmación: «En él había vida» (Juan 1:4), está relacionada con su existencia eterna, y su encarnación no se menciona hasta el versículo 14; pero aquí vemos que en la madurez el Hijo es dado por el Padre como la Cabeza de la Fuente de la vida eterna para los hombres. Nosotros la poseemos de forma derivada, mientras que solo lo que se posee de forma inherente y esencial puede ser comunicado a otros. Esta gran obra vivificadora es solo suya y ahora es el momento de su actuación. En el silencio profundo de innumerables corazones ha sonado su voz: han escuchado y vivido. No debemos invertir el orden de las palabras, como algunos se han inclinado a hacer. No es “los que viven oirán”, sino «los que oyen vivirán».

Pero, además, el Hijo de Dios es también el Hijo del hombre, por lo que no solo es la Fuente de la vida, sino también el Juez autorizado de todos. Como Hijo del hombre debía ser «elevado» como bajo el juicio de los hombres. Ahora oiremos a la gente decir: «¿Cómo dices tú?: Es necesario que el Hijo del hombre sea levantado. ¿Quién es este Hijo del hombre?» (Juan 12:34). Pues bien, en el día venidero sabrán quién es Él para su irremediable ruina. Aunque a primera vista parece muy maravilloso que todo el juicio recaiga en un hombre, no debemos maravillarnos. Llegará otra hora en la que la voz del Hijo del Hombre será oída, y esto no solo por algunos, sino por todos, ya sean buenos o malos.

Solo los que escuchaban la voz del Hijo de Dios y vivían tenían el poder de hacer el bien. La vida se expresaba en el bien, como su producto y prueba. Los demás simplemente hicieron el mal. La voz del Hijo del hombre levantará de la tumba a todos sin excepción, pues hay una resurrección de juicio y una resurrección de vida. Se distinguen aquí, aunque tenemos que ir a otras Escrituras para descubrir que un amplio intervalo de tiempo las separa. Sin embargo, ambas están en el futuro, pues las palabras “y ahora es” no aparecen en esta conexión. Las palabras de los versículos 22, 24, 27, 29, traducidas de diversas maneras, juicio, condenación, maldición, son fundamentalmente las mismas. Es bueno tener esto en cuenta.

Pero, aunque todo el juicio está en sus manos, ni siquiera en este acto actúa independientemente o aparte del Padre. Habiendo asumido la entereza, no deja el lugar que ha tomado, sino que lo lleva a cabo con perfección. Si hubiera dicho: “Mi juicio

es justo, porque soy el Verbo que se hizo carne”, habría afirmado lo que es absolutamente cierto; pero basó la afirmación en esto: «Porque no procuro mi propia voluntad, sino la voluntad del que me envió». Todo el juicio puede confiarse con seguridad en las manos de un Hombre de este orden, y en este sentido él dijo: «De mí mismo no puedo hacer nada».

En [Mateo 20:23](#), Jesús pronunció las palabras reales: «No es mío darlo». En [Marcos 13:32](#), él dijo en efecto, «Nadie sabe». Aquí dice en efecto: «No puede el Hijo hacer». Las 3 declaraciones se hacen en vista del humilde lugar de dependencia que él tomó para la gloria de la Divinidad y nuestra salvación, y no militan en lo más mínimo contra su lugar supremo en la unidad de la Divinidad. Nos muestran algo de lo que significa que se hizo “sin reputación”, o que “sí mismo se despojó”, [2] según [Filipenses 2](#), y así obtenemos una visión de la verdadera «kenosis [2]» de la que habla la Escritura, y la encontramos muy alejada de la malvada “teoría de la kenosis” formulada por los teólogos incrédulos, que atribuye falibilidad y error a nuestro Señor.

[2] NdT : La **kenosis** (del griego *kenosis*, que significa «vaciamiento» o «despojo») es un concepto teológico y filosófico que describe la acción voluntaria de vaciarse o renunciar a los propios privilegios, poder o gloria divina para adoptar una condición de humildad, servicio o humanidad (vean [Fil. 2:7.](#))

La verdad era que, aunque él mismo fuera tan grande, estaba aquí enteramente por la voluntad del Padre, y todos sus juicios eran según los pensamientos del Padre. Incluso en lo que se refiere al testimonio de sí mismo, todo se dejó en manos del Padre. Es costumbre entre los hombres anunciarse a sí mismos, pero no fue así con él.

El primer testigo, Juan, era solo un hombre. Jesús no necesitaba ese testimonio, y sin embargo lo mencionó, por si así algunos podían escuchar y salvarse. En los versículos 33-35, Jesús está realmente dando testimonio de Juan, que había dado testimonio de la verdad como una lámpara ardiente y brillante. El testimonio de Juan se caracterizaba por el calor y la luz, pero solo era una lámpara –pues esa es la palabra que utilizó el Señor– mientras que Jesús era la verdadera luz, como el sol que brilla con toda su fuerza. Ahora bien, el sol no necesita el testimonio de una simple lámpara, aunque arda y brille.

Las obras, que el Padre había dado a Jesús para que las terminara, eran como los

rayos de luz que desprende el sol; eran un testimonio mayor de él que cualquier cosa que pudiera decir Juan. Eran tan evidentemente divinas que demostraban que era el Enviado del Padre. Y luego, en tercer lugar, el Padre mismo había dado testimonio de él –sobre todo en el momento del bautismo de Juan– pero ellos, siendo totalmente carnales, no lo apreciaban. Querían algo que apelara a sus poderes naturales de la vista o el oído, y no sabían nada de esa Palabra del Padre, que trae la iluminación espiritual.

Por último, estaban las Sagradas Escrituras. Estas, en efecto, daban testimonio de él, y ellos las escudriñaban. Pensaban que tenían la vida eterna en las Escrituras, pero Cristo es el Dador de la misma, y a él no querían venir. Si al escudriñar las Escrituras los hombres son conducidos a Cristo, entonces en verdad tienen la vida eterna por medio de las Escrituras, de lo contrario simplemente obtienen un conocimiento de tipo técnico y teológico y permanecen en la muerte espiritual. Estas palabras son muy esclarecedoras de cuál es la verdadera función de la Escritura.

El Señor procedió a mostrar que conocía perfectamente a sus adversarios. Estaba aquí en el nombre de su Padre, y por lo tanto el honor y la gloria que el hombre puede ofrecer no eran nada para él. No tenían nada del amor de Dios en ellos, y por lo tanto estaban ávidos de honor, unos de otros, en lugar de buscar el que viene de Dios. En sus mentes glorificaban a los hombres, y esto era como siempre una barrera eficaz contra la fe, y *no podían* creer. Jesús vino en el nombre de su Padre, lo que significa que buscaba la gloria de su Padre. Todo eso les era ajeno, y lo rechazaron. Otro vendría en su propio nombre, y por lo tanto buscando su propia gloria; eso les convendría exactamente y lo recibirían. Con estas palabras el Señor predijo la venida del Anticristo, en el que la falsa gloria del hombre alcanzará su clímax.

En estas palabras también quedaron expuestos los malos motivos que yacían en lo más profundo del corazón de sus oponentes, aunque él no era su acusador. Moisés lo era por la Ley que había sido dada por él. Se jactaban en Moisés, porque sentían que ese gran hombre les confería algún honor, pero no le creían realmente. Si lo hubieran hecho habrían recibido a Cristo. El versículo 39 se aplica a todas las Escrituras del Antiguo Testamento: «dan testimonio de mí». El versículo 46 alude específicamente a los primeros libros escritos por Moisés; y él «porque de mí escribió él». Esta es, pues, la llave que abre todo el Antiguo Testamento: el tema principal es el Cristo, que había de venir.

Es muy llamativa la forma en que el Señor vinculó sus palabras con los escritos de Moisés. Si los hombres rechazan el testimonio anterior a través del siervo, no

recibirán al Hijo, cuando este hable. Y así es en efecto. Los hombres de hoy, que no creen en los libros de Moisés e incluso niegan su autoría, no creen en las Palabras de Jesús. Esto está perfectamente claro, ya que él respalda aquí lo mismo que ellos niegan. Debemos elegir entre los modernistas racionalistas y Cristo. Ellos se han puesto en el lugar de sus oponentes judíos: eso es todo. Las 2 preguntas: «¿Cómo podéis creer?» y «¿cómo creeréis?» son muy llamativas. A medida que el amor de Dios esté en nosotros, a medida que la gloria del hombre se desvanezca a nuestros ojos, aceptaremos y crearemos en los Santos Escritos, y ellos nos conducirán en la fe a Cristo.

6 - Juan 6

Este capítulo nos traslada de nuevo a Galilea, y leemos otro de los grandes «milagros» que hizo Jesús. El milagro de alimentar a los 5.000 tiene evidentemente una importancia especial, ya que se relata en cada uno de los 4 Evangelios. Nuestro capítulo nos da la enseñanza, basada en él y relacionada con él, que hace evidente su significado. El milagro en sí se describe de tal manera que pone de relieve el recurso y la presciencia del Señor.

Jesús se dirigió primero a Felipe. Ahora bien, este era el discípulo que sí creyó en los escritos de Moisés, como vimos en [Juan 1:45](#); sin embargo, cuando fue probado aquí no miró más allá del poder adquisitivo del dinero. Jesús mismo «sabía lo que iba a hacer». En tal emergencia, lo mejor que podría decirse de otros siervos de Dios sería que, al no saber qué hacer, buscaran la dirección de Dios, y la obtuvieran. Pero aquí estaba Uno, que sabía lo que debía hacer, y sabía que tenía el poder para hacerlo. Antes de que Andrés hablara del muchacho con sus pequeños panes y peces, Él sabía de ellos. Tener tal conocimiento, y ejercer tal poder como para saber con absoluta certeza lo que uno va a hacer, es una prerrogativa de la Deidad. Declaraciones como esta son comunes en este Evangelio (vean [Juan 2:24-25](#); [13:3](#); [18:4](#)).

Aunque su conocimiento y su poder eran tales, no desdeñó las pequeñas provisiones que el muchacho ofrecía, ni ignoró a los discípulos con su pequeño entendimiento y su débil fe. Los convirtió en distribuidores de su generosidad. La provisión original de alimentos era del muchacho; las manos que la distribuyeron eran las de los discípulos; el poder y la gracia eran Suyos, y solo suyos. Esto era tan evidente para los hombres que participaban de la generosidad, que la relacionaron con el cielo, y declararon que él debía ser el Profeta que vendría al mundo, como había dicho Moi-

sés. La gente llegó a esa conclusión en varias ocasiones (vean [Juan 4:19](#); [7:40](#); [9:17](#)), pero para que fuera duradera tenía que ser un peldaño para llegar a conclusiones más profundas. En [Juan 4](#), llevó a la convicción de que él era *el Cristo*; en [Juan 9](#), a la conclusión de que era el *Hijo de Dios*.

Para estos hombres, los panes y los peces habían adquirido demasiada importancia, y deseando continuar con los suministros tan fácilmente conseguidos, se aconsejaron forzar el reinado de este Profeta. Ahora bien, acabamos de oírle decir: «No necesitaba que nadie le diera testimonio acerca del hombre», y de nuevo: «Gloria por parte de los hombres no recibo», así que no nos sorprende encontrar que no recibirá un reinado de manos de los hombres. La gloria del mayor reinado terrenal que el hombre pueda erigir no es más que oropel ante él. Así que se retiró a la soledad de una montaña, mientras sus discípulos se disponían a cruzar el lago. [Mateo 14:22](#), nos dice que obligó a sus discípulos a entrar en la nave mientras él mismo despedía a las multitudes. El relato de Juan explica sus acciones. Ellos habrían caído fácilmente y con entusiasmo en las propuestas de la gente, pero él los apartó cuidadosamente de la escena de la tentación.

Pero, aunque no aceptara la realeza terrenal mediante votación democrática, se mostró como completo Maestro en otras esferas, aunque la exhibición de esto fuera solo para los ojos de sus discípulos, tanto el viento como el mar pueden desplegar una fuerza en cuyas garras el hombre no es más que un juguete, pero sobre la cual Él es supremo Señor. Los discípulos en su día, y nosotros en nuestro día, necesitamos aprehenderlo bajo esta luz. Un reinado terrenal con abundante comida atrae fácilmente a una mente carnal. La mente espiritual se forma conociéndole a él como el Maestro tanto del viento como de las olas, y de los poderes que representan. Al revelarse así a los discípulos, se disiparon sus temores, y se encontraron conducidos de inmediato a su destino, cuando lo recibieron de buen grado en la nave. Reflexionen sobre este incidente con atención, porque necesitamos conocerle de manera muy especial. Hoy no está tratando con un reinado terrenal, sino demostrando que es supremo *por encima* de las fuerzas adversas, mientras conduce a sus santos a *través* de ellas.

La multitud no sabía nada de su cruce milagroso del mar, pero intuía que había sucedido algo inusual, y lo buscó en la orilla más lejana, deseando satisfacer su curiosidad en cuanto al modo de su tránsito (itinerario). El Señor no la satisfizo, sino que enseguida les mostró que conocía los pensamientos tácitos (no expresados) de sus corazones. No basta con ver los milagros, como aprendimos en [Juan 2:23-25](#), pero incluso eso fue suplantado en sus mentes por el alimento que perece: él, el

Hijo del hombre, sellado por el Padre, era el dador del alimento que perdura hasta la vida eterna. Deben buscar eso.

Su respuesta a estos hombres se parece mucho a la que dio a la mujer samaritana en [Juan 4](#). Allí se trataba de agua, aquí de pan; pero en ambos casos la conocida sustancia material se convertía en un símbolo de una gran realidad espiritual, y el oyente se enfrentaba a ella, aunque no hay evidencia de que estos hombres recibieran la bendición como lo hizo la mujer. El «agua viva» era el Espíritu, que él daría. El «pan vivo» era Cristo mismo, bajado del cielo, el alimento de la vida eterna para los hombres. Ese alimento solo puede ser recibido como un don en el que interviene toda la Divinidad, ya que proviene del Hijo del hombre, sellado por el Padre –y ese sello, sabemos, fue por el Espíritu.

La mujer no entiende al principio el significado de las palabras del Señor, como tampoco lo hicieron estos hombres, pero su respuesta fue: «Señor, dame...» (4:15), mientras que la de ellos fue: «¿Qué hemos de hacer, para *realizar*...?» (v. 28). Esta es una diferencia reveladora. La pregunta de los hombres inmediatamente hizo que se afirmara que la fe en el Enviado de Dios es el principio mismo de toda obra que es conforme a Dios. Si los hombres no creen en Aquel a quien Dios envió, no creen propiamente en Dios, y permanecen en la muerte espiritual, ya que la vida se les presenta en Él. Por desgracia, no creyeron, como muestra el versículo 30, sino que exigieron una señal, sugiriendo que si era lo suficientemente espectacular crearía la fe en sus corazones. Y entonces, anticipando que él podría referirse a la señal de la distribución de los panes y de los peces, que acababan de presenciar, intentaron descartar eso refiriéndose al milagro del maná, ministrado a sus padres en el desierto a través de Moisés por el espacio de 40 años.

Esto provocó la enfática declaración del versículo 32. No fue Moisés sino Dios quien dio ese pan del cielo, que era solo una figura del verdadero. El verdadero pan del cielo es el don de Dios, y ahora se revelaba como Padre por Aquel que era ese don. Él mismo había bajado del cielo como dador de vida al mundo. En las cosas naturales el pan solo sostiene la vida y en ningún sentido la da; pero lo espiritual siempre trasciende lo natural. La figura material sirve para dirigir nuestros pensamientos al hecho divino, pero nunca puede contener su plenitud. Jesús estaba aquí como el Dador y el Sustentador de la vida; y esto en relación con el mundo y no solo con la pequeña nación judía, entre la que se movía. Ya hemos notado esta característica: el Verbo, habiéndose hecho carne, no puede ser confinado en su luz y poderes vivificantes a un círculo menor que el mundo.

Su respuesta a esto, en el versículo 34, parece más alentadora, pero no había fe, como muestra el versículo 36. Sin embargo, condujo a que el Señor se presentara de manera muy clara y definitiva como el pan de vida, y afirmara que al venir a él con fe genuina todo deseo encontraría su satisfacción. El don de él del Espíritu conduce a la satisfacción del corazón en [Juan 4](#). Aquí, la recepción de él mismo en la fe conduce a la misma bendita consumación. En el conocimiento de él mismo se nos revela toda la plenitud de la Divinidad, y podemos apropiarnos de ella. Esto es lo que satisface. Estos hombres no mostraron ninguna señal de venir a él, pero el Padre estaba activo en sus propósitos y en su gracia, y por lo tanto iba a haber una respuesta.

En este contexto se encuentra la gran y segura declaración del Evangelio: «Al que viene a mí, de ninguna manera lo echaré fuera». En [Juan 3](#), vimos que, aunque «nadie recibe su testimonio» (v. 32), algunos sí lo recibieron. Ahora, por primera vez descubrimos lo que hay detrás de la paradoja. Está la gracia soberana del Padre, que ha dado algunos al Hijo, y estos sin excepción vienen a él. Estos felices individuos son impulsados hacia él, en lo que respecta a su propia conciencia, por una variedad de cosas, que difieren en casi todos los casos; sin embargo, por debajo de todo, como explicación última, se encuentra este don del Padre a Cristo –un don de amor, podemos llamarlo.

Todos los que el Padre ha dado vienen, y *ninguno* de los que vienen es expulsado por el Hijo; y eso no solo por su propia gracia y amor personal hacia ellos, sino porque son el don del Padre, y porque el objeto mismo de su bajada del cielo era cumplir la voluntad del Padre, y revelar así el corazón del Padre. El Padre los dio para que, viniendo al Hijo, él fuera para ellos el Dador y el Alimento de la vida y así, dado a conocer el Padre, quedaran realmente satisfechos. No hay posibilidad de ningún deslizamiento entre el don del Padre y la recepción del Hijo. Al observar así el contexto y el sentido del pasaje, vemos cuán acertada y felizmente el evangelista dirige al alma ansiosa, que se está volviendo hacia Cristo y está a punto de venir a él, a las palabras de oro: «Al que viene a mí, de ninguna manera lo echaré fuera» (v. 37).

Por otra parte, la voluntad del Padre no es solo que el Hijo reciba, con poder vivificante, a quien acude a él ahora, sino que todo se consuma en la resurrección en «el día postrero». Los judíos tenían la luz del Antiguo Testamento y esperaban con ansias el tiempo de la presencia y de la gloria del Mesías como el día final. Las palabras del Señor aquí confirman ampliamente esta idea y muestran que, aunque ahora tengamos la vida en un mundo marcado por la muerte, llegaremos a conocer

su plenitud en la era venidera. ¡Qué maravillosa es la conexión entre los versículos 37 y 39! *Nadie* será rechazado ahora, y *nada* se perderá a medida que avanzamos hacia el día de la gloria; y ambas cosas están en consonancia con la voluntad del Padre.

El versículo 40, aunque expresa la misma verdad que el versículo 39, la amplía un poco. Las mismas personas están en vista, pero descritas primero como, «todo lo que me ha dado», y luego como, «todo aquel que ve al Hijo y cree en él». La primera describe desde el punto de vista del propósito divino; la segunda muestra la acción correspondiente de la fe en nuestras vidas responsables aquí. Este «ver» al Hijo es, creemos, tanta fe como *creer* en él. Hubo muchos que vieron a Jesús mientras caminaba en la tierra sin «ver al Hijo» en ningún sentido verdadero. Pero donde los ojos se abrieron espiritualmente, y vieron al Hijo y creyeron en él, se recibió la vida eterna en el presente (ve también 20:31), y se entrará en el mundo de la vida de resurrección en el último día.

Los judíos se mostraron enseguida como totalmente desprovistos de fe. Solo vieron al Hombre Jesús, pensando que conocían a sus padres; que fuera el Hijo, venido de la simiente de David según la carne (vean [Rom. 1:3](#)), era algo que no percibían en absoluto. De este modo dejaron claro que no tenían parte ni suerte en este asunto. Eran ajenos a esa atracción del Padre, sin la cual ningún hombre viene realmente a Cristo.

Los versículos 39, 40 y 44 terminan con la resurrección. Nos presentan el don del Padre al Hijo de acuerdo con su propósito, su atracción para hacer efectivo el don, y la fe resultante de nuestra parte, que conduce a la posesión presente de la vida eterna, y la certeza de su plenitud en la resurrección. El Señor encontró en [Isaías 54:13](#) una previsión de esta obra interior del Padre; y sabía que lo que va a hacer en los hijos de Israel, que serán redimidos y restaurados cuando amanezca el siglo venidero, lo estaba haciendo entonces, y lo sigue haciendo hoy. Ningún hombre ha visto al Padre de forma natural. Solo los que son «de Dios» lo ven, y eso por la fe.

Los versículos 40 y 46 están unidos por las 2 expresiones: «ve al Hijo» y «ve al Padre». La fe es necesaria para ambos, y el Padre solo se ve si se ve al Hijo. Guárdemonos, pues, de las teorías que alteran la filiación de Jesús. La paternidad divina y eterna no puede conservarse si se descarta la filiación divina y eterna.

La murmuración de los judíos suscitó otra de esas afirmaciones de peso, de especial énfasis, que son frecuentes en este Evangelio. Jesús es el pan de vida, y los que se apropian de él por la fe tienen vida eterna. Este gran hecho se mantiene, sin ninguna

reserva o calificación. El maná del desierto había sido recordado por los judíos; el Señor lo utiliza ahora como un fuerte contraste con él mismo. Sus padres habían muerto, aunque participaron del maná. Él era el pan bajado del cielo, y participar de él significaba la liberación de la muerte. Sus padres estaban muertos tanto espiritual como corporalmente, porque no tenían fe (vean [Hebr. 3:19](#)) aunque comían el maná. El hombre que come el pan bajado del cielo nunca muere espiritualmente, pase lo que pase corporalmente.

En los versículos 50-58, el Señor habla nada menos que 7 veces de comer de él mismo o de su carne como el pan vivo, y 3 veces de beber su sangre. Su lenguaje es figurado, aunque en realidad muy sencillo. Lo que comemos y bebemos lo hacemos nuestro de la manera más plena e intensa. Es nuestro por completo e irrevocablemente, y en última instancia se convierte en parte de nosotros mismos. Por consiguiente, es una figura muy apropiada de la fe, pues eso es precisamente lo que la fe lleva a cabo de manera espiritual. Mediante la encarnación, el Hijo del Padre estuvo entre los hombres, habiendo descendido verdaderamente del cielo, y de ese modo todo lo que se reveló en él quedó a disposición de los hombres, pero solo para ser realmente hecho propio por la fe. Por eso, los hombres deben comer de ese pan, y al comerlo vivirán para siempre.

La última parte del versículo 51 introduce una reflexión adicional. Este «pan» es su carne, que se entregará no solo por la nación judía, sino por «la vida del mundo». Aquí el Señor indica que su encarnación tenía como objetivo su muerte. Completamente cegados, los judíos se enzarzaron en discusiones entre ellos, lo que dio lugar a otra afirmación de gran énfasis. Aparte de la muerte del Hijo del hombre, aceptada por la fe, nadie tiene vida espiritual en sí mismo. Puesto que el Hijo vino en carne como Hijo del hombre y murió, la vida depende de la fe en él. Antes de que él viniera, había muchos que creían en Dios, según el testimonio que él había dado, y vivían ante él. Pero ahora que el Hijo de Dios ha venido, él es el testimonio y todo depende de él.

Cabe destacar el tiempo verbal del verbo «comer» en los versículos 51 y 53. La «Nueva Traducción» en inglés de J.N. Darby lo interpreta como “si alguno come...” y «a menos que comáis...», respectivamente. Esto denota un acto de apropiación, hecho de una vez por todas. Este acto debe tener lugar para que un hombre pueda vivir para Dios: no hay vida sin la apropiación, por la fe, de la muerte de Cristo. Sin embargo, esto no se opone a comer como algo habitual, tal y como se expone en las 4 ocasiones en que aparece la palabra en los versículos 54, 56, 57 y 58. La vida que se recibe debe ser alimentada y sostenida; de ahí que quien ha comido siga comiendo;

en otras palabras, quien ha recibido la vida mediante la apropiación original por la fe vive ahora según el mismo principio: «El justo *vivirá* por fe» (vean [Hebr. 10:38](#)). Ha creído y sigue creyendo.

Quien come habitualmente tiene vida eterna y, en el versículo 54, se nos presenta por cuarta vez la resurrección. Lo que subyace a esta mención cuádruple es, sin duda, que la vida eterna alcanzará su máxima expresión y plenitud en la resurrección en el último día. Solo se menciona 2 veces en el Antiguo Testamento: «vida eterna» ([Sal. 133:3](#)), «vida eterna» ([Dan. 12:2](#)), y en ambos casos se anticipa el día del Mesías, que es «el último tiempo». [Daniel 12](#) habla de una resurrección nacional para Israel, de cómo se levantarán de entre el polvo de las naciones; pero en nuestro capítulo nos referimos a individuos, y la resurrección no es figurativa, sino vital y real. Cuando Pablo menciona la vida eterna, suele tener en mente su plenitud futura en la resurrección; por ejemplo, «y al final, vida eterna» ([Rom. 6:22](#)). En Juan se presenta habitualmente como una realidad presente, aunque, como muestran aquí las palabras del Señor, su plenitud en la era venidera no queda excluida de nuestros pensamientos.

El que come y bebe así no solo tiene la vida, sino que «vivirá» o «permanecerá» en Cristo, y Cristo en él. Además, como muestra el versículo 57, se le sitúa en la misma relación con Cristo que la que él tenía con el Padre. Como el Enviado del Padre, encargado de revelar al Padre, toda la vida de Jesús la vivió por cuenta del Padre, obteniendo todo de Él. De igual modo, en lo que respecta a Cristo, vivirá aquel que se apropie de Él habitualmente por la fe; y viviendo así, permanece en Cristo y Cristo en él. Uno no puede sino exclamar: “¡Qué maravilloso carácter de vida se abre así al creyente sencillo, y cuán poco lo hemos experimentado!”. Esto es, en efecto, en contraste con el maná, el verdadero pan que descendió del cielo; y la vida, a la que somos introducidos al comerlo, permanece para siempre.

Estas notables enseñanzas de nuestro Señor tuvieron un efecto muy probador y tamizador sobre sus discípulos, y muchos se escandalizaron. Sus palabras les resultaban «duras»; pero ¿en qué consistía esa dureza? En que atacaban de raíz su orgullo religioso nacional. Que se les dijera: «No tendréis vida en vosotros» a menos que comáis y bebáis así, les resultaba intolerable. Y es que daban por sentado que la vida les pertenecía por ser una nación elegida por Dios, y no habían abandonado esa idea, aunque creyeran haber encontrado en Jesús al Mesías prometido. Ahora bien, él sabía que estos discípulos se estaban quejando entre dientes, ya que él lo sabía todo, y, en consecuencia, les propuso una prueba aún mayor.

Lo que Él había mencionado se refería a su encarnación, mediante la cual la plenitud de la Divinidad había descendido hasta nosotros, y a su muerte, mediante la cual la vida se nos había hecho accesible; ahora habla de su exaltación y gloria. Si tropezaban ante la idea de que el Hijo de Dios descendiera, ¿qué dirían del Hijo del hombre que ascendiera? En nuestro capítulo, pues, tenemos el primer y el último elemento de ese «misterio de la piedad» del que habla [1 Timoteo 3:16](#): «El que fue manifestado en carne... fue recibido arriba en gloria». Fíjense en que asciende como Hijo del **hombre**. Fue un prodigio que Dios descendiera a la tierra: no fue menos prodigioso que el Hombre ascendiera al cielo. Jesús de Nazaret está en el cielo (vean [Hec. 22:8](#)). Y está «adonde estaba antes». Esto constituye un testimonio llamativo del hecho de que su Persona es una e indivisible, por mucho que, con toda razón, hagamos hincapié en la fuerza y el significado de sus diversos nombres y títulos, así como distinguimos entre lo que Él siempre fue y lo que se convirtió, tal y como hicimos al examinar los versículos iniciales de este Evangelio.

La enseñanza de este capítulo se completa con el versículo 63, donde se introduce al Espíritu Santo. Nada que proceda de la carne es provechoso en este asunto: es el Espíritu quien da vida. El Padre es quien da el verdadero pan de vida; el Hijo es ese pan y, como Hijo del hombre, entrega su carne por la vida del mundo; el Espíritu da vida. Todo procede de Dios, y nada procede del hombre. Este capítulo muestra cuán muerto está el hombre, pues las palabras del Señor, que son espíritu y vida, no fueron más que motivo de tropiezo para ellos. El evangelista interrumpe su relato en los versículos 64 y 65 para decirnos que Jesús hablaba con pleno conocimiento de esto, y que no solo sabía en su interior lo que pensaban y decían, sino también quién creía y quién no, desde el principio, y quién le traicionaría.

Al parecer, fue en este momento cuando muchos de los mencionados en [Juan 2:23-25](#) revelaron su verdadero carácter. No poseían una fe viva, y desaparecieron. Entonces Jesús puso a prueba a los 12, y Pedro, su portavoz, pronunció una hermosa confesión de fe genuina. Reconoció al Enviado de Dios, que tenía las palabras de vida eterna. Los simples hombres pueden tener las palabras de la ciencia o las palabras de la filosofía, y en ocasiones palabras de sabiduría, pero solo el Hijo de Dios tiene palabras de vida eterna. Así pues, no había alternativa, ni rival posible en el horizonte de la fe de Pedro. Cristo era único y solo. Sin duda, por la gracia de Dios, Él es eso también para nosotros. Sin embargo, no lo era ni siquiera para cada uno de los 12, y el Señor aprovechó la ocasión para mostrar que el corazón de Judas Iscariote estaba completamente al descubierto ante su mirada. No lo había colocado entre los 12 bajo ninguna idea errónea de su verdadero carácter. En aquel momento, Galilea

seguía siendo el escenario del ministerio del Señor, y de manera notable se estaban manifestando los corazones de todos los hombres. Hemos visto cómo los falsos discípulos se alejaban, cómo un discípulo auténtico hacía la confesión de fe y cómo el discípulo traidor quedaba desenmascarado.

7 - Juan 7

Aquí vemos cómo los judíos de Jerusalén adoptan una actitud de hostilidad asesina, y cómo sus hermanos según la carne se muestran escépticos. En realidad, todavía no creían en él; no entendían sus métodos ni su rechazo a la publicidad ostentosa. Deseaban que mostrara sus poderes en la capital de tal manera que se ganara al mundo. El Señor rechazó su consejo. El mundo no podía odiarlos a ellos, pues aún no se habían separado del mundo en modo alguno. Lo odiaba a él porque, desde el principio, él estaba esencialmente separado del mundo y daba testimonio contra sus malas obras.

Además, él solo actuaba según la voluntad del Padre y, por lo tanto, su hora aún no había llegado. Ellos actuaban según sus propios pensamientos y, por lo tanto, cualquier momento era su momento, de acuerdo con el espíritu del mundo. Si leemos [1 Juan 3:12-13](#), vemos que la situación en la que se encontraba el Señor había sido tipificada por la de Abel. Sus obras justas en nombre de su Padre daban testimonio contra las obras malvadas de los judíos, y estos buscaban su muerte, y la llevarían a cabo cuando llegara su hora. En el momento oportuno, él sí subió a la Fiesta de los Tabernáculos, mientras muchos le buscaban y hablaban de él en privado. Esto nos muestra que la mayoría del pueblo, aunque no se identificaba con los líderes que querían matarle, se mostraba demasiado indiferente. Estaban llenos de curiosidad y preguntas, y discutían sus diversas opiniones, pero no se sentían lo suficientemente conmovidos como para tomar una decisión. ¡Qué parecida es la situación actual! Algunos se oponían con ánimo asesino, otros eran escépticos, los falsos discípulos se preparaban para traicionarlo, las masas se mostraban indiferentes, pero algunos, como Pedro y los 10, descubrían al Señor de la vida, que no tiene rival.

En medio de la fiesta, Jesús se presentó y enseñó. De inmediato se sintió el poder de sus palabras y surgieron las preguntas. ¡No había pasado por las escuelas de los hombres y, sin embargo, hablaba así! ¿Cómo era posible? Respondió a su pregunta diciendo que su enseñanza procedía de Aquel que le había enviado. Había venido a pronunciar sus Palabras y lo estaba haciendo a la perfección. Cualquier dificultad

que sintieran sus interrogadores surgía de su propia actitud. Si tan solo hubieran tenido un deseo auténtico de hacer la voluntad de Dios, habrían reconocido que su enseñanza procedía de Dios. Si deseamos hacer la voluntad de Dios, nos caracterizamos necesariamente por la *sinceridad* y la *sumisión*, y nuestras convicciones se vuelven claras y correctas. Las brumas de la duda envuelven las mentes de aquellos que son meros frívolos o curiosos.

Jesús, en efecto, no hablaba de sí mismo, sino de Dios, y así se manifestaban su verdad y su justicia. Había venido a buscar la gloria de Dios en lugar de buscar la suya propia hablando como si fuera de sí mismo. Si hubiera sido injusto que él buscara su propia gloria, aunque toda la gloria le correspondiera por derecho, ¡cuánto más injusto es para cualquiera de nosotros que le servimos buscar nuestra propia gloria, ya que, en realidad, no tenemos gloria alguna! ¡Un pensamiento muy penetrante y convincente para todos nosotros! La norma que el Señor estableció es la prueba para nosotros.

Para el pueblo, sin embargo, Moisés era la prueba, y a la luz de ella todos resultaron culpables. Jesús sabía que buscaban matarlo, y ahí se daba una violación flagrante de la Ley de Moisés. La multitud rechazó lo que él dijo, y es posible que ignoraran las artimañas de sus líderes; pero mostraron su animosidad con la terrible acusación de que tenía un demonio. Jesús respondió refiriéndose al milagro de [Juan 5](#), realizado en su anterior visita a Jerusalén, y mostrándoles lo injustos y superficiales que eran sus juicios a la luz de sus propias prácticas con respecto a la circuncisión. Otros intervinieron en ese momento y, con sus comentarios, corroboraron la afirmación del Señor sobre su intención asesina y desmontaron el rechazo del pueblo al respecto. Sin embargo, no creyeron en él; tropezaron al imaginar que conocían su origen humano. Aun así, la realidad de las cosas quedó clara gracias a que estos hombres se contradecían entre sí.

Conociendo sus palabras, Jesús las incorporó a su enseñanza en el templo, para mostrar que, aunque lo conocían y sabían que procedía del taller de carpintería de Nazaret, no conocían a Aquel que lo había enviado. Tenían cierto conocimiento de su aspecto humano, pero estaban totalmente ciegos ante su faceta divina. Sin embargo, había quienes quedaban impresionados por sus milagros y se mostraban dispuestos a creer que podría ser el Mesías. Los fariseos y los Sumos Sacerdotes seguían mostrando una hostilidad implacable y enviaron a detenerlo, pero aún no había llegado su hora. No tenían poder real contra él, y los versículos 33 y 34 lo demuestran. Cuando su hora llegara, muy pronto, él iría a Aquel que le había enviado y pasaría a una región en la que ellos nunca entrarían –una región en la que él siem-

pre había morado. Habló así de su muerte y resurrección desde un punto de vista muy elevado. Los versículos 35 y 36 nos revelan una vez más la total incapacidad de ellos. No tenían la más mínima idea del significado de sus palabras.

El octavo día de la Fiesta de los Tabernáculos debía ser «una santa convocación», según [Levítico 23](#). Ese día, cuando se suponía que el gozo del pueblo alcanzaría su punto álgido, Jesús hizo su segunda gran declaración sobre el «agua viva». Sabía que ninguna de esas fiestas judías saciaba la sed de los hombres, y que había algunos que eran conscientes de ello. Por eso los invitó a que vinieran a él y bebieran, ya que, mediante la fe en él mismo, el Espíritu pronto sería derramado. A la mujer de Samaria le había hablado del Espíritu que mora en el interior como una fuente; ahora habla de ese mismo Espíritu que hace brotar ríos. De lo más profundo del creyente deben brotar esos ríos. El significado de la figura parece ser que el Espíritu no solo debe ser recibido, sino también asimilado espiritualmente para que se produzca ese manar. Los ríos fluirán desde el «vientre» y no desde la cabeza.

Esto tendrá lugar «como *dice* la Escritura», es decir, no se trata de la cita de una declaración escrita, sino más bien de algo indicado de manera más general. Por ejemplo, [Ezequiel 47:1-9](#) había predicho que las aguas fluirían del Templo milenarío, y que sus aguas serían vivas, ya que «vivirá todo lo que entrare en este río». Además, «el nombre de la ciudad desde aquel día será Jehová-sama (Jehová está allí)» ([Ez. 48:35](#)). Las aguas vivas señalarán el hecho de que el Señor vivo está en medio de ellos. Pero el Espíritu debía ser dado cuando Jesús fuera glorificado en las alturas, mucho antes de que llegara el Día del Milenio, y él señala su presencia y su morada en los creyentes mediante el fluir de las aguas vivas de manera espiritual y no material. Así, las Escrituras habían hablado de estas cosas. Una y otra vez vemos confirmado el hecho de que lo que Israel disfrutará de manera más material en aquella era, el creyente lo conocerá de manera espiritual en esta era.

El versículo 39 es importante porque define claramente la relación entre la glorificación de Jesús y el derramamiento del Espíritu. Mediante ese acto se formaría la Iglesia, y como Cuerpo unido a su Cabeza. Jesús estaba aquí encarnado, pero antes de que, como Señor y Cristo, asumiera esa íntima jefatura, eran necesarios 4 pasos más: muerte, resurrección, ascensión y glorificación. Entonces se derramó el Espíritu Santo, y las aguas vivas comenzaron a fluir en Jerusalén y en otros lugares. Mirando hacia el futuro, el Señor Jesús prometió esto, y no puso ninguna condición a «los que creían en él». No era solo para la era apostólica, sino también para nosotros. ¿Por qué se ven tan poco esos ríos? ¿Será porque nuestro interior se ha obstruido con otras cosas y está poco abierto a las operaciones de Dios?

Los versículos 40-44 nos muestran a la gente aún vacilante y desconcertada. Unos expresaban una opinión y otros, otra. Algunos habrían querido detenerlo, pero nadie lo hizo. Parecía terminar en una discusión infructuosa; pero reveló la presencia de una profunda brecha de división. Hay muchas formas de estar en contra de Cristo y solo una forma de estar a favor de él: el camino que vimos tomar a Pedro al final de [Juan 6](#). La brecha, como un gran cañón del Colorado, existe hoy en día, y todas las demás divisiones entre los hombres no son más que zanjas poco profundas en comparación con ella. Sigue habiendo una división entre la gente *a causa de Él*.

Al final del capítulo sexto, tuvimos el homenaje de Pedro al poder sobrenatural de las palabras del Señor; eran «palabras de vida eterna». Ahora vemos que ese mismo poder fue sentido por hombres que se encontraban en el lado opuesto de la profunda brecha que atravesaba a la nación. Los líderes religiosos habían enviado a unos hombres a arrestarlo, pero regresaron sin él. La única explicación que dieron de su fracaso a la hora de detenerlo fue: «¡Jamás hombre alguno habló como este hombre habla!». No entendían lo que decía, pero sentían que ningún simple hombre había hablado jamás como él; que sus palabras lo situaban en una categoría totalmente diferente. Podían ser ignorantes, pero su sensibilidad no estaba del todo embotada.

A sus líderes, que los habían enviado, no solo les faltaba sensibilidad, sino también escrúpulos. No les faltaba una inmensa presunción de sí mismos; tanto que estaban seguros de que su propio rechazo a Jesús era incontestable y tan definitivo que todo el mundo debía aceptarlo. Si la multitud, o cualquiera de ellos, no lo hacía, eso solo demostraba que eran ignorantes y malditos. Así que estos falsos pastores se limitaron a maldecir a las ovejas y lo dejaron así. Sin embargo, su propia ignorancia comenzó a asomar, pues el efecto de su pregunta triunfal sobre si alguno de los gobernantes o fariseos había creído en él quedó echado por tierra por Nicodemo, que era tanto fariseo como gobernante. Aunque aún no estaba preparado para declararse creyente de forma definitiva, reveló con su pregunta que no se ajustaba a la incredulidad de los demás. Además, su sarcasmo respecto a Galilea solo puso de manifiesto su ignorancia sobre el origen de Cristo.

La escena que se nos presenta en estos versículos finales muestra la asombrosa semejanza que existe entre los religiosos modernistas de hoy en día y estos hombres. Es cierto que ahora se cuestiona más la Palabra escrita de Dios que la Palabra viva, como ocurría entonces, pero existe exactamente la misma afirmación triunfal del lugar supremo que ocupan la inteligencia y el conocimiento humanos. La frase moderna es: “Todos los eruditos están de acuerdo...”, de acuerdo en negar o incluso ridiculizar la Palabra de Dios. Pero ahora, al igual que entonces, **no** todos los erudi-

tos están de acuerdo, y los disidentes no son solo una unidad como Nicodemo en el Sanedrín, ya que además su fe en Cristo y en su Palabra es mucho más clara y definida que la de él. Por otra parte, al igual que los religiosos de la antigüedad, nuestros sabios modernos están igual de equivocados en sus hechos básicos. Cristo no era «de Galilea», como deberían haber sabido; pero no se molestaron en mirar más allá de las apariencias superficiales. La incredulidad moderna es rica en especulaciones, conjeturas y fantasías, y lamentablemente carece por completo de hechos sólidos.

8 - Juan 8

Sin embargo, ellos creían haber zanjado definitivamente la cuestión, y se retiraron a la comodidad de sus propios hogares, mientras que Jesús, el Verbo hecho carne, sin hogar, pasó la noche en el Monte de los Olivos. Al regresar temprano por la mañana al templo, se encontró con algunos de esos mismos oponentes, que le plantearon un caso con el que, esperaban, lo pondrían entre la espada y la pared. La multitud podía ignorar la Ley y estar maldita; ellos conocían muy bien la Ley y se consideraban bendecidos por ella; también conocían la bondad y la gracia de Jesús. Así que colocaron a la mujer adúltera en medio y citaron la Ley de Moisés en su contra. El resultado no fue el que esperaban. El Señor dirigió la Ley como un foco hacia ellos, y su poder convincente llegó incluso a sus conciencias endurecidas. Esos hipócritas religiosos empedernidos, que hablaban con tanta ligereza de la maldición que caería sobre la multitud, vieron ahora cómo la maldición de la Ley se cernía sobre ellos mismos, y desaparecieron.

El gesto de Jesús al agacharse y escribir en el suelo es muy significativo. Ahí estaba, si se nos permite decirlo, el dedo que en su día escribió la Ley en 2 tablas de piedra —la Ley que dictó una sentencia de condenación contra Israel. Ese mismo dedo había escrito una sentencia de condenación contra una orgullosa monarquía pagana en los días de Daniel, sobre el yeso de la pared. Los materiales sobre los que se escribía son reveladores. La Ley inflexible escrita sobre piedra inflexible; de ahí que quien despreciara la Ley de Moisés “muriera sin misericordia”, ya que la Ley no puede retorcerse como se retuerce el caucho. El yeso es quebradizo y se rompe con facilidad, como los reinos humanos más fuertes y orgullosos. Jesús escribió en el suelo. No se nos dice qué escribió allí [3], pero sí sabemos que se dirigía al «polvo de la muerte» (Sal. 22:15), donde escribió una declaración completa del amor de Dios.

[3] NdT. Vean también Jeremías 17:13.

En [Apocalipsis 5](#), se presenta el libro del juicio, y un ángel poderoso, con voz fuerte, lanza el desafío: «¿Quién es digno de abrir el libro y romper sus sellos?». Jesús lanzó precisamente ese desafío, aunque, con otras palabras. El resultado de aquel desafío fue que «nadie en el cielo, ni en la tierra, ni debajo de la tierra» fue capaz de abrir o siquiera mirar aquel libro; al igual que aquí, todos los acusadores se escabulleron. Entonces, el «León» que se convirtió en el «Cordero» se quedó solo para ejecutar los juicios. Aquí “dejaron a Jesús solo con la mujer, que estaba en medio»; sin embargo, no era la hora del juicio, sino de la gracia, y por eso Aquel que tenía el derecho de condenar no lo ejerció. Él estaba «lleno de gracia y de verdad». Dirigió el foco de la verdad hacia los hipócritas y extendió su gracia a la pecadora, con el fin de liberarla del pecado.

De este incidente surgió una solemne controversia entre el Señor y los judíos, y el relato de la misma ocupa el resto del capítulo. Sus palabras iniciales, en el versículo 12, se refieren al incidente y son la clave de lo que sigue. Al principio del Evangelio vimos que el Verbo era el Origen de la vida y era la Luz que resplandecía en las tinieblas. [Juan 3 - 7](#) nos lo han presentado como la Fuente de la vida eterna. Ahora nos lo presenta como la Luz, y al final de [Juan 12](#) se nos resume el resultado de esa presentación. Jesús es la luz no solo de Israel, sino del mundo, y quien le siga tendrá la luz de la vida manifestada en Él, sin importar de dónde haya venido. Quien no le siguió permaneció en las tinieblas, aunque fuera el judío más ortodoxo que se pueda imaginar.

En [Juan 5](#), el Señor había señalado cuán amplio era el testimonio que se daba de él, de modo que no se encontraba en la situación de acudir a ellos con credenciales de su propia autoría. Los fariseos se aferraron entonces a las palabras que él había utilizado en aquella ocasión e intentaron condenarlo alegando una incoherencia verbal. Él no se retractó de sus palabras ni las explicó. Simplemente apeló a cosas de una naturaleza mucho más elevada que los condenaban por su ignorancia y su error. En los simples hombres, el conocimiento de sí mismos es escaso. Tanto lo que hay detrás de ellos como lo que hay delante están envueltos en un velo de misterio impenetrable. En él no existía tal limitación. Su autoconocimiento era divino y eterno. Estos fariseos eran tan ignorantes de sí mismos como lo eran de él. También estaban en el error, ya que todos sus juicios se formaban según la carne, en la que no habita ningún bien. En su juicio carnal de sus Palabras se equivocaron, aunque fueron astutos al abalanzarse sobre lo que parecía una contradicción.

En el caso de la mujer, el Señor había rechazado el papel de juez. Será suyo en un día venidero, pero no entonces; y él lo rechaza de nuevo ante los fariseos en el versículo 15. Sin embargo, al rechazarlo, vuelve a caer en una paradoja verbal, ya que afirma la verdad de Sus juicios, dado que es tan plenamente uno con el Padre que le había enviado. En la era venidera, todo juicio será suyo, pero lo ejecutará en plena armonía con el Padre. Así también, en lo que respecta al testimonio de sí mismo, todo el peso de la autoridad del Padre respaldaba sus palabras. Esta referencia al Padre por su parte solo sirvió para poner de manifiesto la completa ignorancia por parte de ellos. Al Padre solo se le puede conocer en el Hijo, a quien ellos no quisieron recibir. Si tan solo hubieran conocido al Hijo, habrían conocido al Padre.

El versículo 20 da testimonio del poder de estas palabras de nuestro Señor, así como del poder de su Persona. Sus palabras les hicieron desear apresarle, pero había algo en él que se lo impedía, hasta que llegó la hora en que se entregó a su voluntad. El Señor, sin embargo, continuó dando testimonio ante ellos.

Había estado siguiendo su camino y buscándolos en la gracia. Ahora se acercaba el momento en que él seguiría su propio camino y ellos lo buscarían en vano y morirían en sus pecados. Entonces quedarían separados de él y de Dios para siempre. Este completo giro de los acontecimientos no solo sería justo, sino también apropiado. De nuevo, en el versículo 22 vemos la total ignorancia de los judíos, y que sus mentes eran sórdidas hasta el último grado. Eran, en efecto, «de abajo» en todos los sentidos de la palabra. Esto llevó al Señor a establecer un marcado contraste entre ellos y él mismo. En primer lugar, en cuanto al *origen*: ellos, de abajo; él, de arriba. En segundo lugar, en cuanto al *carácter*: ellos de este mundo; él no de este mundo. En tercer lugar, en cuanto al *destino*: ellos estaban a punto de morir en sus pecados y ser excluidos de Dios; él se dirigía al Padre, como ya había dado a entender. Solo la fe en él podía evitar su condenación –la fe que descubriría en él: «Yo soy». No hay ninguna palabra que represente el “él” en el texto original, de ahí que se escriba en cursiva. En [Éxodo 3:14](#), Dios se había revelado como el gran «Yo soy», por lo que esta afirmación de Jesús era, en la práctica, una reivindicación de su divinidad.

Los judíos no lo habían discernido en ese momento, pero evidentemente vieron que su afirmación era trascendental, pues de inmediato preguntaron: «Tú ¿quién eres?» Recibieron una respuesta asombrosa: «Eso mismo que os he dicho desde el principio». Él era la verdad, y sus palabras eran una presentación verdadera y exacta de sí mismo. Esto no se podría decir ni siquiera del mejor y más sabio de los hombres. Aunque quisiéramos, no podríamos manifestarnos con precisión mediante las palabras. Si pudiéramos, nos resistiríamos a hacerlo, siendo lo que somos. Sus palabras

eran la verdadera revelación de sí mismo; tal y como cabría esperar al saber que él es el Verbo que se hizo carne. Meditemos muy profundamente esta palabra de Jesús, pues conlleva la seguridad de que en los Evangelios tenemos una revelación real y verdadera de Cristo. Nos transmiten tanto lo que hizo como lo que dijo; pero solo *por sus palabras* podemos conocerlo verdaderamente, aunque nunca lo viéramos en los días de su vida terrenal. Lo que dijo, *eso es Él en su totalidad*.

El versículo 26 nos muestra que todo lo que él tenía que decir acerca de los hombres era igualmente la verdad, porque todo fue dicho por y de parte del Padre. Ellos ignoraban por completo al Padre y no creían en absoluto en el Hijo presente entre ellos. Cuando hubieran levantado al Hijo del hombre, se demostraría el hecho de que él era realmente «Yo soy», y que, en todos los sentidos, el Padre estaba con él. Su elevación fue su muerte y, una vez cumplida esta, sobrevendría la resurrección, lo cual lo declararía «Hijo de Dios con poder, conforma al Espíritu de santidad» (Rom. 1:4). Entonces lo sabrían, en el sentido de tener una demostración perfectamente amplia ante sus ojos. Algunos pocos sí lo sabían, en el sentido de haber sido iluminados por la demostración, pero la mayoría cerró deliberadamente los ojos ante la luz. Aun así, la demostración de que él era total y siempre agradable al Padre estaba ahí, a la vista de todos.

El poder de sus palabras se sentía y muchos optaron por creer en él. El Señor los puso a prueba diciéndoles que quien no es un mero seguidor nominal, sino un verdadero discípulo, se caracteriza por permanecer en su Palabra; es decir, en toda la verdad que él trajo. La perseverancia es siempre la prueba de la realidad, y donde existe, la verdad se conoce en su poder emancipador. El diablo esclaviza con el poder de su mentira; Cristo libera con el poder de la verdad de Dios. No les halagó diciéndoles que, como pueblo de Dios, eran libres. Les presentó esa verdadera libertad espiritual que es el resultado del conocimiento de la verdad. *Eso* es lo que necesitaban, ¡y lo mismo necesitamos nosotros!

Muchos fracasaron en la prueba, pues su orgullo nacional y religioso se vio herido. Podían ser descendientes de Abraham según la carne, pero afirmar que nunca habían estado sometidos a nadie, mientras se encontraban en completa sujeción a los romanos, solo demostraba su ceguera. Con su enfática declaración del versículo 34, Jesús dirigió sus pensamientos hacia la esclavitud del pecado. Los hombres no pueden practicar el pecado sin quedar esclavizados por él –un pensamiento tremendo para cada uno de nosotros. Ahora bien, el lugar del esclavo está fuera, pero en contraste con él está el Hijo, cuyo lugar está dentro y eso para siempre. Y el Hijo no solo tiene él mismo ese lugar permanente, sino que puede liberar al esclavo, intro-

duciéndolo en lo que es verdadera libertad. Así, el que es uno de los «discípulos *de la verdad*» se convierte en «libre *por la verdad*».

En estas palabras de nuestro Señor, recogidas en los versículos 32 y 36, podemos ver sin duda el germen de lo que se expone con mayor detalle en las Epístolas. [Romanos 6](#) nos revela nuestra muerte con Cristo, que nos lleva a ser “liberados del pecado”, lo cual, a su vez, conduce a la “nueva vida”. Esto se corresponde con el versículo 32 de nuestro capítulo; mientras que el versículo 36 encuentra su contrapartida en [Gálatas 4:1-7](#), en relación con 5:1. La redención de bajo la Ley, obrada por el Hijo, junto con el envío del Espíritu del Hijo a nuestros corazones, nos ha llevado a la libertad en la que debemos permanecer firmes. El Hijo nos ha liberado verdaderamente.

En los versículos 37-44, el Señor expone con gran solemnidad lo vacío de sus pretensiones de ser hijos de Abraham. Esa pretensión habría tenido algún valor si hubieran demostrado ser sus hijos en un sentido espiritual, mostrando su fe y haciendo sus obras. En realidad, se caracterizaban por el odio y el espíritu asesino. Caín había mostrado ese espíritu, y era «del maligno y mató a su hermano» ([1 Juan 3:12](#)); así también ellos hacían las obras de su padre, manifestándose por tanto como hijos de su padre, el diablo, que fue homicida desde el principio y no había verdad en él. Tanto el odio como la mentira tienen su origen en el diablo, y quienes se caracterizan por estas 2 cosas delatan así su origen espiritual.

Jesús habla de sí mismo, en el versículo 40, como «hombre que os ha dicho la verdad». Otros hablaban de él como un hombre y no veían en él nada más que eso; pero resulta llamativo que, en este Evangelio, que lo presenta como el Verbo hecho carne, él se refiera a sí mismo como un hombre. De este modo, la verdad se equilibra para nosotros, y tanto su divinidad esencial como su perfecta humanidad quedan abundantemente claras. Él expuso la verdad, y aquellos que tenían a Dios por Padre amarían tanto la verdad como a él. Sus oponentes tenían un origen maligno y no podían escuchar su *Palabra* –la revelación que él trajo. En consecuencia, eran totalmente incapaces de comprender Su *discurso*– las palabras con las que revistió la revelación. Esto es lo que nos dice el versículo 43.

Fíjense en cómo las palabras del Señor destruyen por completo la falsa idea que tantos sostienen acerca de la “paternidad universal de Dios”, aunque estos religiosos judíos solo llegaran a reivindicar una paternidad universal de Abraham –y, por tanto, de Dios– para su nación. Jesús dijo: «Si Dios fuera vuestro Padre...». Era una negación. El diablo era su padre. La paternidad de Dios se limita a aquellos que creen, tal y como afirma [Gálatas 3:26](#).

Ante estos judíos se encontraba Alguien a quien ni siquiera sus enemigos acérrimos podían acusar de pecado, y él les dijo la verdad. Esa verdad honraba al Padre y liberaba a los hombres de la muerte; sin embargo, ellos rechazaron la verdad, le deshonraron, le llamaron samaritano y dijeron que tenía un demonio. Se gloriaban en Abraham, aunque admitían que hacía mucho que había muerto. El Señor se presentó ante ellos como Aquel que sabía que había salido del Padre, que era honrado por el Padre y que iba a entrar en su propio día, el cual Abraham había esperado y que, por la fe, había visto.

Los judíos, como siempre, malinterpretaron por completo sus palabras. Él habló de que Abraham había visto su día, y ellos pensaron que eso significaba que él afirmaba haber visto a Abraham. Su error sirvió para dar lugar a la gran y enfática declaración: «Antes que Abraham llegase a ser, **yo soy**». En un momento determinado, Abraham “existió”. El verbo utilizado aquí es el mismo que en [Juan 1:14](#), donde leemos que el Verbo «se hizo» o «se convirtió» en carne. El verbo que significa «soy» es el que denota una existencia perdurable, tal y como se utiliza en [Juan 1:18](#); el Hijo «está» en el seno del Padre; y se emplea en tiempo pasado, refiriéndose al Verbo en la eternidad, en [Juan 1:1](#) y [2](#). Por lo tanto, Jesús dijo: «Antes de que Abraham llegase a ser, **yo soy**» por la eternidad.

Esta afirmación trascendental llevó a los judíos a intentar matarlo a pedradas, y de haber sido falsa, habrían tenido toda la razón. Sin duda, nos mueve el corazón a adorarlo y a adorar la gracia que lo llevó a encarnarse y a rebajarse tanto por nuestra salvación.

9 - Juan 9

Las intenciones asesinas de los judíos no fracasaron porque les faltara firmeza de propósito, sino porque él estaba fuera de su alcance hasta que llegara su hora. Escondiéndose de ellos, Jesús salió del templo, y al pasar se encontró con un ciego que iba a dar un testimonio impactante a los líderes de Israel, y este ciego se convirtió en otra “señal” de que aquí entre ellos estaba realmente el Cristo, el Hijo de Dios.

La pregunta que plantearon los discípulos puede parecernos curiosa, pero expresaba pensamientos que eran comunes entre los judíos, y que encontraban su base en [Éxodo 20:5](#), que habla de la iniquidad de los padres que transmite a los hijos. La respuesta del Señor muestra que la aflicción puede venir sin que haya ningún

elemento de retribución en ella, sino simplemente para que la obra de Dios se manifeste. En este caso, la obra de Dios se manifestó en la liberación completa de la aflicción. Puede manifestarse de manera igualmente sorprendente mediante la liberación completa de la depresión y el peso de la aflicción, mientras la aflicción misma aún persiste; y así se ve a menudo hoy. Era entonces el «día», marcado por la presencia en la tierra de «la Luz del mundo». Jesús sabía que se acercaba la «noche» de su rechazo y muerte, pero hasta ese momento estaba aquí para hacer las obras del Padre, y este ciego era un sujeto apto para la obra de Dios, aunque no había hecho ningún llamamiento para ello, según consta.

La acción llevada a cabo por el Señor era simbólica, como lo demuestra la interpretación del nombre del estanque para nosotros. Jesús era el «Enviado», que se había hecho carne, y de su carne el barro mezclado con su saliva era el símbolo. Ahora bien, los ojos que ven quedarían cegados si estuvieran cubiertos de arcilla, y los ojos ciegos quedarían doblemente ciegos. Así fue para los ciegos espirituales; la carne del Verbo era un obstáculo y solo veían al Hijo del carpintero. Para nosotros, que creemos en él como el Enviado, ocurre lo contrario. Es por su revelación en la carne que hemos llegado a conocerle, como muestra [1 Juan 1:1-2](#). Su carne es oscuridad para el mundo: es luz para nosotros. Podemos adoptar el lenguaje en un sentido espiritual y decir que “nos lavamos y llegamos a ver”. El resto del capítulo muestra que al ciego se le abrieron los ojos del corazón además de los de la cabeza.

Una vez que sus ojos espirituales se abrieron, su medida de luz aumentó. La misma oposición que encontró sirvió para producir el aumento. El interrogatorio de los vecinos surgió de la curiosidad más que de la oposición, y sirvió para sacar a la luz los simples hechos con los que empezó. Sabía cómo se le habían abierto los ojos y que se lo debía a un Hombre llamado Jesús, aunque desconocía su paradero.

Su caso era tan notable que lo llevaron ante los fariseos, y aquí prevaleció de inmediato el espíritu antagónico. No hubo dificultad en encontrar un motivo para su oposición, pues el milagro se había hecho en sábado. Una vez más, Jesús había quebrantado el sábado, y esto lo condenó de inmediato a sus ojos. Fallar en este asunto de la observancia ceremonial era fatal: no podía ser de Dios, una conclusión bastante típica de la mente farisaica. Otros, sin embargo, estaban más impresionados por el milagro, y así se manifestó de nuevo una división, que los llevó a preguntar al hombre qué tenía que decir de él. Su respuesta demostró que el Hombre llamado Jesús era para él al menos un profeta. Esto era más de lo que querían admitir, por lo que cuestionaron la verdad de su cura milagrosa.

Los padres fueron llamados ahora a la discusión, solo para atestiguar que efectivamente había nacido ciego, por lo que su curación era incuestionable, aunque el miedo los llevó a remitir toda investigación posterior al propio hombre; y el hecho es que el veredicto de los fariseos sobre el caso era una conclusión inevitable. Cualquiera que confesara que Jesús era el Cristo debía ser excluido de todos los privilegios religiosos del judaísmo. Así quedaron al descubierto sus bajos motivos, y prosiguieron su examen del hombre no para obtener la verdad, sino para descubrir algún motivo posible para condenar a Jesús o al hombre, o a ambos.

¿Atribuiría la alabanza a Dios, mientras está de acuerdo en que el Hombre por el que se ejerció el poder de Dios era un pecador? El hombre evitó esta sutil trampa simplemente afirmando de nuevo el único punto en el que estaba inamoviblemente seguro. Al igual que un hábil general que declina la batalla en el terreno elegido por el enemigo y solo se enfrenta a él en su propia posición inexpugnable, así declinó la mera discusión teológica, en la que no era rival para ellos, y se posicionó en lo que sabía que se había forjado en sí mismo. Las palabras del hombre en el versículo 25 están llenas de instrucción para nosotros. El campesino iletrado de hoy puede enfrentarse humildemente, pero con valentía, a los numerosos homólogos de fariseos y saduceos, si se contenta con dar testimonio de lo que la gracia de Dios ha hecho por él y en él.

A continuación, trataron de sacarle informaciones más exactas sobre el método empleado por Jesús, por si acaso podían encontrar un punto de ataque. Sin embargo, ya había percibido su antagonismo, y su pregunta: «¿Queréis vosotros también haceros sus discípulos?», tenía un toque de sarcasmo. Esto les picó hasta el punto de perder los nervios, hasta el punto de que mientras declaraban su adhesión a Moisés se comprometieron a una declaración de ignorancia en cuanto al origen y las creenciales de Jesús. Adoptaron una actitud “escéptica”, al igual que muchos lo hacen hoy en día. Esto, sin embargo, fue una admisión fatal. La pérdida de sus ánimos fue seguida por la pérdida de su caso desde un punto de vista argumentativo. El simple creyente, si se atiene a los hechos fundamentales de los que puede dar testimonio, no sufrirá ninguna derrota cuando se encuentre con el agnóstico.

Estos fariseos, que se presentaban como las autoridades religiosas supremas de la época, no solo profesaban su ignorancia en cuanto a esta cuestión tan vital, sino que exigían un veredicto sobre la cuestión totalmente contrario a la evidencia. Es innegable que el poder benéfico había actuado, liberando del mal: ellos profesaban la ignorancia de su fuente y, sin embargo, exigían que se denunciara como pecador a quien lo ejercía. El hombre, sin embargo, había sentido la acción del poder; sabía

que era de Dios, y la oposición malvada que encontró solo le ayudó a llegar a la conclusión de que Jesús mismo era «de Dios» en verdad.

Habiendo perdido su caso y no habiendo logrado corromper los pensamientos del hombre, recurrieron a la violencia y lo expulsaron. Conforme al judaísmo, fue excomulgado: ¿había algo para el pobre hombre, excepto el paganismo, con su oscuridad vacía? *Sí, lo había*. El propio Jesús ya estaba moralmente fuera de él, desde el principio de este Evangelio se le ha considerado así, como hemos señalado antes; aunque no estuvo fuera de él en el sentido más completo hasta que fue conducido fuera de la puerta de Jerusalén para morir como un malhechor. En el versículo 35 vemos que el Salvador rechazado encontró al hombre rechazado y le hizo la mayor de las preguntas: «¿Crees tú en el Hijo de Dios?». La pregunta le llegó de forma abstracta. El hombre dudó, pues deseaba que el Hijo de Dios estuviera ante él en forma concreta. ¿Dónde podría encontrarlo para creer? Así desafiado, Jesús se presentó claramente *como el Hijo de Dios*. El hombre, de inmediato y con la misma claridad, lo aceptó como tal en la fe y lo adoró.

Así que una vez más somos conducidos al punto principal de este Evangelio, tal como se expresa en el versículo 31 del capítulo 20. El hombre había sido conducido paso a paso a la fe del Hijo de Dios y a la vida en su nombre, y la apertura de sus ojos había sido una señal de la obra mayor de abrir los ojos de su mente y de su corazón. En el versículo 39 tenemos el comentario del Señor sobre toda la escena. Él había venido al mundo para juzgar, no en el sentido de condenar a los hombres, sino para producir una discriminación que se extendía por debajo de las apariencias superficiales y alcanzaba a los hombres tal como eran en realidad. A algunos, como a este hombre, se les abrieron los ojos para ver la verdad. Otros que profesaban ser los que veían, como los fariseos, podían ser cegados y manifestarse como ciegos. Algunos fariseos que estaban presentes sospecharon que él se refería a ellos, y su pregunta dio la oportunidad de mostrar su peligrosa posición. Su pecado residía en su hipocresía. Tenían vista *intelectual*, pero estaban *espiritualmente* ciegos y su pecado permanecía; mientras que los realmente ciegos, y confesados como tales, son más bien objetos de compasión.

10 - Juan 10

No hay una interrupción real en el punto en que comienza este capítulo en nuestras Biblias. La respuesta del Señor, que comenzó en el último versículo del capítulo no-

veno, continúa hasta el final del versículo 5 de este capítulo. Les expuso la parábola del Pastor y el redil, y esta ilustraba el punto, ya que no solo había «las ovejas», sino también «sus propias ovejas». Estas últimas conocían la voz del Pastor y, por eso, lo reconocían. El hombre del capítulo anterior era una de «sus propias ovejas».

El sistema religioso instituido por medio de Moisés era como un redil. De este modo, los judíos estaban reclusos, separados de los gentiles, a la espera de la venida del verdadero Mesías. La puerta de entrada había sido prescrita por las voces de los profetas: debía nacer de una virgen, en Belén, etc. Habían aparecido impostores, pero al carecer de estas credenciales habían buscado entrar de alguna otra manera y, con ello, se habían delatado a sí mismos. Ahora había aparecido el verdadero Pastor, y al entrar por la puerta, esta se había mantenido abierta para él por la providencia de Dios. Se había dicho: «He aquí, no se adormecerá ni dormirá el que guarda a Israel» ([Sal. 121:4](#)), y ese ojo y esa mano vigilantes habían impedido que Herodes cerrara la puerta de entrada contra él. Dios se encargó de que él tuviera pleno acceso a las ovejas.

Pero ahora llega lo que nadie había previsto: él entra en el redil no para reformarlo ni mejorarlo, sino para elegir a un grupo de entre la multitud –«sus propias ovejas»– y conducirlo hacia algo nuevo. Israel había sido la nación elegida, pero ahora se trata de algo totalmente individual, pues él llama a sus propias ovejas «por nombre», estableciendo un contacto personal con cada una de ellas. Además, las conduce hacia fuera saliendo él mismo primero: ellas le siguen porque existe ese contacto, reconocen su voz y confían en él. Al principio de este Evangelio se hacía referencia a estas almas elegidas como «nacidas... de Dios», es decir, «todos los que lo recibieron» ([Juan 1:12-13](#)).

Las ovejas de Cristo no siguen a extraños, no porque los conozcan bien y distingan perfectamente sus voces, sino porque «no conocen la voz de los extraños». Conocen bien la voz del Pastor y eso les basta. En cuanto a todos los demás, simplemente dicen: “Esa no es la voz del Pastor”. Tenemos aquí, en forma de parábola, el mismo hecho básico que Juan expuso cuando escribió a los pequeños de la familia de Dios, diciendo: «No os he escrito porque ignoréis la verdad, sino porque la sabéis, y ninguna mentira procede de la verdad» ([1 Juan 2:21](#)). Como también dice Pablo, debemos ser «sabios para el bien, e ingenuos para el mal» ([Rom. 16:19](#)). Cultivemos este conocimiento de nuestro Señor, pues desarrolla un instinto espiritual que nos protege de desviarnos del camino.

Ciegos como siempre, los fariseos no entendieron nada de esto; pero eso no impidió

que el Señor continuara un poco más con su parábola. Él mismo era la puerta; pues toda salida del redil y toda entrada al nuevo lugar de bendición que se iba a establecer debía ser por medio de él. A esa nueva bendición la llamamos generalmente “cristianismo”, en contraste con el judaísmo. El versículo 9 comienza a enumerar las bendiciones. Se sigue utilizando un lenguaje parabólico, como lo demuestra la palabra «pastos», pero al decir «si alguno entra por mí», Jesús mostró que hablaba de acuerdo con ese gran capítulo del Antiguo Testamento que termina diciendo: «Y vosotras, ovejas mías, ovejas de mi pasto, hombres sois» (Ez. 34:31).

La bendición inicial del cristianismo es la salvación. Nos recibe al entrar por Cristo, la puerta. La mayoría de las referencias a la salvación en el Antiguo Testamento tienen que ver con la liberación de enemigos y tribulaciones. La emancipación espiritual que nos llega por medio del Evangelio no podía conocerse entonces, ya que la obra en la que se basa aún no se había cumplido. Que se lean y se asimilen interiormente [Hebreos 9:6-14](#) y [10:1-14](#), y este hecho quedará muy claro. Solo mediante la muerte y la resurrección de Cristo se abre la puerta a la salvación en su plenitud.

Las palabras «entrará y saldrá» indican libertad. En el judaísmo no había libertad de acceso a Dios, ya que «el camino del Lugar Santísimo aún no había sido manifestado» (vean Hebr.;9:8); tampoco tenían permiso para salir a las naciones y difundir el conocimiento que tenían de Dios. Estaban encerrados dentro del redil de la Ley de Moisés y sus ordenanzas, y allí tenían que permanecer. Como cristianos, tenemos «plena libertad para entrar en el Lugar Santísimo por la sangre de Jesús», y podemos salir al igual que lo hicieron aquellos primeros creyentes que «iban por todas partes anunciando... la Palabra» ([Hec. 8:4](#)). En ambas direcciones, nos llevamos mucho más allá de los privilegios del redil judío.

En tercer lugar, podemos «encontrar pastos». Esto puede llevar nuestros pensamientos de vuelta a [Ezequiel 34](#), donde encontramos una tremenda acusación contra los antiguos pastores de Israel. Estos líderes religiosos se alimentaban a sí mismos y no a las ovejas, y daban tan mal ejemplo que las ovejas más fuertes oprimían a las más débiles y se habían «¿Os es poco que comáis los buenos pastos, sino que también holláis con vuestros pies lo que de vuestros pastos queda?» (v. 18). En consecuencia, para los más desfavorecidos del rebaño no quedaba pasto alguno. Jesús, el verdadero Pastor de Israel, conduce a sus propias ovejas hacia una abundancia de alimento espiritual.

Los versículos 10 y 11 nos presentan el contraste entre el ladrón y el Buen Pastor. Estos ladrones y salteadores eran hombres como los mencionados por Gamaliel

en [Hechos 5:36-37](#); impostores egoístas que traían destrucción y muerte. El verdadero Pastor trajo vida; y para ello entregó su propia vida. Si él no hubiera venido y muerto, no habría habido vida alguna para los hombres pecadores; al haberlo hecho, la vida está disponible y se concede en abundancia a sus ovejas. Vivimos a la luz de la abundante revelación de Dios que nos ha llegado en el Verbo hecho carne; por eso tenemos vida en abundancia. La vida dada a los santos en todas las épocas puede ser intrínsecamente la misma, pero su plenitud solo puede conocerse a medida que Dios se revela plenamente. Esto se indica en [1 Juan 1:1-4](#).

A continuación, en los versículos 12-15, tenemos el contraste entre el asalariado y el Buen Pastor. El asalariado no es necesariamente malo como el ladrón; pero, al ser un hombre que trabaja a cambio de un salario, su interés es principalmente económico. Las ovejas le interesan en la medida en que son el medio de su sustento. En realidad, no se preocupa por ellas hasta el punto de arriesgar la vida por ellas. Muy diferente es el caso del Pastor, que da su vida por ellas y establece un vínculo de maravillosa intimidad. Sus ovejas son hombres y, por lo tanto, capaces de conocerlo de manera íntima; tanto es así que su conocimiento de ellas y el conocimiento que ellas tienen de él pueden compararse con el conocimiento que el Padre tiene de sí mismo y el conocimiento que él tiene del Padre. Y debemos recordar que es a través del conocimiento de él como llegamos a conocer al Padre. Nada que se acercara siquiera a esto había sido posible en el redil judío antes de que llegara el Pastor.

Las palabras del Señor en el versículo 16 añaden otro giro inesperado. Estaba a punto de encontrar ovejas que habían estado fuera de ese redil. Iba a producirse el llamamiento de un pueblo elegido de entre los gentiles. Vemos el comienzo de esto ya al principio de los Hechos: el etíope en [Juan 8](#), Cornelio y sus amigos en [Juan 10](#). A menudo nos hemos detenido en el «debo» que aparece varias veces en [Juan 3](#): ¿alguna vez hemos alabado a Dios por el «debo» que aparece aquí?; «a estas también tengo (debo) que traer». Los pecadores de entre los gentiles se convierten en objeto de la obra divina. Escuchan la voz del Pastor y se unen a él. Entonces, como resultado de este doble llamamiento –desde el redil judío y desde los gentiles descarriados– se establecerá un solo rebaño, unido bajo la autoridad del único Pastor.

Ovejas reunidas por restricciones externas: eso era el judaísmo. Ovejas que constituyen un rebaño gracias al poder personal y al atractivo del Pastor: eso es el cristianismo.

Pero para ello no solo era necesaria la muerte, sino también la resurrección. El Pastor verdaderamente tuvo que ser herido, tal y como había dicho el profeta, pero es en

su vida resucitada donde reúne a su rebaño tanto de judíos como de gentiles. Jesús procedió a mostrar que su muerte era necesaria para su resurrección. Ambas se consideran aquí como actos propios de él. Su muerte fue el hecho de entregar su vida; su resurrección, el hecho de recuperarla, aunque en nuevas condiciones. En ambas ocasiones actuó de acuerdo con el mandamiento del Padre; y proporcionó al Padre un nuevo motivo para su amor hacia el Hijo.

Las palabras del Señor, recogidas en el versículo 18, concuerdan plenamente con el carácter de este Evangelio. Tal y como se recoge en otros Evangelios, Él habló una y otra vez a sus discípulos de cómo sería entregado por los Sumos Sacerdotes y los gobernantes a los gentiles, para que le dieran muerte; sin embargo, aquí afirma que ningún hombre le quitaría la vida, ya que tanto la muerte como la resurrección serían actos propios de él. Los hombres le hicieron aquello que, para cualquier simple hombre, habría hecho inevitable la muerte; sin embargo, en su caso nada habría surtido efecto alguno si él no hubiera querido entregar su vida. Se destaca su Deidad, pero también la verdadera Humanidad que asumió en sumisión a la voluntad de Dios, pues todo estaba en consonancia con el mandamiento del Padre. La vida estaba en él, y era «la luz de los hombres» (1:4), incluso mientras estaba aquí; pero ahora iba a recuperar su vida en la resurrección, y así se convertiría en la misma *vida* de los suyos en el poder del Espíritu, tal y como se indica en [Juan 20:22](#).

Mediante estas parábolas, el Señor había proporcionado a los judíos un resumen conciso de los grandes cambios que se avecinaban como resultado de su venida como el verdadero Pastor en medio de Israel. El plan divino se les reveló, pero los propósitos de Dios iban tan en contra de sus pensamientos autosuficientes que sus palabras sonaban para muchos como las de un loco o algo peor. Otros, impresionados por el milagro del ciego, no podían aceptar esta opinión tan extrema. Como muestran los versículos siguientes, adoptaron la postura de “dudosos sinceros”, aunque deseaban insinuar que la ambigüedad de Jesús era la causa de su vacilación. El problema, sin embargo, no residía en *sus Palabras*, sino en *sus mentes*. Así ocurrió con sus antepasados cuando se les entregó la Ley y «no fijasen sus ojos en el fin de lo que se desvanece» (2 Cor. 3:13); es decir, nunca vieron el propósito de Dios en todo aquello. Ahora bien, el orgullo religioso se cernía como un velo sobre las mentes de estos judíos y no podían percibir «el fin» de las palabras del Señor. De la misma manera, «el dios de este siglo» impone un velo sobre las mentes de los incrédulos de hoy; por muy capaces y perspicaces que sean en los asuntos ordinarios del mundo.

Su exigencia fue: «Si eres el Cristo, dínoslo claramente». Jesús afirmó de inmediato

que ya se lo había dicho claramente, y que tanto sus obras como sus palabras habían dado claro testimonio de él. Entonces les dijo claramente que su incredulidad había puesto el velo sobre sus ojos. La evidencia estaba allí con toda claridad, pero ellos no podían verla; y lo que se escondía tras ese hecho era que, aunque pertenecían a Israel como nación, no eran el verdadero Israel (vean [Rom. 9:6](#)): no eran «mis ovejas», aunque formaran parte del rebaño judío; estaban espiritualmente muertos y, por lo tanto, no respondían. Así, Jesús les dijo *claramente* no solo la verdad *sobre sí mismo*, sino también *sobre ellos mismos*.

Tras pronunciar una sentencia de condenación contra ellos, añadió palabras de gran consuelo y seguridad en beneficio de sus propias ovejas. Por su parte, ellas oyen su voz y le siguen. Por el suyo, él las conoce y les da vida eterna. Esto garantiza que nunca perecerán bajo el juicio de Dios, ni ningún poder creado podrá arrebatarlas de la mano del Pastor. Esta seguridad se ve reforzada por la perfecta unidad que subsiste entre el Hijo y el Padre. El Hijo había asumido la condición de siervo en la tierra y el Padre seguía siendo «mayor que todos» en el cielo, pero esto no iba en detrimento de su unidad. Estar en la mano del Hijo implicaba estar en la mano del Padre, y el propósito de la Divinidad de proteger a las ovejas está garantizado tanto por el Hijo como por el Padre. El mismo hecho glorioso se nos presenta en ese gran pasaje, [Romanos 8:29-39](#).

Estas palabras incitaron a los judíos a tener intenciones asesinas. No comprendían su significado, pero sí veían que al decir: «Yo y el Padre somos uno», él estaba reivindicando la igualdad con Dios. Quizá hubiera resultado un poco menos ofensivo si hubiera puesto al Padre en primer lugar diciendo: “El Padre y yo”; pero no, fue «Yo y el Padre». Esto les resultaba intolerable, pues no cabía duda alguna sobre el significado de unas palabras como estas. Para ellos era una blasfemia atroz: un hombre que se hacía pasar por Dios. Nosotros aceptamos sus palabras con espíritu de adoración, pues sabemos que él era verdaderamente Dios, aunque se había hecho hombre. Damos la vuelta a los términos de su acusación y encontramos en ella una verdad que salva el alma.

En su respuesta, Jesús se refirió a sus propias palabras, «Soy Hijo de Dios», de tal manera que las identificaba con la acusación de que se hacía pasar por Dios. No defendió su afirmación con una de sus propias declaraciones enfáticas, sino con un argumento basado en sus propias Escrituras. Aquellos reconocidos como «dioses» en el [Salmo 82:6](#) eran autoridades «a quienes *llegó* la Palabra de Dios». Aquel que había sido apartado y enviado al mundo por el Padre *era* la Palabra misma –«el Verbo... hecho carne». ¡Qué enorme diferencia! No era blasfemia, sino la pura ver-

dad, cuando dijo: «Yo soy Hijo de Dios». Además, sus obras daban testimonio de su afirmación, ya que eran inequívocamente obras de Dios. Mostraban claramente el hecho de que el Padre estaba en él, declarado y revelado de manera viva; y él estaba en el Padre, en cuanto a vida y naturaleza esenciales. Una vez que eso se conoce y se cree, no hay dificultad en recibirlo como el Hijo de Dios; pues ambas afirmaciones exponen el mismo hecho fundamental, aunque con palabras diferentes.

Pero aún no había llegado el momento de que su odio asesino se materializara, y durante su retiro al lugar del bautismo de Juan, más allá del Jordán, se manifestó la fe de algunos. Se recordó el testimonio de Juan y se reconoció la verdad de sus palabras. Juan fue el último profeta de la antigua dispensación, y en medio de sus ruinas los milagros no tenían cabida. Estos tuvieron cabida, y en plena medida, en cuanto apareció el Cristo, el Hijo de Dios. Aun así, Juan dio un testimonio verdadero, fiel e inquebrantable de Cristo, lo cual era mejor que los milagros. Nosotros también nos encontramos en el tiempo final de una dispensación, así que no ansiemos milagros, sino imitemos a Juan en la fidelidad de su testimonio. Si ante el tribunal del juicio se pudiera decir de cualquiera de nosotros que todo lo que hemos hablado de Cristo es **verdadero**, ¡eso sí que sería un elogio!

11 - Juan 11

Los 2 versículos con los que se abre este capítulo indican que este Evangelio fue escrito cuando los otros Evangelios eran bien conocidos. Al nombrar a Betania como el pueblo de María y de Marta, se supone que los lectores estarán más familiarizados con las mujeres que con el pueblo. De nuevo, en el versículo 2, se identifica a María por su acción de ungir al Señor, aunque Juan no nos lo cuenta hasta el capítulo siguiente; evidentemente, sabía que podía identificarla con seguridad de este modo, ya que la historia era muy conocida.

El breve mensaje enviado por las hermanas indica de manera muy llamativa la intimidad en la que el Señor introdujo a sus amigos en los días de su carne. Era una intimidad *reverencial*, en la que él ocupaba siempre el lugar supremo, pues no se dirigían a él con excesiva familiaridad como Jesús, sino como «Señor». Sin embargo, podían hablar con toda confianza de su hermano como «el que amas». Él había hecho que la casa de Betania fuera muy consciente de *su amor*, de modo que podían contar con él con confianza. El comentario del evangelista en el versículo 5 confirma que su confianza no estaba equivocada. Jesús los amaba de verdad. Amó a cada

uno de ellos individualmente; y Marta, a la que, podríamos considerar, tenía menos motivos para amar, es la primera en la lista. Lázaro, a quien evidentemente amaba, como se muestra en este capítulo, está colocado en último lugar. María, a quien podríamos haber colocado en primer lugar, ni siquiera es mencionada por su nombre; es solo «su hermana». Aprendamos que el amor de Cristo está colocado sobre un fundamento mucho más profundo que las diferentes características de los santos. Procediendo de lo que él es en sí mismo, es algo maravillosamente imparcial.

Sin embargo, el llamamiento de las hermanas no tuvo una respuesta inmediata. Hubo un retraso deliberado, que dio tiempo a que la enfermedad terminara en muerte; y la muerte tiene tiempo de producir corrupción. ¿Por qué fue esto? Aquí hemos respondido para siempre a esta pregunta que tan constantemente surge en el corazón de los santos. La muerte no fue el verdadero fin de este incidente, sino la manifestación de la gloria de Dios y la glorificación del Hijo de Dios. Fue para el bien de los discípulos, como muestra el versículo 15; también iba a convertirse en una gran bendición para las apenadas hermanas, como indican las palabras del Señor recogidas en el versículo 40. Así pues, lo que parecía tan extraño e inexplicable se convirtió en gloria para Dios y bien para los hombres. La aparente falta de respuesta por parte del Señor tuvo una respuesta de primer orden.

Cuando el Señor volvió a dirigir sus pasos hacia Judea, sus discípulos temieron, porque eran como hombres que caminaban en la oscuridad, y no tenían luz en sí mismos. Pero él, en cambio, era como quien camina de día, pues estaba en la luz, no de este mundo, sino de aquel otro donde la voluntad y el camino del Padre lo son todo. Por eso nunca tropezó, y ahora subió a Betania para hacer la voluntad de Dios. Los discípulos le siguieron pensando en la muerte, como indicó Tomás; pero él subió a las escenas de la muerte con el poder de la resurrección.

La acción de las 2 hermanas, cuando Jesús se acercó, fue característica. Marta, la mujer de la acción, salió a su encuentro. María, la mujer de la meditación y la simpatía, seguía sentada en la casa esperando su llamada. Sin embargo, ambas lo saludaron con las mismas palabras cuando lo vieron. Marta tenía una fe genuina. Creía en su poder como intercesor ante Dios, y en el poder de Dios que se ejercería en la resurrección en el último día. Sin duda era impetuosa, pero su impetuosidad provocó uno de los mayores pronunciamientos de los que se tiene constancia. Antiguamente Jehová se había llamado a sí mismo: «Yo soy». Ahora el Verbo se ha hecho carne, y él también es: «Yo soy», pero lo completa en detalle. Aquí tenemos: «Yo soy la resurrección y la vida» (v. 25). Como el punto aquí es lo que él es en relación con los hombres, la resurrección viene primero. La muerte recae sobre Adán y su raza,

por lo que la vida para los hombres solo puede estar en el poder de la resurrección.

El hecho en sí es doble, y de ahí se deriva una doble aplicación para el creyente. Si ha muerto, ciertamente vivirá, porque su fe descansa en Uno que es la resurrección, y que por consiguiente vivifica con vida más allá de la muerte. Pero entonces Jesús es también la vida, y su poder vivificante alcanza a los hombres para que «vivan por la fe del Hijo de Dios» –o, como dice el Señor, «vivan y crean en mí»– entonces los tales no morirán nunca; es decir, no probarán nunca la muerte en su forma plena y propia. La casa terrenal de este “tabernáculo” puede ser disuelta, pero la muerte no es para nosotros; es más bien un dormirse. Toda la declaración era algo enigmática en su forma, y totalmente más allá de cualquier luz que hasta ahora se había concedido a los hombres. Todavía no estaba revelando la verdad sobre su venida, a la que alude cuando se llega a la apertura de [Juan 14](#), y que se amplía para nosotros en [1 Tesalonicenses 4:13-18](#). Pero, aunque no sea la interpretación primaria de sus palabras, podemos ver, una vez revelada la verdad de su venida, una sorprendente aplicación secundaria de las mismas. En su venida por sus santos habrá de hecho la gran demostración pública de la verdad de sus palabras: «Yo soy la resurrección y la vida».

Cuando el Señor desafió a Marta en cuanto a su creencia, ella demostró de inmediato que todo era un enigma para ella. Probablemente consideraba la resurrección en el último día como un restablecimiento de la vida en este mundo, al igual que la mayoría de los judíos. Así que, al responder, se apoyó, muy sabiamente, en lo que sí creía con certeza: que él era el Cristo, el Hijo de Dios, que había sido anunciado como venido al mundo. Ella ya había llegado a la fe a la que nos conduce este Evangelio, y así poseía «la vida en su nombre». Pero, mentalmente fuera de su alcance en cuanto a otros asuntos, procedió a llamar a su hermana en secreto para que fuera a ver al Maestro.

Con María existía un vínculo especial de simpatía. No leemos que Marta cayera a los pies de Jesús, ni que llorara. El dolor de la muerte pesaba mucho en el espíritu de María, como también pesaba en el del Señor. Aunque en este caso particular iba a aliviar su peso por un tiempo, sintió su peso en una medida infinitamente profunda, moviéndole a gemir en el espíritu e incluso a derramar lágrimas. Lloró, no por Lázaro, pues sabía que en pocos minutos lo devolvería a la vida, sino en simpatía con las hermanas y como sintiendo en su espíritu la desolación de la muerte provocada por el pecado. La palabra utilizada aquí es la de derramamiento de lágrimas silenciosas, no la de lamentaciones vocales, que se utiliza en [Lucas 19:41](#). Pero esas lágrimas silenciosas de Jesús han conmovido los corazones de los santos afligidos

durante casi 2.000 años.

La muerte había provocado un gemido en el espíritu de Jesús, y de nuevo (v. 38) encontramos que el sepulcro hace lo mismo. Pero ahora estaba a punto de poner en acción y mostrar el poder de su palabra. El versículo 39 comienza: «Jesús dijo». Hay 5 pareados (estrofas) sorprendentes en este capítulo que servirían para resumir toda la historia. Aparecen en los versículos 4, 5, 17, 35 y 39: «Jesús oyó», «Jesús amó», «Jesús vino», «Jesús lloró», «Jesús dijo». El santo afligido de hoy tiene que esperar que el quinto se verifique en ese «grito» que resucitará a los muertos y cambiará a los vivos, y recogerá a todos para estar con él. Los otros 4 son válidos y eficaces para nosotros en todo momento.

A la palabra del Señor, los hombres podían hacer rodar la piedra de la boca de la cueva. Esto lo hicieron a pesar de la protesta bastante oficiosa de Marta, pero su poder se detuvo en ese punto. El despliegue de la gloria de Dios, que Marta iba a ver si creía, era obra solo de él. El despertar y la resurrección son totalmente obra suya, aunque los hombres puedan ser utilizados para eliminar los obstáculos. Sin embargo, el poder que devolvió la vida a Lázaro solo se ejerció en dependencia del Padre. En presencia de la multitud se dio pleno testimonio de que allí estaba el Hijo de Dios con poder y también de que estaba aquí en nombre del Padre y en plena dependencia de él.

Solo pronunció 3 palabras y se produjo la poderosa señal. La muerte y la corrupción desaparecieron y Lázaro, todavía atado con la ropa de la tumba, salió. Ahora de nuevo entró en juego la instrumentalidad humana y Lázaro fue liberado de sus ataduras; al igual que hoy los siervos de Dios pueden predicar la Palabra de tal manera que eliminen las obstrucciones espirituales y liberen a las almas de la esclavitud, mientras que la obra de dar vida permanece totalmente en manos del Hijo de Dios. En esta gran señal, la sexta que Juan registra, se había manifestado la gloria de Dios, ya que dar la vida es su gloriosa prerrogativa. El hombre brutal puede matar con demasiada facilidad: solo Dios puede «matar y dar vida» (vean [1 Sam. 2:6](#); [2 Reyes 5:7](#)). Además, el Hijo de Dios había sido glorificado, pues se había mostrado su unidad con el Padre en el ejercicio de este poder.

Al tener lugar tan cerca de Jerusalén, esta señal tuvo un profundo efecto. Movi6 a muchos a la fe, y estimuló a los jefes de los sacerdotes y a los fariseos a una resolución más feroz de matarlo. Tuvieron que admitir que había hecho muchas señales, pero solo consideraron el efecto que estas cosas podrían tener en su propio lugar en presencia de los romanos. Dios no estaba en absoluto en sus pensamientos.

El consejo que celebraron dio ocasión a la profecía de Caifás.

Dios puede atrapar a un falso profeta como Balaam y obligarlo a decir palabras de verdad. Pero aquí había un hombre que, salvo por ser Sumo Sacerdote ese año, no tenía pretensiones de nada de eso; un hombre que profetizaba sin saber que estaba profetizando. Por lo que a él respecta, sus palabras eran sarcásticas, llenas del espíritu de un asesinato cínico, despiadado y a sangre fría; sin embargo, fueron utilizadas por el Espíritu Santo para transmitir el hecho de que Jesús estaba a punto de morir por Israel, en un sentido del que ellos no sabían nada. El versículo 52 nos da un comentario más sobre sus palabras a través del evangelista. En efecto, Israel iba a ser redimido por medio de su muerte, pero había un propósito adicional que pronto saldría a la luz. Los hijos de Dios existían, pero todavía sin ningún vínculo especial de unión. Ese vínculo debía crearse como fruto de su muerte. En el próximo capítulo recibiremos más información al respecto.

12 - Juan 12

Por tercera vez en este Evangelio se menciona la Fiesta de la Pascua. En [Levítico 23](#) se habla de ella como una de las «Fiestas de Jehová», pero en el Evangelio según Juan siempre es una fiesta de los judíos, en consonancia con el hecho de que se considera que Jesús fue rechazado por su pueblo desde el principio y, en consecuencia, tanto ellos como sus fiestas son repudiados por Dios. Los líderes religiosos estaban a punto de coronar su infamia utilizando la Pascua como ocasión para orquestrar la muerte del Hijo de Dios. Su culpa no se vio atenuada por el hecho de que Dios se adelantara a sus acciones para que se cumpliera el tipo, y de que, de ese modo, «nuestra Pascua, Cristo, ha sido sacrificada» ([1 Cor. 5:7](#)).

6 días antes de la Pascua, Jesús llegó a Betania, de modo que todo lo relatado entre [Juan 12:1](#) y [Juan 20:25](#) se enmarca en un breve período de 7 u 8 días –sin duda, la semana más maravillosa de la historia del mundo. En la casa de Betania vivían los 3 que eran *objeto de su amor* y que a su vez le amaban. Había llegado el momento oportuno para que dieran testimonio de ello. A sus espaldas quedaban la muerte de Lázaro y su resurrección a la vida por la voz del Hijo de Dios. Justo por delante les esperaban la muerte y la resurrección del propio Hijo de Dios.

Al final de [Lucas 10](#) vemos a esta familia marcada por cierto desorden y quejas; pero *aquí*, tras la manifestación del poder resucitador del Señor, todo se encuentra

en orden y armonía. Los sencillos acontecimientos de aquella noche se centraron en Cristo. Él era el Objeto honrado por todos y cada uno, pues «le hicieron allí una cena». De hecho, podemos ver en esto una parábola. Cuando Cristo es el Objeto supremo y se conoce su poder de resurrección, todo encaja en su lugar correcto.

Marta era la anfitriona y le servía. Lázaro ocupaba su lugar junto a él en la mesa de la cena. María expresó la devoción de su corazón hacia él derramando sobre él su costoso ungüento. Así vemos cómo el conocimiento de él y de su poder de resurrección condujo al servicio, a la comunión y a la adoración. Todo estaba felizmente en orden y, precisamente por eso, se oyó la voz de la crítica hostil, centrada en la acción de María. Tuvo su origen en Judas Iscariote, aunque los demás discípulos se hicieron eco de sus palabras, como muestra el Evangelio según Mateo.

El mundo es incapaz de apreciar la verdadera adoración y, a pesar de su apariencia honrada, Judas era totalmente del mundo. Dominado por la codicia, Judas se había convertido en un ladrón; y no solo en un ladrón, sino en un hipócrita, que enmascaraba su egoísmo bajo la apariencia de preocuparse por los pobres. Se hacía pasar por un hombre eminentemente práctico, plenamente consciente del valor de los beneficios materiales y tangibles para los pobres, mientras que, en su opinión, María estaba malgastando un bien valioso, movida por un sentimentalismo tonto. El mundo opina exactamente lo mismo hoy en día. La religión que se ajusta a su gusto es aquella que pone todo el énfasis en los beneficios materiales y terrenales para la humanidad. Y hoy, al igual que entonces, los creyentes de mentalidad carnal son muy propensos a estar de acuerdo con el mundo y a hacerse eco de sus opiniones.

Al decir: «Dejadla», Jesús acalló las críticas hostiles. Esa sola palabra bien podría quedar grabada en nuestra memoria. La verdadera adoración se da entre el alma del creyente y el Señor, y nadie más debe interferir. Además, el Señor sabía cómo interpretar su acción. Sin duda, dio una explicación más completa de la misma que la que la propia María podría haber ofrecido; aunque ella conocía el odio de los líderes y percibía intuitivamente que se acercaba su muerte. También es significativo que María de Betania no se uniera a las otras mujeres para visitar su tumba con los aromas que habían preparado.

De María podemos decir que lo que hizo, lo hizo “solo por amor a Jesús”. Para Judas eran «los pobres», e incluso para los demás discípulos eran “Jesús y los pobres”. Para muchos de los judíos que acudieron en masa a Betania en aquel momento eran “Jesús y Lázaro”, pues sentían curiosidad por ver a un hombre que había resucitado de entre los muertos. La familia de Betania había centrado en Jesús su verdade-

ro afecto. En contraste con ello, los Sumos Sacerdotes le profesaban el odio más mortífero, que los cegaba tanto que llegaron a plantearse matar a Lázaro, el testigo de su poder. Eran sumamente religiosos, pero también sumamente inescrupulosos. Olvidaron la advertencia del [Salmo 82:1-5](#).

Al día siguiente, Jesús se presentó en Jerusalén como Rey de Israel, tal y como había dicho el profeta Zacarías. Ningún simple soberano de la tierra podría permitirse presentarse formalmente en su capital de una manera tan humilde; pero para él, que era el Verbo hecho carne, toda esa gloria, tal y como era posible entonces, habría sido una pérdida, no una ganancia. Este acontecimiento se recoge en cada uno de los 4 Evangelios, pero Juan recoge 2 detalles especiales. En primer lugar, está el contraste entre los discípulos y su Maestro, que siempre sabía exactamente lo que iba a hacer (vean [Juan 6:6](#)). Ellos participaron sin comprender en absoluto lo que estaban haciendo. El significado de todo aquello solo les quedó claro cuando recibieron el Espíritu Santo, tras la glorificación de Jesús. En segundo lugar, está el hecho de que el grado de entusiasmo popular manifestado se había avivado por la resurrección de Lázaro, en la que se había manifestado su gloria como Hijo de Dios.

A continuación, se nos permite ver el efecto de todo esto en 3 aspectos. Los fariseos se sintieron profundamente humillados, atribuyendo a la manifestación del pueblo una profundidad de convicción que no existía. Pero entre ciertos griegos que habían subido a la fiesta había un espíritu de indagación, y su deseo de ver a Jesús era la promesa de un día en que «andarán las naciones a tu luz, y los reyes al resplandor de tu nacimiento» ([Is. 60:3](#)). Y, en efecto, ese era el momento en que él debería haber sido recibido y aclamado por su propio pueblo. Había llegado la hora en que, como Hijo del hombre, debía ser glorificado. En cuanto al Señor mismo, sabía bien que, como el Rechazado, nada más que la muerte le esperaba –la muerte que sería el fundamento de toda la gloria en los días venideros. Por eso, procedió a hablar de esa muerte.

En el versículo 24 encontramos otra de sus grandes declaraciones, introducida con especial énfasis. La vida que perdura y da abundantes frutos solo se alcanza a través de la muerte. Si se ha de recoger fruto para Dios –fruto que será del mismo orden que Él mismo– debe morir. Emanuel estaba allí, el Verbo hecho carne, y su valor y belleza intrínsecos están más allá de toda expresión; pero solo a través de la muerte «lleva mucho fruto», de modo que se pueda encontrar una multitud de otros “de su misma especie” para gloria de Dios. Esto era lo que llenaba sus pensamientos mientras otros seguían pensando en la gloria terrenal.

El fruto para Dios, pues, es el primer resultado de su muerte que él mencionó. El segundo fue el nuevo orden de vida en la tierra, que de ese modo recaería sobre sus discípulos. Estaba a punto de entregar su vida en este mundo, por muy perfecto que fuera. La vida en este mundo está para nosotros totalmente mancillada por el pecado y bajo juicio. Si la amamos, solo la perderemos. Al verla bajo su verdadera luz, aprendemos a odiarla y, de ese modo, conservamos la vida –la única que vale la pena tener– para la vida eterna. Para nosotros, esta es una palabra dura, pero de extrema importancia, como podemos deducir del hecho de que Jesús pronunció palabras de similar significado en otras 3 ocasiones, y estas 4 frases se recogen 6 veces en los 4 Evangelios. Ninguna otra frase de nuestro Señor se repite para nosotros de esta manera. No es exagerado afirmar que nuestra estatura espiritual y nuestra prosperidad vienen determinadas por la medida en que esta afirmación deja su huella en nuestros corazones y en nuestras vidas.

El versículo 26 surge naturalmente del versículo 25. Solo podemos servir verdaderamente al Señor si le seguimos, y solo le seguimos verdaderamente si nuestra actitud ante la vida es la misma que la suya. Él no amó su vida en este mundo cuando, como el grano de trigo, cayó en la tierra y murió. El apóstol Pablo captó el espíritu de esto (como podemos ver en pasajes, por ejemplo, [2 Cor. 4:10-18](#) y [Gál. 2:20; 6:14](#)). Y, como siervo de Cristo, nos supera con creces a todos. La recompensa del siervo es estar con su Señor y ser honrado por el Padre.

En otra ocasión, Jesús había dicho que todo siervo, una vez perfeccionado, debe ser «**como** su maestro» ([Lucas 6:40](#)). Aquí vemos que debe estar **con** su Señor. Y hay aún algo más. «Si alguno **me** sirve» (v. 12) –¿quién es este «yo»? ¡El Hijo de Dios humillado y rechazado! ¿Quién le sirve en la hora de su impopularidad y rechazo? Esos son honrados por el Padre, y los honores serán suyos públicamente cuando llegue el día de la gran manifestación (el tribunal de Cristo). Los más altos honores del mundo no son más que oropel en comparación con esto.

El Evangelio según Juan no hace mención alguna de los dolores de Getsemaní, pero aquí se nos permite ver cómo el peso de su muerte inminente pesaba sobre su alma. Su divinidad no mitigaba su angustia; más bien le daba una capacidad infinita para sentirla. No podía desear que llegara la hora que se acercaba: su conocimiento perfecto y su santidad infinita le hacían, necesariamente, rehuirla; sin embargo, su oración no era estar salvado de ella, sino más bien que el nombre del Padre fuera glorificado en ella. Este deseo era tan perfecto, tan plenamente grato al Padre, que se oyó una voz del cielo. Los otros Evangelios nos han contado cómo se oyó la voz del Padre en su bautismo y en su transfiguración. Aquellas fueron ocasiones más

privadas, y no parece que hubiera dificultad alguna para comprender lo que se dijo. Aquí, ante su muerte, la voz fue más pública y estaba destinada a los oídos del pueblo; sin embargo, ellos no la recibieron, e interpretaron el sonido que oyeron como la voz de un ángel o como un trueno. ¡Dios habló a los hombres de forma audible y directa, y sin embargo no le dieron importancia! En la condición caída del hombre, siempre sería así.

La respuesta del Padre fue que su nombre ya había sido glorificado a lo largo de todo el camino de Jesús en la tierra, y más concretamente en la resurrección de Lázaro; y que lo glorificaría de nuevo en la muerte y resurrección de su Hijo. Este es, pues, otro gran resultado de la muerte del único «grano de trigo» (v. 24). Ahí está la producción de mucho fruto; lo cual implica la entrada del discípulo en un nuevo tipo de vida y servicio; ahí está la glorificación del nombre del Padre. Y hay aún más, pues el versículo 31 pone de relieve tanto al mundo como a su príncipe.

En la cruz tuvo lugar el juicio de este mundo. Nuestra lengua ha adoptado ambas palabras griegas utilizadas aquí. En la cruz tuvo lugar la *crisis* de este *cosmos*. «Cosmos» significa un orden en contraste con el caos, pero ¡ay!, este cosmos ha caído bajo el dominio del diablo. Ahora bien, la muerte de Cristo puso al descubierto el verdadero carácter del mundo, sometiéndolo así a una condenación justa. También quebrantó el poder y despojó legalmente al usurpador, que se había convertido en su príncipe. Parecía ser su mayor triunfo: en realidad fue su derrota total.

Este maravilloso despliegue de los resultados de su muerte salió de los labios del Señor, y, como era característico en él, dejó para el final el resultado que le concernía a sí mismo. Al mencionar esto, señaló la crucifixión como la forma de su muerte. Ahora bien, esta era la forma romana de ejecutar la pena de muerte, pero, dado que toda la animosidad contra él residía en el corazón de los judíos, significaba que moriría de la forma más vergonzosa, repudiado tanto por los judíos como por los gentiles. Fue levantado de la tierra para que pudiera ser despachado con desprecio –el «extinguidor» cayó, por así decirlo, sobre su causa y su Nombre. Y el resultado que se alcanzará es precisamente el contrario. ¡Aquel que una vez fue crucificado será el Objeto universal y eterno de atracción! Todos los que sean atraídos al poderoso círculo de bendición de Dios serán atraídos por él y hacia él. Aquí tenemos, en forma embrionaria, lo que se expone con mayor detalle en [Efesios 1:9-14](#). Lejos de extinguir su gloria, la cruz se convierte en el fundamento sobre el que descansa, la base para su manifestación más perfecta, como atestigua de manera tan conmovedora [Apocalipsis 5:5-14](#).

Las primeras palabras de Jesús hablaban de que el Hijo del hombre sería glorificado, y las últimas, de que sería levantado. Los judíos sabían que el Mesías permanecería cuando viniera, y el título «Hijo del hombre» no les era desconocido, pues se encuentra en el Antiguo Testamento. Conocían al Hijo del hombre que iba a recibir el reino según [Daniel 7](#), pero ¿quién era este Hijo del hombre que iba a sufrir? Habían pasado por alto al Hijo del hombre, hecho un poco menor que los ángeles, según el [Salmo 8](#). Este Hijo del hombre humillado era la luz de los hombres. A menos que creyeran en la luz y se convirtieran en hijos de la luz, la oscuridad total se cerniría sobre ellos y se perderían. Con esta advertencia, Jesús se apartó de ellos.

El evangelista ofrece un resumen de la situación hasta este momento en los versículos 37-43. Jesús había hecho muchas señales ante ellos, y sin embargo no creían en él. El hecho era este: sus ojos estaban cegados. El cegamiento de los ojos de los hombres es obra del dios de este siglo, como aprendemos en [2 Corintios 4:4](#). Sin embargo, hay ocasiones en las que Dios permite especialmente que esto ocurra como castigo divino, por lo que puede atribuírsele a Él. Tal fue el caso aquí; tal había sido en los días de Isaías; y tal fue de nuevo unos 35 años más tarde, cuando se rechazó el testimonio del Cristo glorificado (vean [Hec. 28:25-27](#)). La generación incrédula persiste, y seguirá existiendo cuando se produzca el juicio final al término de la era.

En [Isaías 6](#), el profeta relata cómo vio al Rey, *Jehová* de los Ejércitos. Juan nos dice, sin embargo, que Isaías «vio su gloria y habló de él» (v. 41), refiriéndose evidentemente a *Jesús*. De nuevo, el versículo 40 de nuestro capítulo se recoge en [Isaías 6](#) como «Jehová d los ejércitos» (v. 5). En [Hechos 28](#), Pablo lo cita como algo dicho por el *Espíritu Santo*. Esto arroja una luz útil sobre la unidad de las Personas Divinas. No debemos dividir, aunque sí distinguir.

El efecto de este cegamiento fue que «no podían creer» (v. 39). Sus mentes estaban tan nubladas que la fe se había convertido en una imposibilidad moral. Por muy fuerte que brillara la luz ante ellos, no tenían ojos para percibirla. Sin embargo, había algunos –y estos se encontraban entre los principales gobernantes– que no estaban completamente cegados de esta manera. Sus mentes estaban abiertas a las pruebas y las señales mostradas les provocaron una convicción intelectual. Ahora bien, la convicción intelectual, aunque es un ingrediente esencial de la fe viva, carece de vida si se da por sí sola. No da fruto en obras, sino que es «como el cuerpo sin espíritu» ([Sant. 2:26](#)). La fe viva conduce al alma a Dios a través de Cristo. Esto era desconocido para estos gobernantes, pues de haberlo experimentado, no habrían amado más la alabanza de los hombres que la alabanza de Dios. La misma prueba se aplica hoy en día. Quien realmente cree en su corazón que Dios ha resucitado a

Cristo de entre los muertos, no dejará de confesarlo con la boca como Señor. Si los hombres no lo confiesan, es que realmente no creen.

En los versículos 44-50 encontramos el resumen que el propio Señor hace de la situación al concluir su testimonio ante el mundo. En [Juan 3 - 7](#), la idea principal es la vida, y se ve a Jesús como el que da la vida. Desde [Juan 8](#) hasta este punto, la luz ha sido un gran tema, y se ve a Jesús como el portador de la luz. [Juan 8:12](#) recoge la declaración inicial del Señor al respecto, y el versículo 46 de nuestro capítulo, la palabra final. Solo salimos de las tinieblas cuando entramos en la luz de Cristo. Pero la luz que resplandecía en él era la plena revelación de Dios, de modo que quien entra en su luz cree en Aquel que le envió y le ve. Siendo el Verbo hecho carne, no era menor que el Padre a quien revelaba; sin embargo, había venido a situarse en un lugar de sumisión para dar a conocer al Padre y cumplir todos sus mandamientos.

En aquel momento, el mandamiento del Padre no era el juicio, sino la vida eterna; de ahí que se hubiera ocultado de sus adversarios en lugar de aplastarlos con su poder. No obstante, el juicio llegará a su debido tiempo; el Juez ha sido designado, y serán juzgados sobre la base de la revelación que él había traído. El Señor se dedicó entonces a la obra que tenía inmediatamente ante sí: «salvar al mundo (humanidad)» y traer «la vida eterna». Así pues, siguió *hablando* tras el mandamiento del Padre y también, como declara en el capítulo 14:31, *cumpliendo* Su mandamiento, lo cual implicaba la cruz como base necesaria tanto de la salvación como de la vida. Lo que tenía ante sí de forma inmediata era reunir a sus discípulos por última vez, para poder comunicarles plenamente los propósitos actuales del amor del Padre.

13 - Juan 13

Por lo tanto, este capítulo comienza con una descripción del espíritu con el que Jesús reunió a sus discípulos para la última Cena de Pascua. Los demás Evangelios nos han contado todo lo que necesitamos saber sobre las circunstancias que rodearon aquel momento; aquí se nos hace patente la atmósfera de amor divino que impregnó la ocasión. Él era plenamente consciente de su muerte inminente, que se considera una partida del «cosmos (mundo)» juzgado hacia el Padre, mientras deja atrás en el «cosmos (mundo)» a unos pocos a quienes reconoce como «los suyos». Ya había hablado de ellos en el capítulo 10 como «sus propias ovejas», indicando que daría su vida por ellos; ahora descubrimos cómo se había posado su amor sobre ellos. Amó «hasta el fin», lo cual, en lo que respecta a este mundo, significaba la muerte; pero,

dado que la muerte en sí misma no es más que la puerta hacia la vida eterna para ellos, el amor perdura hasta la eternidad.

Los 3 primeros versículos nos revelan cosas que, de otro modo, solo eran conocidas por Dios. ¿Quién podría comprender adecuadamente el amor que llenaba el corazón de Cristo? ¿Quién podría discernir el odio y la astucia del diablo que le llevaron, en ese momento, a infundir el pensamiento fatal de la traición en el corazón de Judas? ¿Y quién más estaba al tanto de lo que ocupaba la mente de Jesús en aquella hora sagrada? Sin embargo, se nos permite saberlo. Al enfrentarse a la muerte mediante la cual partiría hacia el Padre, nada se ocultaba a sus ojos. Sabía que había venido de Dios para llevar a la perfección tanto la revelación de Dios como la redención de los hombres. Sabía que iba hacia Dios en vida resucitada como las primicias de una gran cosecha de bendiciones, la Cabeza de una nueva creación. Y sabía que, aunque se disponía a entregarse en manos de hombres malvados, el Padre había puesto en realidad todas las cosas en sus manos para su perfecta administración. Todo está a su disposición, y la predicción de Isaías: «El deseo de Jehová prosperará en su mano», se cumplirá sin duda.

Con plena conciencia de todo esto, ocupó el humilde lugar de servicio en medio de sus discípulos reunidos. El beneplácito de Jehová es prosperar en la mano del «Siervo de Jehová». En el día venidero de gloria, hará que ese beneplácito prospere a lo largo de un vasto universo de bendición, pero en la víspera de su sufrimiento lo hizo prosperar al usar sus manos para lavar los pies de los discípulos. En esto fue el siervo de Dios tanto como lo será en el día venidero; y ambas formas de servicio son igualmente maravillosas. Estaba sirviendo a Dios al servirles a ellos.

La impetuosa protesta de Pedro fue desestimada para dejar claro el significado de todo esto. La maravillosa humildad de aquel gesto le resultaba muy evidente, y eso le llevó a protestar. Sin embargo, se le dijo claramente que no conocía el verdadero significado de la acción del Señor, pero que cuando viniera el Espíritu lo comprendería. Nosotros también deberíamos entenderlo. ¿Cuál era, pues, su significado? Las palabras de Jesús, recogidas en el versículo 8, nos proporcionan la clave. Habló de «no tener parte conmigo», y si hemos de tener el gozo de compartir con él, él debe prestarnos el servicio simbolizado por el lavado de pies. Por nuestros pies entramos en contacto con la tierra, y el polvo y la suciedad que esto conlleva deben ser eliminados de nosotros.

Las palabras del Señor en el versículo 10 arrojan más luz sobre el asunto. Utilizó 2 palabras para «lavar», la primera de las cuales significa lavar todo el cuerpo, o

bañarse. Dijo, por tanto, que quien está bañado solo necesita lavarse los pies, aludiendo así de manera muy evidente al doble lavado de los sacerdotes: el baño que recibían al ser consagrados ([Lev. 8:6](#)), que era de una vez por todas, y los posteriores lavados frecuentes de manos y pies cada vez que entraban en el santuario ([Éx. 30:19](#)). Este baño de una vez por todas es el nuestro cuando nacemos de nuevo. Entonces nacemos del agua y del Espíritu; y así, tras recordar a los corintios los males en los que antes se habían hundido, Pablo pudo escribirles: «Vosotros estáis limpios», aunque todavía tuvieran, en su mayor parte, una mentalidad carnal. Así pues, aquí el Señor dijo a los discípulos: «Estáis limpios», y añadió: «pero no todos» –refiriéndose a Judas.

Este gesto simbólico del Señor, junto con sus palabras explicativas, fue el prelude idóneo para los maravillosos capítulos que siguen. Sus comunicaciones a los discípulos en [Juan 14 al 16](#), por así decirlo, los introdujeron en el santuario, mientras que en [Juan 17](#) lo vemos entrar solo en el Lugar Santísimo. Cuando se cumplió su muerte y, tras ascender a las alturas, fue dado el Espíritu Santo, descubrimos que la libertad para entrar en el Lugar Santísimo es un privilegio común de los creyentes. Pero tanto si se trataba de los discípulos de entonces como de nosotros hoy, esta purificación de la impureza terrenal es necesaria, además del nuevo nacimiento, si queremos disfrutar de la comunión con él en el santuario de la presencia de Dios.

Este servicio misericordioso nos lo sigue prestando el propio Señor justo cuando lo necesitamos. Forma parte de su obra como nuestro Sumo Sacerdote y Abogado en las alturas. Sin embargo, él es nuestro Señor y Maestro, y por lo tanto un ejemplo para que sigamos sus pasos en esto. La Palabra es el gran agente purificador, tal y como nos dice el [Salmo 119:9](#). Creemos que se requiere una habilidad de origen divino mayor para utilizarla como agua purificadora que como luz resplandeciente o espada afilada. Si adquirimos esta habilidad y la ejercemos en nuestro trato con los santos, seremos verdaderamente felices. Es más fácil adquirir conocimiento sobre este asunto que ***ponerlo en práctica***, tal y como indica el versículo 17. Al hacerlo, seremos restaurados y renovados.

En consonancia con esto está la exhortación de [Gálatas 6:1](#), aunque el «lavado de pies» espiritual se ocuparía de las impurezas que, aunque tocan el corazón y la mente, aún no han llevado a que alguien sea «sorprendido en una falta». Si supiéramos mejor cómo hacer esto, a menudo seríamos instrumentos para preservarnos unos a otros de ser sorprendidos y sufrir una caída.

Había llegado el momento de que se revelara el verdadero carácter de Judas. Al

final del capítulo 6 encontramos registradas las palabras del Señor que muestran que él lo conocía a fondo desde el principio. En su elección de los discípulos actuó con presciencia divina, y Judas era el hombre destinado a cumplir la predicción del [Salmo 41:9](#). No obstante, había sido comisionado y enviado por el Señor tanto como los demás, y quienes lo recibían a él y a ellos habían recibido a su Maestro, y a Dios mismo, de quien había venido el Señor. La indignidad personal del siervo no invalidaba este gran principio.

Sin embargo, la terrible caída de Judas fue un verdadero dolor para el corazón del Señor, que no se vio atenuado por su presciencia divina, la cual le permitía ver el final desde el principio. La enfática declaración del Señor de que uno de los 12 elegidos estaba a punto de revelarse como traidor también causó inquietud en las mentes de los discípulos, y el versículo 22 da testimonio de que en sus mentes no se escondía ninguna sospecha sobre Judas. A sus ojos, él parecía perfectamente sincero, hasta tal punto que se le había confiado la bolsa común. La astucia del camuflaje satánico es casi perfecta. ¿Ha habido alguna vez una ilustración más llamativa de lo que se afirma en [2 Corintios 11:13-15](#)?

«¿Quién es?» (v. 25), esa era la delicada pregunta, y solo un discípulo estaba en ese momento en condiciones de formularla. La postura corporal del discípulo «a quien Jesús amaba» era un indicio de su estado de ánimo. Pedro lo intuyó y le incitó a preguntar. La respuesta se dio de manera simbólica. Era un signo de distinción que un invitado recibiera un bocado mojado de manos del anfitrión. Pero el discípulo honrado resultaría ser el traidor.

Podemos distinguir 3 etapas en su caída. En primer lugar, estaba la codicia no juzgada que le llevó incluso a convertirse en ladrón ([Juan 12:6](#)). Luego vino la acción de Satanás, que le infundió la idea de recuperar parte de lo perdido ([Juan 13:2](#)), ya que las 300 monedas que representaba el ungüento no habían llegado a sus manos; y finalmente se conformó con el 10 % de esa suma. Por último, Satanás se apoderó de él. El espíritu dominante del mal tomó el control personal, para que no hubiera ningún contratiempo en los preparativos que llevarían a la muerte del Señor.

El Señor aceptó la situación y le ordenó que actuara con rapidez. Parece que ni siquiera Satanás podía actuar libremente en este asunto sin permiso divino; pero, una vez concedido, bajo el control imperativo de Satanás, Judas se levantó y se marchó. Salió a la noche, en más de un sentido.

En el aposento alto reinó una sensación de tranquilidad cuando Judas salió a la noche. Aliviado de su presencia, el Señor comenzó de inmediato su discurso de

despedida, que arrojó luz divina sobre todo lo que se avecinaba. Por fin podía hablar con total libertad, aunque sus discípulos aún comprendían muy poco lo que quería decir. Las 2 primeras frases que pronunció nos ofrecen un resumen maravilloso. Cada frase aporta 2 grandes hechos.

Acababa de llegar la hora en que el Hijo del hombre debía ser glorificado públicamente, tal y como habían dicho los profetas. En lugar de eso, estaba a punto de entrar en la muerte. Pero –hecho maravilloso– en esa misma muerte iba a ser glorificado, ya que toda excelencia divina y humana, que le era intrínseca, se manifestaría allí con máximo esplendor. Relacionado con esto está el segundo hecho: que Dios fue perfectamente glorificado en él. En el primer hombre y en su estirpe, Dios había sido totalmente tergiversado y deshonrado; en su muerte, la revelación perfecta de Dios alcanzó su punto álgido; su carácter y su naturaleza fueron reivindicados y manifestados.

Además, en respuesta a esta glorificación de Dios, tendrá lugar la glorificación del Hijo del hombre en Dios mismo. Cristo está ahora oculto en Dios, como se deduce de [Colosenses 3:3](#), pero está oculto allí como el Glorificado. Que el Hijo del hombre fuera glorificado de esta manera no se había revelado anteriormente. Así pues, este hecho da un giro inesperado a los acontecimientos; al igual que lo hace también el segundo hecho de este versículo: que esta glorificación oculta tuviera lugar de inmediato. ¡No hay que esperar hasta el reino visible para ello! Pero de esta gloria presente y oculta depende el derramamiento del Espíritu para morar en los creyentes y, en consecuencia, todos los privilegios y bendiciones que son propiamente cristianos.

La glorificación de Cristo de esta manera celestial e inmediata implicaba, sin embargo, la ruptura de los vínculos existentes sobre una base terrenal con sus discípulos, pues en ese momento ellos no podían seguirle a su nuevo lugar. Aquí, por primera vez, el Señor se dirige a sus discípulos como «hijos», considerándolos como aquellos que habían sido introducidos en la familia de Dios, según el versículo 12 de [Juan 1](#). Es notable cuánto de la Primera Epístola de Juan se basa en las palabras del Señor registradas en el versículo 34. Entramos en la familia divina al nacer de Dios, y la vida misma de la familia es el amor, pues Dios es amor. El Señor deja claro que, mientras él se encuentra en la gloria oculta del cielo, los hijos, que permanecen en el mundo de las tinieblas y el odio, deben demostrar su condición de discípulos manifestando amor. Gloria allá y amor aquí: ese era el pensamiento divino. Lo primero es perfecto, pero ¡por desgracia!, ¡cuán imperfecto es lo segundo!

Esta separación inminente era un enigma, además de un dolor, para los discípulos, y Pedro expresó su dificultad. Su pregunta suscitó la seguridad de que ni él ni ningún otro podría seguirle en ese momento, mientras él pasaba por la muerte hacia su gloria resucitado; sin embargo, al final, todos estarían allí. Había un significado especial en aquel comentario en el caso de Pedro, como podemos ver al consultar [Juan 21:18-19](#); sin embargo, sin duda tiene aplicación para todos nosotros. Él ha abierto un camino a través de la muerte hacia la resurrección que todos debemos recorrer. Pedro, al no conformarse solo con la seguridad del Señor, reveló su propia y necia confianza en sí mismo. En aquella hora solemne, el fanfarrón engreído quedó al descubierto, al igual que lo había estado el traidor.

14 - Juan 14

A la palabra de advertencia le siguió de inmediato una palabra de gracia desmesurada. Jesús sabía bien que estos discípulos, a pesar de todos sus fallos, le amaban de verdad, y la idea de su partida les causaba un profundo dolor. De ahí las palabras con las que comienza nuestro capítulo. Empezaban a darse cuenta de que iban a perder su presencia visible entre ellos; esa era la angustia que agobiaba sus corazones. Pero, por otra parte, el Dios invisible siempre había sido real para ellos, como objeto de fe. ¿No seguiría siendo Cristo lo mismo a partir de entonces? Sin duda que sí. Como objeto de fe, sería una realidad viva y resplandeciente para incontables millones de personas, mientras que, si permaneciera tal y como era, solo podría ser un objeto visible para unos pocos en un lugar concreto en cada momento. El primer motivo de consuelo para los corazones angustiados es, pues, este: Cristo, como el Vencedor resucitado sobre la muerte, el Objeto de la fe sencilla.

Y el segundo motivo es este: un lugar preparado y asegurado en las muchas moradas de la Casa del Padre en las alturas. Ahora bien, los discípulos eran hombres que lo habían apostado todo a su creencia de que habían encontrado al Mesías presente en la tierra en carne y hueso. Habían renunciado a los lugares que poseían en la tierra y, si Él iba a dejarlos, ¿para qué? Como aprenden aquí, para un lugar de relación más cercana, de elevación mucho mayor, que perdura eternamente más allá del alcance de la muerte. ¡Qué intercambio tan maravilloso! El templo terrenal había sido «la Casa de mi Padre» (vean [Juan 2:16](#)); ahora se rechaza, y la verdadera «Casa de mi Padre» se encuentra en lo alto, en la que él estaba a punto de entrar. En ella hay muchas moradas, tal y como indicaban las numerosas cámaras del tipo terrenal. Su

entrada iba a preparar su lugar concreto y el nuestro. Él nos lo reserva como nuestro Precursor, tal y como se muestra en [Hebreos 6:20](#).

Por lo tanto, necesariamente debe llegar un momento en que los santos entren en el lugar que les ha sido preparado; así, en el versículo 3 encontramos un tercer motivo de consuelo: su venida personal para recibarnos junto a él, a fin de que estemos con él en la Casa del Padre. Los discípulos debían de saber, por el Antiguo Testamento, que habría una venida personal de Jehová: por ejemplo: «Se afirmarán sus pies en aquel día sobre el monte de los Olivos... y vendrá Jehová mi Dios, y con él todos los santos» ([Zac. 14:4-5](#)). Pero no se habían dado cuenta de que «Jehová» era «Jesús», y no sabían nada de esta venida *con el fin de recibir a los santos junto a él*, pues no se había anunciado. Era una revelación tan nueva como que los santos tuvieran un lugar en *el cielo* o que el Mesías estuviera *allí* como objeto de fe, en lugar de estar visiblemente presente en la tierra.

Podemos decir, pues, que el versículo 1 nos ofrece en germen esa vida “por la fe en el Hijo de Dios”, de la que habla Pablo en [Gálatas 2:20](#). El versículo 2 nos ofrece en forma embrionaria la verdad del llamamiento celestial, expuesta con mayor detalle en [Efesios 1:3-6](#) y en [Hebreos 2:9; 3:1](#). El versículo 3 nos da la primera indicación de la venida del Señor por sus santos; su arrebató a su presencia en lo alto se expone con mayor detalle en [1 Tesalonicenses 4:14-18](#). Allí también, al igual que aquí, esta verdad se dio a conocer para llevar consuelo a los corazones angustiados.

Jesús reconoció que sus discípulos sabían tanto adónde iba como cuál era el camino. Tomás era el discípulo de mentalidad materialista y, por lo tanto, de mente dudosa. Su objeción sirvió para dar lugar a una de las declaraciones más importantes del Señor. Él es el Camino al Padre, la Verdad acerca del Padre, la Vida, en cuya energía se puede conocer realmente al Padre. No existe otra vía de acceso que no sea el Hijo. Además, al encontrarnos en la vida caída de Adán, carecemos de la capacidad para entrar en el conocimiento del Padre: tal conocimiento solo es posible para quienes están en la vida de Cristo. Cuanto más meditemos en estas palabras, más percibiremos la autosuficiencia de Cristo; así como también que rinden homenaje al hecho de que en él moraba la plenitud de la Deidad (vean [Col. 1:19; 2:9](#)).

La súplica de Felipe en el versículo 8 muestra que él también deseaba que el Padre se manifestara ante sus ojos de manera material. No se equivocaba en esto, sino solo al no discernir la manifestación que se había producido en Cristo, quien era el Verbo hecho carne. Como dice Juan en las primeras palabras de su Primera Epístola, el Verbo se hizo así *audible, visible y tangible*. Por lo tanto, el Padre había sido

manifestado a la perfección. Las palabras de Jesús eran las palabras del Padre, y sus obras las realizaba el Padre que moraba en él. En el versículo 17 de nuestro capítulo encontramos una alusión al hecho de que el Espíritu estaba con ellos, morando en Cristo; y aquí es el Padre quien mora en él: así, nuestros pensamientos se dirigen de nuevo a [Colosenses 1:19](#).

Sus palabras y obras corroboraban la gran afirmación que el Señor hace aquí en 2 ocasiones. En cuanto a su ser, vida y naturaleza esenciales, él estaba «en el Padre», al igual que el Padre estaba en él, en manifestación y revelación. Los discípulos debían creer esto simplemente porque sus propios labios lo afirmaban; pero, de no ser así, debían aceptar la evidencia de sus obras, que lo declaraban tan claramente. Y más aún, se acercaba el día, tal y como se afirma en el versículo 12, en que se realizarían obras similares e incluso mayores por medio de los discípulos, y eso porque él iba al Padre, lo cual, como hemos aprendido en [Juan 7](#), significaba la venida del Espíritu. En aquel día, los discípulos descubrirían que estaban en Cristo y que Cristo estaba en ellos (vean el v. 20), y esto explica sin duda las «obras mayores». Antes de su muerte y resurrección, el Señor estaba “angustiado” ([Lucas 12:50](#)); pero una vez que esto se cumplió y se dio el Espíritu, él pudo obrar libremente por medio del Espíritu a través de sus discípulos. No hubo ningún día en el ministerio del Señor en el que se convirtieran 3.000 almas como en el día de Pentecostés; ni sus labores abarcaron el vasto circuito “desde Jerusalén y sus alrededores hasta Ilírico”, como lo hicieron las de Pablo.

En los versículos 13 y 14, el Señor consoló a sus discípulos con el poder de su nombre. Con ello les indicó que iba a dejarlos para que sirvieran como sus representantes. Sus peticiones, si realmente se hacían en su nombre, tendrían la certeza de ser cumplidas. Él mismo actuaría en su nombre, aunque estuviera ausente de ellos. Su objetivo al hacerlo no sería solo la defensa de sus propios intereses, sino que el Padre fuera glorificado. Así, el Padre sería glorificado en sus actividades en la resurrección y la gloria, tal y como lo fue también en la hora oscura de su muerte.

Sin duda, este actuar y pedir en su nombre se refería especialmente a sus apóstoles, aunque sin duda se aplica a todos nosotros. Debemos recordar que solo podemos utilizar correctamente el nombre de nuestro Maestro en relación con su causa y sus intereses. Si intentamos utilizarlo meramente para promover nuestros propios deseos personales, somos culpables de lo que nuestros tribunales denominan un abuso de poder, al que se aplica una pena grave. La promesa aquí solo se aplica, por supuesto, cuando la oración se hace genuinamente en su nombre.

Hasta ahora hemos tenido ante nosotros 5 puntos de gran consuelo, destinados a asegurar a los corazones afligidos de sus discípulos que les esperaba una gran recompensa, a pesar de que iban a perder su presencia entre ellos. Recapitulemos: el hecho de que él seguiría estando accesible para ellos como objeto de fe; que tenían asegurado un lugar en la Casa del Padre; que volvería para que pudieran estar con él en ese lugar; que, mientras tanto, el Padre se les había dado a conocer plenamente en él; que debían permanecer en el mundo como sus representantes, con la autoridad de su nombre para dar fuerza a sus oraciones. Pasamos ahora a un sexto punto de igual consuelo.

La venida del Espíritu Santo está definitivamente prometida. El Señor solo daba por sentado una cosa: que ellos le amaran de verdad, pues el amor genuino siempre se expresa en la obediencia; y el amor es, en sí mismo, la naturaleza divina. Solo eso se da por sentado. Y, dándolo por sentado, él oraría al Padre cuando ascendiera a lo alto, y en respuesta a su petición vendría el otro Consolador. Ahora bien, «Consolador» significa “Aquel que está al lado para ayudar”. El propio Jesús había sido eso entre ellos en la tierra, y lo seguiría siendo, aunque estuviera ausente de ellos *en el cielo*; pues «Abogado» (1 Juan 2:1) es la misma palabra. El Espíritu sería eso para nosotros *en la tierra*, y una vez venido, permanece con nosotros para siempre.

El Consolador es también el Espíritu de la verdad. La verdad, junto con la gracia, «vino por medio de Jesucristo» (Juan 1:17), y él es la verdad, tal y como acabamos de ver, que nos está presentada de manera objetiva. El Espíritu de la verdad está por venir, morará en los santos y, de este modo, les infundirá la verdad de manera subjetiva. Por eso, cuando llegamos a 2 Juan 2, leemos que la verdad «mora en nosotros» por medio del Espíritu, además de estar «con nosotros para siempre» en Cristo. El mundo no participa de esto. No tiene la naturaleza divina, ni camina en obediencia; por lo tanto, no puede recibir al Espíritu. No lo ve ni lo conoce, ocupado como está en las cosas materiales.

Todo esto era una garantía para los discípulos de que no iban a quedar “sin consuelo” ni «huérfanos», sino que, por medio del Consolador, él vendría a ellos y, de este modo, su presencia sería una realidad en sus corazones.

El Consolador se nos da como sello de amor y obediencia, y en consonancia con esto, solo disfrutamos de la plena bendición de su morada en nosotros cuando la obediencia se perfecciona en nosotros. El versículo 15 había indicado que, al ser fruto del amor, la obediencia es la prueba de que el amor existe: ahora descubrimos que el fruto de la obediencia es un lugar especial en el amor tanto del Padre como

del Hijo, junto con una manifestación especial del Hijo, que debe conllevar una manifestación especial del Padre, ya que solo conocemos al Padre tal y como se revela en el Hijo. La manifestación objetiva es perfecta, completa y perdurable, pero la manifestación subjetiva para cada uno de nosotros individualmente, en el poder del Consolador, depende de la medida en que nos caractericemos por la obediencia y el amor.

La pregunta de Judas (v. 22) fue evidentemente motivada por el hecho de que los pensamientos de los discípulos estaban totalmente concentrados en la manifestación pública del Mesías, tal y como se anunciaba en el Antiguo Testamento, y aún no comprendían el carácter de la dispensación que estaba a punto de amanecer, en la que el conocimiento de él mismo se daría mediante la fe en el poder del Espíritu. El Señor respondió ampliando sus palabras anteriores, hablando ahora de la observancia de su Palabra –no «palabras», sino en singular, «palabra», la verdad que él trajo considerada en su conjunto– como fruto del amor. Tal obediencia amorosa suscita el aprecio y el amor del Padre, de modo que tanto el Padre como el Hijo hacen su morada en nosotros; sin duda a través del Espíritu que mora en nosotros, pues estas grandes declaraciones se encuentran en la sección del discurso dedicada al Consolador. Así, sus palabras, en las que se nos transmite su Palabra, se convierten en la prueba de nuestro amor. Nos conducen a la Palabra del Padre que le envió. Si las ignoramos, nuestras declaraciones de amor hacia él resultan ser vanas e insinceras.

Esto nos lleva a otra función del Consolador: al ser «el Espíritu de verdad», él es el Maestro de los discípulos. No debemos pasar por alto el contraste en los versículos 25 y 26 entre «estas cosas» y «todas las cosas». Cuando, como fruto de su obra, Jesús fuera glorificado y se diera el Espíritu, habría una mayor revelación de la verdad divina. Todas las cosas que entran en el ámbito de la revelación serían dadas a conocer y enseñadas eficazmente a los discípulos por el Consolador. *Mucho* les había sido dado a conocer por Cristo, presente entre ellos en carne y hueso: *todo* les sería dado a conocer en el día venidero del Espíritu. Aquí encontramos prometida, en cuanto a la *revelación* y la *enseñanza*, la misma ampliación por la venida del Espíritu que encontramos expuesta en el versículo 12 en cuanto a las *obras*. Además, el Espíritu les traería a la memoria todas las cosas que habían oído a través de Cristo.

Ahora nos encontramos en la feliz situación de ver cuán literal y perfectamente se cumplieron estas cosas. Los 4 Evangelios se escribieron como fruto de que se les recordaran las cosas que él había dicho; mientras que, como fruto de las enseñanzas más amplias y nuevas del Espíritu, tenemos las Epístolas, que nos transmiten la luz plena de la fe cristiana y de los designios de Dios.

Anteriormente habíamos señalado que la venida del Consolador constituía el sexto elemento del consuelo que Jesús estaba impartiendo a sus discípulos. Ahora encontramos el séptimo y último elemento en este capítulo; a saber, *la paz*. Al partir, les dejó paz, legada como resultado de su obra expiatoria. Además, les dio aquella paz que él denominó peculiarmente suya; la paz de la confianza perfecta en el Padre, como resultado de conocerlo y de someterse a su voluntad. Y todo lo que él da procede de su propia plenitud y los une a él mismo, y no según los pobres criterios de este mundo.

Tras haber revelado así a los discípulos todos estos grandes elementos de aliento, el Señor concluyó con la misma nota con la que había comenzado: «No se turbe vuestro corazón, ni tenga miedo» (v. 27). Exactamente las mismas palabras nos llegan a nosotros cuando nos enfrentamos a las grandes dificultades de nuestros días.

Pero los discípulos no solo iban a conocer la paz, sino también el gozo. Y así fue, en efecto, cuando se les concedió el Espíritu, e incluso antes, como atestigua [Lucas 24:52](#). Estaban asimilando el hecho de que él se iba, y debían darse cuenta de que, no obstante, vendría a ellos mediante la venida del Consolador. Sin embargo, había algo más: él se dirigía al Padre, y a todo lo que ello implicaba; aprobación y gloria infinitas, en el amor del Padre. Eso sería un gozo inmenso para él, y, al amarlo, también sería motivo de gozo para ellos. ¿Acaso no hemos conocido también nosotros ese gozo? ¿No es el pensamiento de Su gozo uno de nuestros gozos más profundos?

Las últimas palabras de este versículo, «el Padre mayor es que yo» (v. 28), se han convertido en motivo de tropiezo para algunos. Pero aquí tenemos al Verbo hecho carne, y él habla en su condición de hombre humilde en la tierra. Por lo tanto, en *posición* o *rango*, el Padre era mayor que él, mientras que, en cuanto al *ser* y la naturaleza, él y el Padre eran uno.

Las palabras del Señor en el versículo 29 arrojan gran luz sobre todo lo que contiene este capítulo. Las cosas de las que había estado hablando aún no se habían cumplido, pues primero debía consumarse su obra redentora. Una vez consumada, se cumplirían, y él se lo estaba diciendo ahora para que en los días venideros pudieran *creer*. Al decir esto, el Señor volvió a indicar que en nuestros días la fe es lo más importante. La época de Israel se había caracterizado por cosas visibles y tangibles, pero todas las cosas de las que acababa de hablarles deben comprenderse por la fe y no por la vista. Tanto la paz como el gozo llegan a nuestros corazones por la fe. Así, poco después encontramos a Pablo hablando de «todo gozo y paz en el *creer*... por el poder del Espíritu Santo» ([Rom. 15:13](#)), y a Pedro diciendo: «En quien aun sin

verle, creéis, y os alegráis con gozo inefable y glorioso» (1 Pe. 1:8).

El Señor indicó entonces que sus conversaciones con los discípulos estaban llegando a su fin. Lo que tenía ante sí era la plena realización de la obra que el Padre le había encomendado. Pero antes de que se alcanzara plenamente ese fin, Satanás, el príncipe de este mundo, se acercaba de nuevo, ejerciendo el poder de las tinieblas; sin embargo, no encontraría en él ningún punto de ataque. Satanás no tenía *nada* en Cristo porque el Padre lo tenía *todo* –todo su amor y obediencia. No se encontraba con un hombre en estado de inocencia, como lo estaba Adán en el Edén, sino al Hombre en santidad y justicia absolutas, y además al Verbo, que era Dios. El gran antitipo del siervo hebreo, descrito en [Éxodo 21:2-6](#), se encontraba aquí diciendo: «Amo al Padre» (v. 31), lo que equivale a «Amo a mi señor... no saldré libre»; tal y como en [Juan 13:1](#) teníamos la declaración de su amor hacia aquellos tipificados por la esposa y los hijos en Éxodo.

Parecería que las palabras: «Levantaos, vámonos de aquí», marcan su partida del aposento alto, y que lo que tenemos en los 2 capítulos siguientes fue dicho de camino a Getsemaní. El cambio de lugar vino acompañado de un cambio en los temas y, en [Juan 15](#), Jesús contempla a sus discípulos como si estuvieran en el mundo, con el privilegio y la responsabilidad correspondientes, en lugar de en su nuevo lugar y estado ante el Padre, que era el tema de [Juan 14](#). Así como allí les concedió su lugar ante el Padre, ahora se les identifica con él en su lugar ante el mundo. Él es la vid verdadera y ellos los pámpanos.

15 - Juan 15

Al hablar de sí mismo como la vid, el Señor adoptó una figura que en el Antiguo Testamento se había aplicado a Israel, sobre todo en pasajes como [Salmo 80:8-18](#); [Isaías 5:1-7](#). En el Salmo se declara la desolación de la vid, pero se menciona «el Renuevo» y «el Hijo del hombre», que «para ti afirmaste». En Isaías se aclara la razón de la desolación. Israel, como vid, no producía más que uvas silvestres y sin valor. No había fruto para Dios. Jesús mismo era el Renuevo fortalecido para Jehová, y ahora se presenta a sí mismo como la verdadera Fuente de todo fruto para Dios en la tierra.

Él era el tronco, sus discípulos eran los sarmientos, su Padre el labrador. Cada sarmiento que estaba vitalmente unido a él daba fruto. Podía haber sarmientos en él cuya unión no fuera vital, y estos no daban fruto. La acción del labrador se extendía

en todas las direcciones. Cuando la rama da fruto, él la purifica para que dé más fruto. Cuando no da fruto, quita la rama y el fin último es la destrucción, como indica el versículo 6. De esta última clase, Judas Iscariote acababa de ser un triste ejemplo.

La palabra del versículo 2 es «limpia», no “poda”. El Padre purifica al santo fructífero, aunque este ya esté limpio por medio de la Palabra. El Señor había señalado una doble purificación mediante sus palabras registradas en [Juan 13:10-14](#), y aquí nos encontramos con la misma idea. A medida que la rama está purificada por la acción del Padre, se eliminan los obstáculos y la vida del Tronco fluye con mayor libertad, lo que da como resultado la producción de más fruto. La prueba más segura de que estamos en Cristo es que permanecemos en Cristo; y la prueba más segura de que permanecemos en Cristo es que damos fruto en la vida y en el servicio, manifestándose en nosotros el carácter y los caminos mismos de Cristo. Sin él no podemos hacer nada. Al permanecer en él, hay mucho fruto; somos llevados a la comunión con su mente, de modo que pedimos con libertad y se nos conceden nuestros deseos, el Padre es glorificado y nuestro discipulado se demuestra genuino más allá de toda duda.

Es un gran privilegio, así como una gran responsabilidad, haber sido dejados en la tierra para dar fruto; es incluso un privilegio mayor saber que somos objeto del Amor Divino. El amor de Jesús reposaba sobre estos discípulos –y sobre nosotros también– igual que el amor del Padre reposaba sobre él mismo. En el conocimiento, la conciencia y el disfrute de su amor es donde debemos permanecer. Esta permanencia se mantiene mediante la obediencia a sus mandamientos. ¿Acaso no sabemos de sobra que, en el momento en que desobedecemos su Palabra claramente expresada, nuestra conciencia nos remuerde y quedamos fuera de comunión con su mente y fuera del disfrute de su amor? Al caminar en obediencia, permanecemos en su amor, entramos en su gozo y nuestro propio gozo se hace pleno.

El versículo 12 está evidentemente relacionado con el versículo 10 de una manera muy íntima. Jesús habló de guardar sus mandamientos de manera general, pero había un mandamiento que ya había destacado de manera especial ([Juan 13:34](#)), y vuelve a él de nuevo. El amor debe fluir entre sus discípulos según el carácter de su amor perfecto hacia ellos. El amor que brota de la posesión de la naturaleza divina debe circular entre la familia divina. La carne está en cada uno de nosotros y las diferencias entre nosotros son innumerables; de ahí que las oportunidades para los choques y los prejuicios sean infinitas. Es su mandamiento que el amor de la naturaleza divina triunfe sobre los antagonismos de nuestra naturaleza carnal. ¿Cómo hemos obedecido este mandamiento? Nuestro fracaso en esto explica la escasa me-

dida en que permanecemos en su amor y en que su gozo permanece en nosotros. También significa un discipulado deficiente y una falta de gloria para el Padre.

El amor humano tiene su límite, como afirma el versículo 13; pero el Señor enseña a sus discípulos a considerarse amigos unos a otros porque todos y cada uno de ellos son *Sus* amigos, al caracterizarse por la obediencia a sus mandamientos. Él, en efecto, iba a dar su vida por ellos, pero en él se encontraba un amor que superaba con creces todo lo que se conocía entre los hombres. Su amor –y no el mero amor humano– iba a imprimir su carácter en el amor que ellos sentían los unos por los otros.

Desde el primer momento en que se unieron a él, los discípulos habían sido sus siervos, pero el Señor indica ahora que, de ahí en adelante, iba a tratarlos como si se encontraran en un plano más elevado de amistad. Esta amistad era algo real, en la medida en que él les había dado a conocer todo lo que había oído del Padre, como Revelador del amor y los propósitos del Padre. Al decir esto, creemos que el Señor también tenía en mente la venida del Consolador, quien les dotaría de la capacidad para discernir estas cosas, tal y como ya les había dicho. Este lugar privilegiado está abierto hoy a todos los creyentes sobre la misma base sencilla: el amor y la obediencia. De ahí que el apóstol Juan utilice el término en el último versículo de su Tercera Epístola. A medida que el siglo 1 llegaba a su fin, se estaba cumpliendo la predicción de Pablo acerca de hombres que hablarían cosas perversas «para arrastrar a los discípulos tras de sí» (*Hec. 20:30*), y Diótrefes era un ejemplo de tales hombres. Sin embargo, había santos que se distinguían por el amor y la obediencia –un brillante contraste con Diótrefes– y a quienes se reconocía como “amigos”. Algunos estaban con Juan, uniéndose al saludo; otros con Gayo, a quien se saludaba por su nombre.

Aunque Jesús concedió así a sus discípulos un lugar tan exaltado, no dejó de ser absolutamente preeminente entre ellos. Eran amigos, pero elegidos enteramente por *Él* y no por ellos, y por lo tanto sus derechos soberanos permanecían intactos. Fueron elegidos como amigos y designados para dar un fruto que perdurara, en contraste con el mundo efímero en el que se encontraban. Entonces, como amigos y portadores de fruto, se deriva otro resultado feliz. Debían tener acceso al Padre en el nombre del Hijo con la seguridad de una respuesta favorable. Se podría pensar que «Todo lo que pidáis al Padre en mi nombre» abarca un ámbito muy amplio. Así es, pero debemos recordar que se trata de «amigos» (v. 14), a quienes se les han revelado todas las cosas del Padre. Esas cosas tienen que ver con el Nombre y la gloria del Hijo, y por lo tanto se da por sentado que, al identificarse en el corazón con él, toda petición estará en consonancia con los propósitos del Padre y, por lo

tanto, tendrá asegurada una respuesta.

Como recordatorio de cuán íntimamente relacionado está el amor entre los discípulos con estas cosas, el Señor, en el versículo 17, repite su mandato de que se amen los unos a los otros. El Señor sabía de antemano cuán grande sería la necesidad de esta palabra en la historia de su pueblo, por lo que pronuncia este mandato nada menos que 3 veces en estas palabras finales antes de sufrir.

El mandamiento de nuestro Señor, de que el amor se manifieste como el vínculo entre sus discípulos, cobra fuerza ante el odio del mundo. El amor que circula por dentro y el odio que presiona desde fuera; esta es la situación contemplada como resultado de su rechazo y su muerte. Tomemos esto en serio, pues a lo largo de los siglos la tendencia ha sido invertir la situación; y a medida que los corazones de los creyentes se desvían hacia el amor al mundo exterior y la búsqueda de sus favores, la frialdad, la desintegración e incluso el odio encuentran cabida en su interior.

Tanto el amor como el odio brotan de la relación íntima que existe entre los discípulos y su Señor. Ya lo hemos visto en lo que respecta al amor y ahora lo vemos en lo que respecta al odio. El mundo odió a Cristo antes incluso de odiarlos a ellos, y los odió porque habían sido elegidos de entre el mundo y, por lo tanto, no eran del mundo. En el momento en que el Señor habló, el odio solo se había manifestado por parte de los judíos a quienes se había presentado, pero, como ya hemos señalado, se le considera rechazado desde el principio de este Evangelio, y se considera que, en consecuencia, el judío ha perdido su lugar distintivo a nivel nacional. Un Nicodemo, con todas sus ventajas, necesita nacer de nuevo tanto como el gentil degradado; y así, en consonancia con esto, los judíos son simplemente el mundo: las antiguas distinciones quedan barridas ante la presencia del Cristo rechazado.

Además, el odio genera persecución, y eso es lo que se predice en el versículo 20. Los siervos deben esperar precisamente el mismo trato que se le infligió a su Señor, y todo ello, en última instancia, debe atribuirse a la ignorancia que el mundo tiene de Dios, y al hecho de que le odiaron cuando le vieron revelado perfectamente en Cristo. Esta revelación dejó todas las cosas claras. El Señor habla de sus palabras en el versículo 22 y de sus obras en el versículo 24; ambas cosas se combinaron para sacar a la luz el pecado del mundo de una manera que no admitía ninguna duda ni excusa. Al ver al Hijo, vieron al Padre; al odiar al Hijo, odiaron al Padre, y todo ello sin motivo alguno, tal y como había dicho la Escritura.

Quedaba, sin embargo, un testimonio más: el del Consolador. Enviado por Jesús glorificado, pero procedente del Padre, él completaría el testimonio como Espíritu de

la Verdad. El Hijo, encarnado en la tierra, había revelado al Padre, y su testimonio había sido rechazado. Sin embargo, el testimonio seguiría siendo mantenido por el Consolador, pues, al proceder del Padre, daría ahora testimonio del Hijo que había subido a lo alto y mantendría así la revelación que Este había hecho. Podían expulsar al Hijo: lo hicieron mediante la cruz. Pero vendría Uno a quien no podrían expulsar de esta manera, y así se aseguraría un testimonio perdurable. El testimonio del Espíritu es el último en prestarse. De ahí la extrema gravedad del pecado contra el Espíritu Santo o de ultrajar al Espíritu de gracia.

El versículo 27 habla del testimonio que debían dar los apóstoles y lo diferencia del testimonio del Consolador. Ellos dieron testimonio de todo lo que habían visto y oído «desde el principio», tal y como vemos al comienzo de la Primera Epístola de Juan; en la que se nos revela el peso y el valor de este testimonio. También fueron los testigos designados de su resurrección. Su testimonio sobre los grandes hechos y realidades en los que todo se basa reviste la máxima importancia; sin embargo, se necesitaba algo más, y esto fue aportado por el nuevo testimonio del Espíritu de Verdad, que hemos recogido en los Hechos. Esto se dio especialmente a través de Esteban en primer lugar, y luego a través del gran perseguidor convertido, Saulo de Tarso, que se convirtió en el apóstol Pablo. Podemos expresar la diferencia diciendo que el testimonio principal de los 12 se refería a los grandes hechos relacionados con la vida, la muerte, la resurrección y la ascensión de Cristo; el testimonio del Consolador debía versar sobre el significado y las implicaciones de esos hechos; del propósito completo de Dios establecido en ellos.

16 - Juan 16

A continuación, en los primeros versículos de este capítulo, se ofrecen más palabras de advertencia, para que los discípulos no tropiecen por no estar preparados para la persecución (*Hec. 8:3; 9:1-2; 1 Tim. 1:13*), nos proporcionan un comentario sobre los versículos 2 y 3 de nuestro capítulo. Saulo de Tarso persiguió a los seguidores de este camino hasta la muerte, y lo hizo por ignorancia, en su incredulidad. En aquel momento, sin duda, no conocía ni al Padre ni al Hijo.

Jesús se dirigía hacia Aquel que le había enviado, y los discípulos eran suficientemente conscientes de la pérdida que sufrirían como para estar llenos de tristeza; pero si tan solo hubieran preguntado más sobre adónde iba él y qué implicaría su presencia junto al Padre, habrían visto las cosas bajo una luz diferente. Su partida

iba a ser provechosa para ellos. Habría una pérdida, pero también una ganancia que superaría con creces dicha pérdida. Se trataba de una afirmación sorprendente, pero el Señor procede a respaldarla ofreciendo más detalles sobre los beneficios que se derivarían de la venida del Consolador, cuya llegada dependía de su partida. Habla primero de lo que significaría su venida en lo que a ellos respecta.

Una vez que haya venido, él, por su mera presencia y actividad, será un testigo permanente contra el mundo. La palabra “reprender” no significa que vaya a provocar en el mundo una convicción tal que conduzca a su conversión, sino que su venida supondrá una demostración tan clara de estas 3 grandes realidades que dejará al mundo sin excusa. Él viene como consecuencia directa de la ascensión de Jesús, aquel a quien el mundo incrédulo había rechazado. La bondad perfecta encarnada en el Hijo de Dios había estado ante sus ojos y había sido totalmente rechazada. Ahí estaba el pecado, un escandaloso desvío del camino –y demostrado por la presencia del Consolador, que vino porque él se había ido.

Pero Jesús iba a pasar por la muerte y la resurrección y, mediante la ascensión, a la gloria del Padre. Así, la justicia divina quedaría reivindicada y manifestada. Lo que aquí se trata no es la remisión de los pecados y la justificación para nosotros, como ocurre en [Romanos 3](#), sino la justicia que debe establecerse públicamente en toda esfera que haya sido tocada y mancillada por el pecado. La muerte de Cristo fue el acto supremo de la injusticia del mundo; su glorificación fue el acto supremo de la justicia de Dios, y la garantía de que, en última instancia, la justicia prevalecerá en todas partes, de acuerdo con las palabras de Pablo en [Hechos 17:31](#). Ahora, el Espíritu ha venido del Cristo glorificado como Testigo permanente de esto. No habría bastado con limitarse a demostrar el pecado: también debe demostrarse la justicia, su antítesis y aquello que, en última instancia, lo abolirá.

La tercera cosa, el juicio, sigue como la secuencia adecuada. Si el pecado humano se aborda con justicia divina, el juicio es inevitable. Pablo razonó ante Félix sobre «el juicio venidero» ([Hec. 24:25](#)) y el gobernador romano tembló, pero lo esencial de nuestro pasaje es que el príncipe de este mundo ha sido juzgado por su actitud hacia Cristo y en el poder de su cruz. En [Juan 12](#), Jesús había hablado del juicio del mundo y de la expulsión de su príncipe. Estos hechos solemnes quedan demostrados por la presencia del Espíritu, pues si el príncipe y líder del mundo es juzgado, el mundo que él controla también lo es. A Satanás también se le llama «el dios de este siglo» ([2 Cor. 4:4](#)), ya que los hombres lo adoran ignorantes al desviarse hacia todas las cosas que idolatran: él es «el príncipe» por ser el impulsor y líder de las grandes maquinaciones del mundo.

Ahora bien, es ciertamente conveniente y provechoso para nosotros que el Consolador haya venido con una demostración clara de estas cosas. Ver al diablo bajo su verdadera luz, ver el mundo tal y como es en realidad, llevar las cosas a su punto culminante entre el pecado y la justicia, son cuestiones de la mayor importancia. El testimonio está verdaderamente en contra del mundo, pero redundante en nuestro beneficio y enseñanza. Si lo hubiéramos tenido más en cuenta nosotros mismos, y la Iglesia a lo largo de toda su historia, nos habríamos mantenido mucho más libres de mancha del mundo de lo que lo hemos hecho. Las contundentes palabras que leemos en [Santiago 4:4](#) se comprenden más fácilmente a la luz de las palabras del Señor aquí.

¡Cuán provechoso es también ese ministerio del Espíritu indicado en los versículos 13-15! Parece dividirse en 3 puntos: «Él os *guiará*... os *anunciará*... Él me *glorificará*».

Él guiará a los discípulos a toda la verdad. En el versículo anterior, el Señor indicó que aún quedaban muchas cosas por revelar, pero que ellos aún no estaban en condiciones de recibirlas. Cuando, al recibir el Espíritu, tuvieran esa unción de la que se habla en [1 Juan 2:20](#) y [27](#), tendrían la capacidad de comprender. Así pues, cuando viniera el Espíritu de la Verdad, el Señor dijo que a través de él se revelarían las muchas cosas que aún le quedaban por decir, y toda la verdad fue revelada, y el Espíritu los guio hacia ella. Sin duda, aquí se tiene en cuenta principalmente a los apóstoles, pero como fruto de esta guía hacia toda la verdad, se escribieron las Epístolas, y así los santos de todas las épocas, hasta la nuestra, han tenido toda la verdad dentro del ámbito de su conocimiento. ¿Con qué diligencia nos hemos dedicado a estas cosas para ser guiados hacia ellas?

Luego debía mostrar a los discípulos «las cosas venideras». Como fruto de este ministerio concreto a los apóstoles, tenemos el libro del Apocalipsis, así como ciertos pasajes de las Epístolas, y de este modo este ministerio se ha puesto a nuestra disposición. Mediante estos escritos proféticos se nos da a conocer el rumbo de las cosas tanto en la Iglesia como en el mundo, y por eso no estamos en tinieblas, aunque el rechazo y la ausencia de Cristo hayan introducido una época en la historia del mundo caracterizada como «la noche».

En tercer lugar, la misión del Consolador es glorificar al Cristo que ha sido deshonrado por el mundo. Lo hace anunciándonos las cosas que son de Cristo, para que descubramos que todas las cosas del Padre son también suyas. No pasemos por alto el enorme alcance de esta gran declaración. Ya hemos oído 2 veces que el Padre ha

puesto todas las cosas en sus manos ([Juan 3:35; 13:3](#)), pero eso podría llevarnos solo hasta el hecho de que, al igual que José en Egipto con las cosas de Faraón, toda la administración le ha sido confiada. Esto sí que nos lleva más allá. ¡Todas las cosas del Padre **son tuyas**! Y esto lo dijo el Hijo mientras estaba en la tierra, en su camino de humillación. Ese «**son**» es atemporal: respira el aire de la eternidad. Las cosas del Padre siempre fueron **tuyas**, lo son y siempre lo serán. Quien habla así reivindica la Deidad, Uno en la unidad de la Divinidad. El reconocimiento de esto por parte del ministerio del Consolador, en efecto, le glorifica.

La transición del pensamiento del versículo 15 al 16 puede no resultar evidente a primera vista, pero creemos que el Señor sigue desarrollando la idea de lo provechosa que sería para ellos su partida, ya que implicaba la llegada del Consolador. Pronto ya no le verían, y luego, al cabo de un poco de tiempo, le verían de nuevo. Pero este segundo ver sería “porque yo voy al Padre”; es decir, porque entonces se les daría el Espíritu. En esta notable afirmación, el Señor utilizó 2 palabras diferentes: la primera significa “contemplar” o “ver” como espectador; la segunda, “percibir” o «discernir». Al cabo de un poco de tiempo ya no lo verían más, contemplando sus caminos y obras como espectadores; luego, al cabo de otro «poco» tiempo, una vez que se les concediera el Espíritu, lo verían de esta nueva manera, percibiéndolo por la fe con el ojo interior de sus corazones llenos del Espíritu, en una medida hasta entonces desconocida. Bendito sea Dios porque también nosotros podemos decir: «Pero *vemos... a Jesús... coronado de gloria y honra*» ([Hebr. 2:9](#)).

Esta afirmación suya resultaba oscura en aquel momento para los discípulos y, por lo tanto, se les dio una explicación más detallada. El mundo iba a salirse con la suya con él y su muerte era inminente. Se regocijaría al deshacerse de él, pero para ellos el panorama era de llanto y lamento. Sin embargo, más allá de la muerte se encontraba la resurrección y su ascensión al Padre. Esto lo cambiaría todo. Se utiliza el dolor de parto como ilustración, pues no solo expone la idea de que el gozo sucede al dolor, sino también la de que brota una nueva vida. Ahora bien, su dolor no era más que un reflejo de su dolor, y el suyo era tan profundo y de tal naturaleza que se le llama «la aflicción de su alma» en [Isaías 53:11](#), mientras que el versículo anterior predice: «Verá linaje», evidentemente en la resurrección y en la gloria. No podían compartir sus sufrimientos expiatorios, pero compartían vagamente su dolor, aunque, sin duda, en gran medida de manera egoísta. Pronto compartirían de verdad su gozo.

El contexto del versículo 22 indicaría que el Señor se refería, no solo al gozo que llenaría a los discípulos cuando se encontraran con él en la resurrección, sino tam-

bién a su gozo cuando, por medio del Espíritu dado, tuvieran conocimiento de su gloria. Esto resulta aún más claro cuando consideramos el versículo 23, pues «En aquel día» no se refiere únicamente a los 40 días durante los cuales le vieron antes de Pentecostés, sino más bien a todo el período caracterizado por su ausencia y la presencia personal del Espíritu en la Iglesia. Ese día aún no ha llegado a su fin, y sigue siendo nuestro privilegio orar en el Espíritu Santo y, así, pedir al Padre en el nombre del Hijo.

La palabra «pedir» aparece 2 veces en este versículo, pero en realidad el Señor utilizó 2 palabras diferentes, que podrían distinguirse empleando “exigir” o “preguntar” para la primera y “pedir” o “solicitar” para la segunda. El Señor había estado satisfaciendo todas sus exigencias, y ellos habían acudido a él con todas sus preguntas, pero ahora aquel día llegaba a su fin. Sin embargo, él había revelado al Padre *ante* ellos, y tan pronto como se les concediera el Espíritu, esa revelación se haría efectiva en ellos. Estarían capacitados para ocupar su lugar como representantes del Hijo y, así, pedir en su nombre. Al pedir de este modo bajo la dirección del Espíritu, sus oraciones tendrían asegurada una respuesta afirmativa, ya que se ajustarían a la voluntad del Padre. En la última parte de [Hechos 4](#), y de nuevo en [Hechos 12](#), se nos ofrecen ejemplos notables de oraciones de este tipo. De hecho, la oración de Esteban puesto de rodillas, en el último versículo de [Hechos 7](#), lo ilustra; pues la conversión del hombre que presidió, como un genio maligno, su martirio fue una respuesta al espíritu de la súplica: «Señor, no les atribuyas este pecado» (v. 60).

El cambio que traería consigo la venida del Consolador sigue siendo el pensamiento dominante en el versículo 25. Afectaría a la forma misma en que debía presentarse la verdad sobre el Padre. Él había dado a conocer al Padre haciendo las obras del Padre. Todos los milagros, o “señales”, registrados en este Evangelio habían sido una manifestación de la gracia, el poder y la gloria del Padre, de manera parabólica o alegórica. Cuando pasamos a las Epístolas, leemos declaraciones claras sobre el Padre, sus propósitos, su gloria y su amor, dadas por inspiración del Espíritu Santo. Todo esto se cumplió en el día del que hablaba el Señor, cuando podrían pedir con total libertad en su Nombre, al conocer el amor del Padre.

Las palabras de la última parte del versículo 26 no contradicen el hecho de que Jesús sea nuestro Intercesor en las alturas. Solo hacen hincapié en el amor del Padre por los santos y en el lugar de intimidad que estos ocupan en su presencia. La actitud de los discípulos hacia Jesús era, como muestra el versículo 27, una actitud de *amor* y de *fe*. ¿Es esa nuestra actitud? Entonces nosotros también nos encontramos bajo la bendición del amor del Padre. Por lo tanto, aunque necesitamos profundamente la

intercesión misericordiosa de Cristo por nosotros, dada nuestra debilidad y nuestro constante fracaso, como personas *en este lugar* de amor y fe favor, no necesitamos intercesión *para estar en este lugar*. Las almas criadas en la oscuridad del catolicismo romano pueden imaginar que necesitan precisamente el tipo de intercesión que aquí se descarta, pero con frecuencia se hunden aún más al pensar que la Virgen María o algún «santo» menor pueden interceder por ellos. ¡Bendito sea Dios, no necesitamos en absoluto un intercesor de ese tipo!

Los discípulos creían que él había venido de Dios, pero aún no habían llegado a comprender del todo que procedía del Padre, aunque, como muestran sus palabras, aún no se daban cuenta de sus limitaciones. Hasta que se les concedió el Espíritu, estaban limitados en su comprensión, como muestra el versículo 31, y también en poder y valor, como muestra el versículo 32. Los mismos hombres que aquí andaban a tientas en sus mentes, y que en pocas horas se dispersaron y huyeron, se reunieron con mentes de clara comprensión y con corazones tan valientes como leones, cuando llegó plenamente el Día de Pentecostés. Comprensión y valor: estas 2 cosas deberían caracterizarnos hoy. ¿Pero es así?

Aunque el Señor no contó con el apoyo de sus discípulos en la hora oscura que tenía por delante, pudo seguir adelante en perfecta dependencia del Padre y con la seguridad de su presencia constante. Por eso se enfrentó al odio y a la oposición del mundo con perfecta paz y los venció por completo. Ahora bien, todas estas palabras las había pronunciado el Señor para que sus discípulos, a su vez, tuvieran paz en él, tal y como él había tenido paz en el Padre. Además, su victoria sobre el mundo era la garantía de que ese poder vencedor también estaba a su disposición. Acababa de hablar del odio y la persecución del mundo. Para nosotros, tal vez sus seducciones y sonrisas sean más peligrosas. Pero, sea como sea, nuestra seguridad está en Cristo. Solo como hijos engendrados por Dios y creyendo que Jesús es el Hijo de Dios vencemos al mundo, tal y como nos dice [1 Juan 5:4-5](#).

17 - Juan 17

Debemos tener presentes las 5 palabras que cierran el capítulo anterior al leer las primeras palabras de este capítulo. Aquel que había vencido al mundo «alzando los ojos al cielo, dijo: Padre». En el conocimiento del Padre y a la luz del cielo, ¿qué valor tiene el mundo? ¿Y qué son sus amenazas o persecuciones? Aquí estaba el propio Hijo de Dios en la plenitud absoluta de ambos, y por eso el mundo estaba,

por así decirlo, bajo sus pies. Ahora se va a presentar ante el Padre, y a presentar también a sus discípulos; para que ellos, engendrados por Dios, y conociéndole a él como el Hijo de Dios, y al Padre revelado en él, puedan ser preservados del mundo por el que iban a pasar.

En el cuarto versículo del capítulo siguiente tenemos el testimonio del evangelista de que Jesús conocía «todas las cosas que sobre él venían». Aquí se dirige al Padre con la conciencia de que había llegado la hora para la que había venido especialmente al mundo. En este capítulo sin igual se nos permite escuchar al Hijo en comunión con el Padre, y elevados así a esta región divina, contemplamos su gran obra como un todo completado y traspasamos en espíritu más allá de la Cruz. He aquí palabras que desafían toda capacidad humana de análisis y superan toda capacidad humana de pensamiento. Sin embargo, podemos reflexionar sobre ellas. Hagámoslo, a medida que recorremos los versículos, fijándonos en las cosas que él pidió al Padre, así como en sus enfáticas afirmaciones sobre lo que ya había logrado.

Su primera petición es: «Glorifica a tu Hijo». El Hijo había estado aquí como Siervo del beneplácito y la gloria del Padre, hecho del que este Evangelio ha dado testimonio especial y abundante. Así pues, en consonancia con esto, su primera petición es: que ya no en humillación en la tierra, sino en medio de los esplendores del cielo, pueda seguir sirviendo y glorificando al Padre ejerciendo el poder sobre toda carne que le ha sido conferido de una manera que es motivo de especial asombro y bienaventuranza. Más adelante ejercerá ese poder sobre toda carne en la ejecución del juicio; en la actualidad lo ejerce al otorgar la vida eterna a todos los que le han sido entregados por el Padre. De esa vida él es la Fuente y el Manantial para los hombres. Tenemos vida y tenemos el Espíritu del Glorificado, y el Padre es glorificado en esto de una manera que supera la solemne gloria que será suya en la hora del juicio.

Ahora bien, toda vida adquiere su carácter de las condiciones que la rodean –de su entorno. La vida eterna solo puede vivirse en el conocimiento del único Dios verdadero como Padre, y de Jesucristo, el Enviado del Padre. Sin duda, esto explica el hecho de que la vida de carácter eterno solo se mencione 2 veces en el Antiguo Testamento, y entonces simplemente como un indicio profético de aquello de lo que se disfrutará en la era milenaria venidera. Era una promesa más que una bendición conocida y disfrutada. La Ley ofrecía vida en la tierra. La era de la vida eterna comenzó cuando apareció el Hijo de Dios y, tras haber terminado su obra en la tierra, fue glorificado en el cielo.

A lo largo de este capítulo 10 veces pronuncia Jesús las palabras «yo y me», al

declarar la plenitud de todo lo que había hecho. Las 2 primeras veces aparecen en el versículo 4, donde subraya la plenitud de su obra para respaldar su petición de gloria. Había glorificado al Padre, cabe señalar *en la tierra* –ese rincón concreto del vasto universo donde había sido deshonrado de manera más notoria por el pecado y la caída del primer hombre y su stirpe. Esa gran obra le había sido confiada, junto con la labor paralela de hacer expiación por el pecado, para que hubiera redención para los pecadores. Traspasando en espíritu más allá de la Cruz, declaró la plenitud y la perfección de su propia obra. Ningún simple hombre podría pronunciar palabras como estas. La obra de los siervos más eminentes de Dios no ha sido más que fragmentaria e incompleta. Y de haber sido de otro modo, ninguno de ellos se habría atrevido a acercarse a Dios, el que escudriña los corazones y los caminos, y a pronunciarse sobre su propia obra, declarando su perfección consumada, pues ello habría supuesto una presunción impertinente de la peor clase. Pero aquí es el Hijo quien habla, y para él no fue ninguna presunción.

Sin embargo, Él era verdaderamente Hombre; y eso es lo que nos llama la atención al leer el versículo 5, donde repite su petición de gloria –esa gloria particular que tenía junto con el Padre antes de que el mundo existiera. Se le va a restituir esa gloria, solo que ahora como Hijo en su naturaleza humana –*la naturaleza humana resucitada*. He aquí un hecho de la mayor maravilla y de la mayor importancia: un Hombre resucitado, Cristo Jesús, está revestido de la gloria increada de la Deidad. En esa gloria se encuentra la Cabeza de la Iglesia, el Guía del linaje elegido al que pertenecemos. ¿Quién puede medir las consecuencias que se derivarán de este gran hecho?

El linaje elegido aparece en el versículo siguiente. Se les designa como «los hombres que me diste del mundo». Así pues, desde el principio se les diferencia claramente del mundo, ya que el Padre los sacó de él y se los entregó al Hijo. Eran del Padre según su consejo antes de que existiera el tiempo, pero fueron entregados al Hijo para que él los llevara al conocimiento del Padre, manifestándoles su Nombre. Al final de su oración, Jesús habla de *manifestar* el Nombre del Padre, lo que pone énfasis en sus palabras. Aquí, sin embargo, se trata de *manifestar*, y eso se cumplió más bien en su vida y en sus obras; como había dicho anteriormente: «El que me ha visto, ha visto al Padre» (14:9). De estos hombres dice: «Tu Palabra han guardado».

Esto era muy conmovedor, pues piensen en lo que habían sido estos hombres, ¡cuán lentos, cuán obtusos, cuán indiferentes! Y piensen en lo que estaban a punto de demostrar que eran. ¡Qué cobardía, qué negaciones, en tan solo unas horas! Pero el Hijo los contemplaba a la luz del propósito divino, y sabía que el Padre tenía poder

para llevar a cabo en ellos, en última instancia, todo lo que él había propuesto. Así pues, les atribuyó la posesión plena de aquello que, por el momento, solo habían alcanzado en una medida muy débil. ¿Acaso no trata él hoy a sus santos, e intercede por ellos, exactamente de la misma manera? También les atribuye, en el versículo siguiente, el hecho de remontarse al Padre en todo lo que habían visto manifestado en él. A lo largo de todo este Evangelio le encontramos atribuyendo todo al Padre. Sus palabras y sus obras eran del Padre. No hablaba ni actuaba por sí mismo, aunque era el Verbo y el Hijo. Tan real era la humanidad que asumió; tan real el lugar de sumisión que asumió para manifestar el nombre y la gloria del Padre.

En el versículo 8 no habla de «tu Palabra» (v. 6), sino de «las palabras» que le habían sido dadas y transmitidas a los discípulos. Una es la revelación, considerada como un todo; las otras, las numerosas y variadas expresiones con las que les había comunicado la Palabra. Esas expresiones las habían recibido y, por ello, habían sido dirigidas al propio Padre. Ciertamente las habían recibido, pero ¿habían comprendido realmente la más mínima fracción de su significado? ¿Cuánto hemos comprendido nosotros, que tenemos el Espíritu? Sin embargo, no es poca cosa que recibamos y creamos implícitamente lo que él dice, simplemente porque lo dice. Todo lo que él ha dicho nos pondrá en contacto con el Padre que le ha enviado.

Hasta ahora hemos oído al Hijo formular su primera y mayor petición: que sea glorificado en su humanidad resucitada, para que pueda glorificar al Padre de una nueva manera. También le hemos oído afirmar 4 cosas que había cumplido a la perfección. Había glorificado al Padre en la tierra. Había terminado la obra que se le había encomendado. Había manifestado el nombre del Padre a los discípulos y les había dado las palabras que el Padre le había dado a él. En el versículo 9 nos encontramos con su segunda petición, no para sí mismo, sino para sus discípulos. Comienza separándolos del mundo de la manera más decisiva.

La antigua línea de división había estado entre judíos y gentiles, pero esa, aunque había sido bastante marcada hasta ese momento, ahora estaba desapareciendo y era sustituida por la división entre los discípulos que lo recibían y el mundo que lo rechazaba. Si un judío lo rechazaba, su posición privilegiada desaparecía, y se convertía en una simple unidad más de las que componían el mundo. Fijense en cómo el Señor caracteriza aquí a sus discípulos. Eran del Padre por su propósito y elección, y luego entregados por él, al Hijo. Al ser entregados de este modo, se consideraba que pertenecían conjuntamente al Padre y al Hijo. Pero eran, de manera especial, el recipiente o vehículo en el que el Hijo ha de ser glorificado.

«Todo lo mío es tuyo, y lo tuyo es mío» (v. 10). Reflexiona sobre estas palabras. Un simple hombre podría decir: “Todo lo mío es tuyo”, pero ningún simple hombre podría decir: «Lo tuyo es mío», pues sería culpable de una presunción imperdonable y blasfema. Pero el Hijo podía hablar así con decoro y verdad; pues él es Uno con el Padre.

Tras presentar a los discípulos ante el Padre como objeto de su segunda petición, Jesús mencionó como motivo de esta que él iba a dejar el mundo y a volver al Padre, mientras que ellos se quedarían en el mundo. Ellos tenían muy poca idea de lo que era el mundo, con sus peligros y sus trampas; él lo conocía a la perfección. Nada, salvo el poder protector del Padre, conforme a su propia santidad, sería suficiente para preservarlos. No solo debían estar preservados, sino mantenidos en unidad según el modelo del Padre y del Hijo. El Hijo había revelado aquel santo nombre del Padre, y en él había poder vinculante y gracia, al igual que en la vida eterna que el Hijo da, unida al don del Espíritu, que pronto se manifestaría. Además, a estos hombres se les había encomendado ser testigos de su Señor, que se marchaba, y era esencial que su testimonio se caracterizara por la unidad, para que fuera eficaz. Los Hechos y las Epístolas nos muestran hasta qué punto se conservó esta unidad de testimonio.

Hasta entonces habían sido guardados por el Hijo en el nombre del Padre, y el único que faltaba no era un verdadero discípulo en absoluto, sino el hijo de perdición, e incluso este triste suceso fue el cumplimiento de las Escrituras. En cuanto a todos aquellos que el Padre le había dado de verdad, Jesús podía decir: «Los guardé»; la quinta vez que aparece “Yo” en el capítulo. Ahora, al salir del mundo, pone a los discípulos en su propio lugar, como muestra el versículo 13. Él había estado aquí en nombre de su Padre, encontrando su gozo en servir a sus intereses. De ahora en adelante, ellos debían estar aquí en su nombre y experimentar ese mismo gozo en sí mismos al servir al Padre representando al Hijo.

Pero para ello necesitarían conocer la mente y el propósito del Padre; de ahí que el Hijo les hubiera dado la Palabra del Padre. Por sexta vez encontramos las palabras: «Yo», y esta vez no se refieren a «las palabras», sino a «tu Palabra» (v. 15); es decir, a toda la revelación que él había traído. Hasta entonces apenas habían penetrado en su plenitud, pero gracias a ello habían sido separados del mundo en cuanto a su conocimiento, al igual que también lo estaban en su origen, pues no eran *del* mundo, así como él tampoco lo era. Sin embargo, en cuanto al lugar, estaban *en* el mundo, y el Señor no deseaba que fueran sacados de él, sino más bien que fueran preservados del mal.

Aquí tenemos de forma muy explícita algo que el Señor **no** pidió. Sin embargo, con una extraña perversidad, eso es lo que han buscado a lo largo de los siglos las almas fervientes –y entre ellas muchos verdaderos creyentes– tal y como se plasma en la idea monástica. Esa idea puede perseguirse con la ayuda de muros de mampostería gruesa, o bien sin ellos. El resultado, sin embargo, es el mismo. Si convertimos la separación ordenada por Dios en aislamiento monástico, siempre acabaremos generando, dentro del ámbito de nuestro aislamiento, los mismos males que se supone que debemos evitar. Es cierto que el mundo nos presenta un peligro mortal. Pero ¿por qué? Por lo que somos en nosotros mismos. Un ángel santo no buscaría sus favores ni temería sus desaires: le dejarían totalmente indiferente. El mundo presenta, por así decirlo, los gérmenes infecciosos que vienen de fuera; pero el principal problema reside en nosotros mismos: la susceptibilidad de la carne que hay en nuestro interior. Ningún aislamiento monástico afecta a eso.

Lo que el Señor sí pidió fue: «Santifícalos en la verdad», pues la verdad separa al forjar esa inmunidad espiritual que preserva de la enfermedad espiritual. La idea fundamental de la santificación es la separación. El Hijo ha dado la Palabra del Padre, que nos introduce en todo su amor, sus pensamientos, sus propósitos, su gloria. Todo esto es verdad; es decir, la realidad de la naturaleza divina. El mundo vive en gran medida en un ámbito de irrealidad y fantasía, esforzándose por establecer sus sistemas, que carecen de una base sólida y que, con el tiempo, están destinados a desaparecer. Si conocemos las realidades divinas, debemos, necesariamente, apartarnos de las irrealidades del mundo. Esto nos expone al odio del mundo, pero desarrollará una fuerte resistencia espiritual frente a sus trampas. Nos inmunizará contra sus gérmenes. Este es el tipo de separación que perdura, porque es obra de la Palabra y la Verdad del Padre.

El séptimo «yo» se encuentra en el versículo 18. Como el Santo y el Perfecto, Jesús había sido enviado al mundo por el Padre, para representarlo y darlo a conocer. Ahora él envía a sus discípulos al mundo de manera similar. Debían representarlo y darlo a conocer. Lo que los capacitaba para ello era la santificación de la que hablaba el versículo anterior. Si su plan hubiera sido colocarlos en un aislamiento monástico, tal misión no habría sido posible, y tampoco lo habría sido si no hubieran sido santificados por la verdad. Pero con la inmunidad espiritual que confiere la verdad, *fue posible*.

Pero se necesitaba algo más, tal y como se indica en el versículo 19. El Señor Jesús debe ser apartado en la gloria del cielo, para que derrame sobre ellos su Espíritu, para que se convirtiera en el Objeto atractivo para sus corazones y en el Modelo al

que debían asemejarse a su debido tiempo. Al ser intrínseca y divinamente santo, la única santificación posible para él era un apartamiento como este; y observemos que, según este versículo, *Él mismo lo hace*. Otro tributo a su Deidad, pues ningún simple hombre podría él mismo apartarse en la gloria del cielo.

El versículo 17, nos presenta el poder santificador de la verdad, que nos llega a través de la Palabra del Padre, la cual había sido ministrada por el Hijo, tal y como afirma el versículo 14. El versículo 19 añade el poder santificador de la gloria de Cristo, que será ministrado por el Espíritu, quien vendría a los discípulos como consecuencia de Su glorificación. Para expresarlo de forma más breve: es la revelación del Padre por medio del Hijo, y el conocimiento de la gloria del Hijo en su humanidad resucitada por medio del Espíritu, lo que santifica hoy al creyente.

El versículo 20 debería conmover todos nuestros corazones. El Señor Jesús había estado orando por el pequeño grupo de discípulos que le rodeaba en ese momento: ahora ampliaba sus peticiones para incluirnos incluso a nosotros mismos. Aunque han pasado 20 siglos desde que los primeros discípulos salieron a proclamar la Palabra, hemos creído en él como resultado de ello. Su palabra pronunciada hace tiempo que se ha desvanecido, pero su Palabra, en forma de escritos inspirados del Nuevo Testamento, permanece, y ha sido la base autorizada de toda la predicación del Evangelio a lo largo de los años, y sigue siéndolo hoy. También debería conmover nuestros corazones que la primera de las 2 peticiones que él hizo por nosotros fuera la de nuestra unidad.

La unidad que él deseaba es de naturaleza fundamental. Debemos ser uno como el Padre está en el Hijo y el Hijo está en el Padre. Entre el Padre y el Hijo existe la unidad del ser esencial y, por consiguiente, de la vida, la naturaleza y la manifestación. De tal manera derivamos vida y naturaleza del Hijo y del Padre que el Señor Jesús pudo decir: «Estén en nosotros» –esta misma expresión muestra la igualdad que existe entre Ellos– y sin una unidad de este tipo nada de carácter más externo habría tenido valor alguno. La unión eclesiástica sin esto no habría sido más que la unión de una masa de material heterogéneo. Al concederse esta petición, la naturaleza divina caracterizaría a *todos los santos*; y la formación de tal unidad subyacente en aquellos que, en apariencia, eran tan diferentes (judíos y gentiles; tal y como se había insinuado en [Juan 10:16](#)) era una prueba satisfactoria de la misión divina de Cristo. Él no dice que el mundo *fuera a creer*, sino que había pruebas suficientes para que *pudieran hacerlo*.

La unidad por la que oró el Señor se perfeccionará en la gloria, aunque se estableció

primero en la gracia. De nuevo encontramos las palabras «He dado» (v. 22), y esta vez relacionadas con la gloria. A sus discípulos, entre los que nos encontramos nosotros, les ha donado la gloria que le fue dada por el Padre. Las cuestiones de tiempo no intervienen en la relación entre las Personas Divinas, por lo que no dice: “Daré”, sino: «He dado» (v. 22). Cuando se contemplan las cosas desde el punto de vista del consejo y el propósito de Dios, encontramos afirmaciones similares de carácter absoluto ([Rom. 8:30](#) y [Efe. 2:6](#), por ejemplo). Es, en efecto, un hecho maravilloso que la gloria que el Padre le concedió como Hombre sea ahora irrevocablemente nuestra por su don; y esto con vistas a la perfección de nuestra unidad en él. En el versículo 23, pues, se manifiesta la unidad: el Padre manifestado en el Hijo; el Hijo manifestado en los santos glorificados. ¡Esta será, sin duda, una unidad perfeccionada! El mundo de aquel día *sabr*á que el Padre envió al Hijo, y que ha amado a los santos tal y como le amó a él. La gloria proclamará ese amor.

Esto nos lleva a la segunda petición del Señor, formulada para abarcar a todos los santos de este tiempo presente. Él les había dado su gloria, y ahora le pide al Padre que los coloque en comunión y compañía con él mismo. Su deseo es que compartan su gloria en las alturas, aunque el colofón de todo ello para nosotros será contemplar la gloria suprema que será suya. Anteriormente, en su oración, había pedido ser glorificado junto con el Padre con la gloria que tenía con él antes de que existiera el mundo. Esa gloria no creada había sido suya desde la eternidad, al estar en la unidad de la Divinidad; ahora se le ha vuelto a conferir, pero de una nueva manera; recibéndola como un don del Padre en su humanidad resucitada. Al estar glorificados con él, contemplaremos su gloria, la cual nos dará testimonio para siempre, no solo de la perfección de todo lo que él obró en su humanidad, sino también del amor del Padre, del cual él había sido el Objeto desde la eternidad.

El mundo estaba sumido en la ignorancia del Padre. Cuando Jesús oró por la preservación de sus discípulos en el mundo, se dirigió al Padre como «Santo» (v. 11), pues *su separación* de él debía regirse por *Su* santidad. En el versículo 25 contempla al mundo mismo en su pecado y ceguera, por lo que se dirige al Padre como «Justo». Así, la justicia divina se contrapone al pecado del mundo, tal y como había ocurrido antes ([Juan 16:9-10](#)). Él había venido como el Enviado, trayendo el conocimiento del Padre, y los discípulos lo habían recibido al acogerlo a él, pues les había revelado el nombre del Padre. Aquí aparecen las últimas menciones de «yo»: «Yo te conocí... les di a conocer tu nombre».

En el versículo 6 había hablado de la *manifestación* del nombre del Padre, y esto se había cumplido en la vida que había vivido, sin necesidad de nada más. Pero también

había hecho una *declaración* de su nombre con los labios y con la Palabra, y esto lo completaría en el futuro, cuando resucitara de entre los muertos. Se nos permite conocerlo en este Evangelio: [Juan 20:17](#). Y todo esto tenía como fin que el amor del Padre, que se centraba supremamente en él, pudiera estar «en ellos»; es decir, que fuera su porción conscientemente realizada. Al morar así el amor del Padre en ellos, estarían capacitados para ser una expresión de Cristo: él estaría «en ellos» de manera manifiesta.

Esta maravillosa oración –los suspiros del Hijo en comunión con el Padre– debe, necesariamente, estar más allá de todos nuestros pensamientos; sin embargo, es más eficaz que cualquier otra cosa a la hora de llevar el calor del amor divino a nuestros corazones. Es un gozo observar que, al igual que comienza con el Hijo glorificado por el Padre, termina con el Hijo manifestado y, por tanto, glorificado *en* los santos.

18 - Juan 18

Tras haber entrado en comunión con el Padre y haber expresado sus deseos, Jesús salió al encuentro de sus enemigos, que estaban liderados por el traidor, y luego hacia la muerte que le esperaba. Fiel al carácter de este Evangelio, se da un testimonio impactante de su *omnisciencia*. Salió con pleno conocimiento de «todas las cosas que sobre él venían» –no solo de las circunstancias externas, sino también del peso interior de todo lo que ello implicaba. Si nos remitimos a [Juan 6:6](#) y [13:3](#), encontraremos afirmaciones de similar importancia.

Pero la escena del Huerto también nos ofrece una muestra de su *omnipotencia*. Buscaban a Jesús de Nazaret, pero cuando él respondió: «Yo soy», lo que recordaba la forma en que Jehová se declaraba a sí mismo en el Antiguo Testamento, cayeron al suelo. Así, de manera irresistible, aunque a su pesar, se postraron ante él. De este modo, los signos de su divinidad estaban presentes incluso mientras se sometía a sus manos, ya que se encontraba allí como el Hombre sometido a la voluntad del Padre. Su deseo era brindar protección a sus discípulos de acuerdo con su propia Palabra, y la acción, aunque celosa, fue errónea y solo sirvió para poner de manifiesto su completa unidad de pensamiento con el Padre. Aceptó todo como procedente de sus manos, a pesar de que las más altas autoridades religiosas del judaísmo fueran sus principales oponentes. El siervo del Sumo Sacerdote, Malco, desempeñó un papel destacado en su detención, y fue llevado primero ante el tribunal de Anás y Caifás. Caifás tenía la voz decisiva y ya estaba decidido a condenarlo a muerte.

Los versículos 15 al 18 son un paréntesis, al igual que los versículos 25-27. En conjunto, nos relatan la triste historia de la caída de Pedro, en la que se cumplió la predicción del Señor en [Juan 13:38](#). Cabe destacar que este sea uno de los pocos episodios registrados por los 4 evangelistas. Dios no se complace en registrar los pecados de sus santos, por lo que podemos estar seguros de que en ello hay una advertencia y una instrucción muy necesarias para todos los santos de todas las épocas, pues la confianza en uno mismo es una de las tendencias más comunes y arraigadas de la carne; una tendencia que, si no se juzga y se rechaza, conduce invariablemente al desastre. La verdadera circuncisión espiritual implica no confiar «en la carne» (vean [Fil. 3:3](#)), pero esa es una lección que no aprendemos sino a través de una buena dosis de experiencia dolorosa.

El «otro discípulo» conocido por el Sumo Sacerdote era, con toda evidencia, el propio Juan. Su relación con el Sumo Sacerdote le proporcionaba cierto estatus y privilegios mundanos, que utilizó para introducir a Pedro en el lugar de peligro. La pregunta del versículo 17 parece dar a entender que la criada que custodiaba la puerta sabía que Juan era discípulo de Jesús. Él no había caído en la tentación de negar ese hecho, como sí lo había hecho Pedro. Lo que hace tropezar a un discípulo puede dejar impasible a otro. Además, Satanás sabe exactamente cómo tender sus trampas. Que el tercer interrogador fuera un pariente de Malco –quien había sufrido en el huerto a manos de Pedro– fue una jugada maestra de su astucia. Eso supuso la tercera y peor negación de Pedro, y su pecado y su derrota fueron completos.

Los versículos 19-24 ofrecen detalles de lo que ocurrió en el palacio del Sumo Sacerdote, y constituyen el punto de unión entre los versículos 14 y 28. La pregunta planteada sobre sus discípulos y su doctrina fue un intento de obtener de sus labios algo incriminatorio que sirviera de base para la sentencia de muerte que habían decidido dictar. Los demás Evangelios nos dicen que buscaron testigos contra él y no encontraron ninguno, lo que explica que, cuando él les remitió al testimonio de quienes le habían escuchado, se irritaran tanto que golpearan a nuestro Señor. Mateo nos dice que llegaron incluso a buscar *falsos* testigos contra él.

Conviene señalar el contraste entre Jesús en el versículo 23 y Pablo en [Hechos 23:5](#). Hay un abismo entre el Maestro y el más devoto de sus siervos. La respuesta de Jesús fue concluyente. No había mal alguno del que nadie pudiera dar testimonio; nadie podía acusarle de pecado.

El relato de Juan sobre los acontecimientos ante el Sumo Sacerdote es muy breve. En contraste con esto, nos ofrece un relato más completo de lo que ocurrió ante Pilato

que cualquiera de los demás. Pablo escribe de «Cristo Jesús, quien ante Poncio Pilato hizo la buena confesión» (1 Tim. 6:13), y los detalles de ese buen testimonio salen especialmente a la luz aquí.

Sin embargo, primero se nos muestra la terrible hipocresía de los líderes judíos. Consideraban que entrar en la sala del tribunal los habría contaminado. Sin embargo, no tenían ningún escrúpulo a la hora de dedicarse al asesinato y de buscar mentirosos para dar una apariencia de decencia a su acción. ¡Ay! ¡Ay! Hasta qué extremos puede llegar la carne religiosa. Pilato deseaba, con razón, una acusación concreta, pero, al no tener ninguna que presentar, intentaron, en primer lugar, precipitar a Pilato a dictar un veredicto basándose en el argumento general de que él era un malhechor. Denunciar con argumentos generales, evitando cualquier cargo específico, es una artimaña habitual del perseguidor religioso. Esta irregularidad hizo que Pilato quisiera devolverles el caso. Su respuesta demostró que estaban decididos a que muriera, pero condujo al cumplimiento de las propias predicciones del Señor sobre la muerte que debía sufrir (vean Juan 3:14; 8:28; 12:32). Sin embargo, finalmente se decidieron por el cargo de que pretendía proclamarse rey. La pregunta del Señor en el versículo 34 da a entender esto; y queda claramente de manifiesto en el capítulo siguiente, versículo 12.

La «buena confesión» ante Pilato abarcaba al menos 4 puntos importantes. En primer lugar, el Señor confesó con valentía que *era* un rey. El contexto muestra que, al decir esto, no se refería meramente al hecho de que era el verdadero Hijo de David según la carne, sino a que ocupaba el lugar de Hijo de Dios, tal y como predijo el Salmo 2.

Pero, en segundo lugar, afirmó que su reino no era ni «*de este mundo*», ni «*de aquí*» (v. 36). No tiene el carácter ni el sello de este mundo, ni deriva su autoridad y poder de este lugar. Su reino, por supuesto, deriva toda su autoridad y poder del Cielo, y tiene carácter celestial; pero en lugar de afirmarlo de manera positiva, planteó la cuestión desde una perspectiva negativa que, tácitamente, suponía una sentencia de condena y repudio hacia este mundo y este lugar. Fue una declaración audaz en presencia del hombre que representaba el mayor poder terrenal existente.

En tercer lugar, afirmó que había nacido para reinar, en la medida en que vino al mundo como *el Testigo de la verdad*. Aquel que trae la luz de la verdad es el único apto para ostentar el poder real, tal y como afirmó David en 2 Samuel 23:3. Comenzamos este Evangelio con el hecho de que la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo, pero en ese momento de crisis la gracia había sido rechazada y

la verdad era el tema en cuestión. Afuera se encontraban los hombres que encarnaban la mentira y la hipocresía. Pilato ostentaba la autoridad judicial y, por lo tanto, era responsable de discernir la verdad y juzgar en consecuencia, pero su pregunta: «¿Qué es la verdad?» (v. 38), fue pronunciada evidentemente en un tono de escepticismo frívolo y demostró cómo, en su mente, el juicio estaba separado de la justicia. Como juez romano, conocía demasiado bien a los hombres y sus engaños, y sentía que buscar la verdad era perseguir un espejismo. Pero esto no excusaba su necedad, manifestada al dar la espalda a Cristo y salir a reunirse con los judíos mentirosos nada más haber formulado su pregunta.

En cuarto lugar, afirmó no ser meramente el Testigo de la verdad, sino *la encarnación misma de la verdad*. En el discurso de despedida había dicho a sus discípulos: «Yo soy... la verdad» (14:6); ahora, ante sus adversarios, lo mismo queda implícito en las notables palabras: «Todo aquel que es de la verdad oye mi voz» (v. 37). Él es la verdad de una manera tan absoluta que constituye la prueba para todo hombre. Aquellos de quienes se puede decir: «De su propia voluntad él nos engendró con la palabra de verdad» (Sant. 1:18), son «de la verdad», y estos oyen su voz. Es notable la frecuencia con la que en este Evangelio se nos llama la atención sobre el hecho de escuchar su voz o escuchar su palabra (vean, Juan 3:34; 4:42; 5:24-25, 28; 6:68; 7:17; 8:43; 10:4, 16, 27; 12:48-50). Para nosotros, todo depende de ello, tal y como ponen de manifiesto estos pasajes, y (por utilizar una ilustración moderna) debemos sintonizar en la frecuencia adecuada para poder oír. Nada, salvo haber sido engendrados por Dios con la Palabra de verdad, puede ponernos en la frecuencia adecuada.

Pilato no tenía un oído verdadero para Su voz, como demostraban claramente sus palabras y sus actos. Se alejó de la presencia de la Verdad para volver a establecer contacto con el mundo de la irrealidad; sin embargo, tenía suficiente sentido judicial para percibir lo falso que era el caso contra el Señor y para declararlo inocente. Su intento, no obstante, de desviar a los acusadores mediante la costumbre de la Pascua fracasó, aunque se desestimó para poner de manifiesto, de la forma más clara posible, su hostilidad implacable.

Bastaron 6 palabras para expresar su rechazo absoluto al Señor: «No a este, sino a Barrabás» (v. 40), y fueron totalmente unánimes, pues este fue el grito de *todos*. El comentario del evangelista sobre este grito es igualmente conciso y también se resume en 5 palabras: «Y Barrabás era un malhechor». Sin exagerar, podemos calificar este grito como el más fatídico de toda la historia. Ha determinado el curso del mundo durante casi 2.000 años y, en última instancia, sellará su perdición; más concretamente, podríamos decir que ha determinado el triste curso de la historia judía.

¡Cuántas cosas han tenido que soportar a manos de los saqueadores a lo largo de los siglos! Pero si claman e incluso desean quejarse contra Dios, basta con remitirles a esta exigencia unánime de sus líderes. Rechazaron a Aquel que era la encarnación de la gracia y la verdad. Exigieron a Barrabás, el ladrón. Por cierto, también era un revolucionario y un asesino, como muestran otros Evangelios. El robo, la revolución y el asesinato han sido su suerte con creces, a lo largo de los siglos.

El hecho es que, en el santo gobierno de Dios, simplemente han cosechado lo que han sembrado. Y lo mismo ha ocurrido con el mundo gentil en general, aunque quizá a una escala no tan intensa. Aun así, una y otra vez a lo largo de los años han surgido hombres de personalidad llamativa en los que ha reaparecido el espíritu de Barrabás. En este momento, la tierra gime bajo este mismo peso. Al contemplar los sufrimientos de muchos pueblos, debemos recordarnos a nosotros mismos: «Barrabás era un malhechor».

19 - Juan 19

En el primer versículo de este capítulo hay que fijarse en la palabra «tomó entonces». Pilato ya había pronunciado el veredicto de “inocente” (vean v. 38) respecto a Jesús, pero *porque* los judíos clamaban por Barrabás y rechazaban al Señor, lo tomó y lo azotó. Todo intento de mostrar una justicia humana ordinaria se echó por la borda; se ultrajaron todas las normas de decencia pública. Siguiendo el ejemplo de la actuación del juez, los soldados hicieron lo propio a su manera brusca. Sin embargo, la mano de Dios se cernía incluso sobre Pilato, hasta tal punto que, por segunda y tercera vez, se vio obligado a pronunciar el veredicto de “inocente” respecto al Señor. Este fue un pronunciamiento mucho más rotundo que si simplemente hubiera declarado que no era culpable de los delitos concretos que se le imputaban. Intentó hacer recaer la responsabilidad de la sentencia de muerte sobre los judíos. Estos, sin embargo, la rechazaron, al tiempo que declaraban que su afirmación de ser el Hijo de Dios exigía la muerte según su Ley.

Decían que debía morir porque había dicho que era *el Hijo de Dios*, mientras exigían que Pilato lo condenara porque había dicho que era *el Rey de Israel*. Al principio del Evangelio oímos a Natanael reconocerlo de esa doble manera, tal y como, gracias a Dios, nosotros lo reconocemos hoy. Pero por esos 2 motivos fue condenado.

La observación del evangelista en el versículo 8 arroja mucha luz sobre la situa-

ción en lo que a Pilato se refiere. La historia secular nos informa de que se había enemistado gravemente con los judíos en los primeros años de su mandato como gobernador y, por lo tanto, temía irritarlos aún más. Sin embargo, estaba convencido de la inocencia del Prisionero, cuyo porte sereno le inquietaba aún más. La acusación relativa al «Hijo de Dios» suscitaba temores que probablemente eran supersticiosos, pero no por ello menos intensos, y que le llevaron a preguntar: «¿De dónde eres tú?» (v. 7, 9).

Si esta pregunta hubiera surgido de un auténtico ejercicio espiritual, el Señor sin duda habría respondido, como lo hizo a los 2 discípulos cuando le preguntaron: «¿Dónde moras?» (1:38), en el primer capítulo de este Evangelio. Como, en cambio, fue motivada por la superstición y el miedo, el Señor no dio respuesta. Esto llevó a Pilato a la amenazante afirmación del poder sobre la vida y la muerte que ostentaba bajo el mandato de César. La respuesta del Señor a esto, evidentemente, aumentó sus temores, pues he aquí que el Prisionero asumió con calma la posición judicial y, con aire de definitividad, le señaló un Poder superior al de César como la verdadera Fuente de cualquier autoridad transitoria que él poseyera, y también dictaminó sobre el grado de culpa que recaía sobre él mismo y sobre los líderes judíos, respectivamente. La animadversión desesperada residía en los judíos y él no era más que su instrumento. Aun así, aunque menos culpable que ellos, era sin duda un hombre culpable. Era una situación devastadora para Pilato, quien, sin saberlo, se encontraba en presencia del Verbo hecho carne. ¿Cuál era, pues, la respuesta a la pregunta sin respuesta de Pilato? Sin duda, que Jesús mismo era «de arriba», procedente de la Fuente de la autoridad de Pilato.

Este episodio aumentó enormemente el deseo de Pilato de liberar a Jesús, pero los astutos judíos sabían cómo ejercer una presión decisiva. En vista de la tensión que ya existía entre él y los judíos, no pudo sino considerar su grito, registrado en el versículo 12, como una amenaza directa de denunciarlo ante el César si dejaba en libertad a Jesús. Los propios líderes judíos «amaban más la gloria de los hombres que la gloria de Dios» ([Juan 12:43](#)); Pilato tenía mucho más en cuenta la gloria del César que el juicio conforme a la verdad y la justicia.

Sin embargo, hizo un último intento. En [Juan 18:31](#), le vimos hacer una sugerencia calculada para apelar a su orgullo nacional; de nuevo, en el versículo 39, formuló una pregunta, apelando a su costumbre. Ahora, en nuestro capítulo, versículos 13 y 14, apela a sus sentimientos. Todo ello, sin embargo, fue en vano en lo que respecta a su deseo de desentenderse de la responsabilidad de pronunciar sentencia contra el Señor. Todo estaba dispuesto para que la culpa de los judíos, y más especialmente de

los Sumos Sacerdotes, quedara proclamada de la manera más clara por sus propios labios. Coronan su grito: «¡No a este, sino a Barrabás!», con la afirmación: «No tenemos más rey que César» (v. 15).

La profecía de Oseas había sido: «Porque muchos días estarán los hijos de Israel sin rey, sin príncipe...» ([Oseas 3:4](#)). Las 2 tribus habían tenido reyes de la estirpe designada por Dios, y las 10 tribus, príncipes de su propia elección. Oseas declaró que pronto no tendrían ni lo uno ni lo otro. Pero, como si eso no fuera suficiente para estos hombres malvados, ahora aceptaban deliberadamente el despotismo de los gentiles. Recurrieron a César, y bajo el yugo de hierro de una sucesión de déspotas, Dios ha considerado oportuno abandonarlos. Durante 20 siglos, los 2 nombres, Barrabás y César, podrían servir para resumir su historia de miseria. El espíritu anárquico e insurreccional de la humanidad había encontrado su máxima expresión en Barrabás; el orden impuesto por una autocracia poderosa se manifestaba en César. Durante 20 siglos los judíos han sufrido; unas veces a causa de la crueldad organizada de las autoridades, otras a causa de la chusma desorganizada –aplastados, por así decirlo, entre esta piedra de molino superior y esta inferior. Aún les queda por sufrir bajo las últimas formas de César y Barrabás, que resultarán peores que las primeras.

Cuando Pilato sacó a Jesús para que presentara su última súplica, se sentó en el tribunal del Pavimento, lo que indicaba que estaba a punto de pronunciar sentencia en el caso. Juan hace aquí una pausa para darnos la indicación temporal, que se recoge en el versículo 14. El hecho de que exista una aparente contradicción entre esta y la que se da tan claramente en [Marcos 15:25](#), ha dado lugar a mucha discusión y controversia. No podemos sino preguntarnos: si fue crucificado a la tercera hora, ¿cómo es posible que se diga que Pilato dictó su sentencia hacia la sexta hora? La solución parece ser que nuestro evangelista, al tratar lo que ocurrió ante el juez romano, utiliza el cómputo romano, que era similar al nuestro, mientras que Marcos calcula según la costumbre judía. Si es así, todo queda claro. Eran las 6 de la mañana cuando el interrogatorio de Pilato llegaba a su fin, y las 9 de la mañana cuando Jesús fue crucificado. La «preparación de la Pascua» (v. 14) consistía en las 24 horas que comenzaban a las 6 de la tarde del día anterior. En esas 24 horas se concentraron los acontecimientos más trascendentales del tiempo, o más bien de la eternidad.

En nuestro Evangelio no se dice nada sobre las burlas posteriores de los soldados romanos, cuando fue entregado a ellos, pues no eran más que las acciones groseras de paganos y quedaban en la superficie. Lo que se nos dice en el versículo 16 es que Pilato lo entregó «a ellos», es decir, a los Sumos Sacerdotes y oficiales, de los que

se había hablado en el versículo 6. Ellos eran sus perseguidores y acusadores. La animadversión provenía de ellos. Eran ellos quienes odiaban tanto a él como a su Padre. Pilato lo entregó en sus manos para que pudieran cometer su mayor pecado al entregarlo a los verdugos gentiles.

Como muestran los otros Evangelios, el Señor había utilizado expresiones como “tomar su cruz” y “llevar su cruz” como figura retórica del hecho de que su discípulo debía estar preparado para someterse a la sentencia de muerte del mundo. Aquí se aprecia toda la fuerza de esa figura, pues, «Llevando la cruz, salió al [lugar] llamado de la Calavera» (v. 17). El lugar recibió su nombre por la peculiar configuración de la roca, ¡pero eso no le resta importancia! Una calavera evoca el humillante final de todo el poder y la gloria del hombre. En algún hombre vivo pudo haber albergado en su día un cerebro tan brillante y poderoso como jamás haya existido; ¡y ha llegado a esto! El Hijo de Dios aceptó la sentencia de muerte como si procediera de manos humanas, y fue a un lugar que representaba simbólicamente el fin de toda la gloria del hombre para soportarla.

Además, aceptó la muerte de manos de los hombres en su forma más vergonzosa. La crucifixión era, por excelencia, una muerte de repudio y vergüenza. Como invento romano, expresaba el altivo desprecio con el que ejecutaban a los bárbaros conquistados, clavándolos como si fueran alimañas. A tal muerte fue entregado Jesús por los líderes de los judíos. Juan nos ofrece tan solo la descripción más breve y sencilla de ese hecho tremendo. El Señor de gloria fue crucificado. Ese hecho no necesita adorno alguno.

Pero cuando esto se cumplió, Pilato intervino, escribiendo un letrero y colocándolo en la cruz. Parece ser que ninguno de los evangelistas cita cada palabra del letrero, aunque Juan es el que más se acerca a hacerlo. Al parecer, el texto completo era: «Este es Jesús de Nazaret, el Rey de los judíos». En lo que respecta a los judíos, este acto de Pilato fue sin duda provocador, y estaba destinado a serlo. Le habían obligado a condenar a Jesús y él se vengó con la declaración pública de que el odiado Jesús de Nazaret era el Rey de los judíos. Esto era lo último que deseaban admitir, de ahí su protesta. Pero Pilato se mantuvo inflexible. Se negó a cambiar ni una jota ni una tilde, y su seca respuesta: «Lo que he escrito, he escrito» (v. 22), se ha convertido casi en un proverbio.

En todo esto podemos ver la mano de Dios. El Verbo se había hecho carne y había habitado entre nosotros. Dios había amado tanto al mundo que dio a su Hijo único. Era conocido entre los hombres como Jesús de Nazaret –un título despectivo. Cuan-

do entró en Jerusalén una semana antes, hubo cierto testimonio de su gloria, y de no haberlo habido, las piedras habrían clamado de inmediato, según nos cuenta Lucas. Pero aquí, en efecto, no había testimonio humano, por lo que un trozo de madera, inscrito de puño y letra de Pilato, o por orden suya, proclamaba que el despreciado Jesús de Nazaret era, en verdad, el Rey de los judíos. Es notable cómo nuestro Señor mismo adoptó ese título de vergüenza y lo entrelazó como una corona para su frente cuando resucitó y fue glorificado. Es un hecho asombroso que ***Jesús de Nazaret está en el cielo*** (vean [Hec. 22:8](#)).

El título estaba escrito en las 3 lenguas predominantes de aquella época: el hebreo, lengua en la que se había revelado la Ley de Moisés, la lengua de la religión; el griego, lengua de la cultura pagana; y el latín, lengua del imperialismo pagano. De esta manera representativa, el mundo entero se vio involucrado en su muerte.

En el versículo 23, los soldados romanos aparecen como los instrumentos de su muerte, y también como los que cumplen profecías que llevaban unos 1.000 años en las Escrituras y de las que ellos no sabían nada. En el [Salmo 22](#), David había predicho el reparto de sus vestiduras entre ellos y el echamiento de su túnica a suertes. Estas 2 cosas las hicieron los 4 soldados, y Juan deja constancia de las circunstancias que llevaron a un cumplimiento tan exacto. Su túnica era de una sola pieza, tejida de arriba abajo sin costuras. Cosas que a nosotros nos pueden parecer bastante triviales conducen al cumplimiento de la Palabra de Dios.

No podemos evitar pensar, sin embargo, que este detalle se menciona porque tiene un valor simbólico. Todo lo relativo a nuestro Señor, tanto en lo que respecta a su Persona como a su obra, era de una sola pieza, tejido de principio a fin sin costuras. Con el hombre en su condición caída ocurre lo contrario. El símbolo adecuado para el hombre y su obra es el delantal de hojas de higuera al que Adán y su mujer recurrieron tras su pecado. Cosieron hojas de higuera unas con otras, y cualquiera que conozca la forma de la hoja de higuera se dará cuenta de cuántas costuras debió de haber. Todo era un mosaico de tipo elaborado. *El suyo* era el *delantal de retazos*; el del Señor era la *túnica sin costuras*.

Con esta túnica se presentó Jesús ante los hombres, símbolo de su perfección, y no debía rasgarse. Es notable que Juan solo hable de esta túnica, indicándonos que estaba tejida «*desde arriba*», pues, a diferencia de los otros Evangelios, omite cualquier mención a la cortina del templo que se «*rasgó en dos, de arriba hasta abajo*» ([Mat. 27:51](#); [Marcos 15:38](#)). Todo en el Señor daba testimonio de que procedía de lo alto y estaba por encima de todo. Y el golpe que, en la hora de su muerte, apartó el

antiguo orden de las cosas también vino de arriba.

Los versículos 25-27 resultan especialmente llamativos al aparecer en este Evangelio, escrito precisamente para declarar su gloria divina, a fin de que creyéramos que él es el Cristo, el Hijo de Dios. Al contemplarlo así, podríamos haber supuesto que se pasarían por alto cosas tan mundanas como las relaciones humanas. Pero es justo lo contrario. A lo largo de todo el Evangelio hemos observado cómo se destaca la realidad de su humanidad. Toda perfección humana alcanzó su máxima expresión en él y, por eso, vemos el afecto propio de las relaciones humanas cercanas plenamente manifestado incluso en la hora de su más profundo sufrimiento. Había llegado la hora en que se cumplían las palabras del anciano Simeón a María: «Una espada traspasará tu misma alma» ([Lucas 2:35](#)). La espada de Jehová, según Zacarías, estaba a punto de despertarse contra el verdadero Pastor de Israel, pero una espada de otro tipo también traspasaría el alma de su madre, y el Pastor pensó en ello.

Solo se pronunciaron 9 palabras –5 dirigidas a María y 4 a Juan; pero su significado era claro, y tocaron una fibra de amor que encontró una respuesta inmediata. Jesús encomendó a su madre al discípulo a quien amaba, y quien, consciente de su amor, le correspondía con el mismo amor. Se puede confiar en el amor, especialmente cuando no es mero afecto humano, sino que tiene un origen divino, ya que brota del aprecio por el amor de Jesús.

En el versículo 28 encontramos otro de esos destellos de omnisciencia que caracterizan a este Evangelio. Unos versículos antes vimos a los soldados cumpliendo las Escrituras, aunque sin ser en absoluto conscientes de ello. Ahora vemos al propio Jesús, en aquella hora oscura, abarcando con la mirada todo el campo de la profecía, y bien consciente de que, de todas las predicciones centradas en su muerte, solo quedaba una por cumplirse. En el [Salmo 69](#), David había escrito: «En mi sed me dieron a beber vinagre» (v. 21). Una cosa insignificante en sí misma, pero cada palabra de Dios debe cumplirse a su debido tiempo, y se nos informa de que, en aquella hora de sufrimiento, él fue capaz de elevarse por encima de sus circunstancias y no solo discernir lo único que faltaba, sino también pronunciar palabras que lo hicieron realidad al instante. Ningún simple hombre habría podido hacer ni lo uno ni lo otro.

Lo notable es también que, justo antes de ser crucificado, los soldados le dieron vinagre mezclado con hiel y mirra, pero él no lo aceptó, tal y como se recoge en Mateo y Marcos. Sin duda, esto se debió a que no quería nada que procediera de

ningún artificio humano para aliviar el sufrimiento corporal que ello conllevaba, y también porque en ese momento no sentía *sed*. Las predicciones divinas deben cumplirse con exactitud y precisión.

Juan no hace mención alguna de las 3 horas de oscuridad, ni del abandono con el grito amargo que este provocó, lo cual había sido predicho en el primer versículo del [Salmo 22](#). Esas cosas no ilustraban particularmente la Deidad de Jesús, sobre la cual el Espíritu de Dios le había llevado a poner tanto énfasis. Lo que sí la ilustraba era el grito triunfal con el que concluyó su vida terrenal. El [Salmo 22](#) termina con las palabras: «Él hizo», y el equivalente en el Nuevo Testamento es: «Cumplido está» (en griego *Tetelestai*). Había venido al mundo con pleno conocimiento de todo lo que el Padre le había confiado; ahora lo abandonaba con pleno conocimiento de que se había cumplido; no faltaba nada. El profeta había predicho que Jehová “haría de su alma una ofrenda por el pecado” (vean [Hebr. 10:18](#)), y esto se cumplió. En consecuencia, la fe puede ahora hacer suyo el lenguaje de [Isaías 53:5](#); al igual que el remanente arrepentido de Israel la adoptará en un día venidero.

En esto también nuestro Señor fue único. Ha habido siervos de Dios que, como Pablo, han podido hablar con confianza de haber completado su carrera, pero ninguno se habría atrevido a afirmar que habían dado el toque final a la obra que tenían entre manos; más bien han entregado la obra a quien debía sucederles. Su obra era exclusivamente suya; él la llevó a su perfecta culminación. Él podía evaluar su propia obra y anunciarla como terminada. Todos los demás tienen que someter humildemente su labor al escrutinio y al veredicto divinos en el día venidero.

Tanto Mateo como Marcos nos dicen que, tras clamar a gran voz, Jesús expiró. Parecería que Lucas y Juan nos ofrecen cada uno una parte de esa última expresión. De ser así, debió de ser: «¡Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu!» (vean [Lucas 23:46](#)). La primera parte ayuda a subrayar su divinidad, por lo que Juan la recoge; la segunda destaca su perfecta humanidad, en su dependencia de Dios, por lo que Lucas la recoge. Fiel también al carácter de su Evangelio, Juan narra el acto mismo de su muerte de una manera especial: «Entregó el espíritu» (v. 30). El sabio del Antiguo Testamento nos ha dicho: «No hay hombre que tenga potestad sobre el espíritu para retener el espíritu, ni potestad sobre el día de la muerte» ([Ec. 8:8](#)), pero aquí hay Uno que tenía ese poder. Es capaz, en un momento, de alzar la voz con fuerza intacta, y al momento siguiente de entregar su espíritu, cumpliendo así sus propias palabras registradas en [Juan 10](#). Es cierto que, allí habló de entregar Su «vida» o «alma», diciendo: «Nadie me la quita, sino que la pongo de mí mismo. Tengo poder para darla y tengo poder para volverla a tomar» (v. 18). Pero ambas

afirmaciones concuerdan plenamente, pues todos sabemos que cuando el espíritu humano abandona el cuerpo, la vida de un hombre en la tierra cesa. Cuando Dios llama a su espíritu, debe irse. He aquí a Alguien que tiene pleno dominio sobre su espíritu; lo entregó a su Padre y, de este modo, entregó su vida.

Que, tras entregarla, la recuperó en la resurrección, lo vemos en el capítulo siguiente: el resto de nuestro capítulo está repleto de las diversas actividades de los hombres, algunos de ellos sus enemigos y otros sus amigos, pero todos colaborando para que se cumpliera el consejo determinado de Dios, tal y como él había anunciado en su Palabra.

Los primeros en aparecer fueron los judíos, los hombres que eran sus enemigos más implacables. Eran muy estrictos en cuanto al aspecto ceremonial de las cosas y, al ser el sábado de Pascua un día festivo, tenía una santidad especial a sus ojos. No podían entrar en la sala del tribunal para no contaminarse, como vimos en el capítulo anterior. Ahora vemos que la idea de que los cadáveres de hombres a los que consideraban malhechores permanecieran expuestos a la vista de los hombres y del Cielo durante ese día resultaba abominable para sus almas ritualistas. Tenían razón, por supuesto, pues así se había ordenado en [Deuteronomio 21:23](#), pero ese era el tipo de disposición que les encantaba observar, mientras pasaban por alto asuntos de mayor importancia. Así, de ellos surgió la petición de que se acelerara la muerte rompiéndole las piernas, de modo que, indirectamente, desempeñaron su papel en el cumplimiento de otra de las muchas profecías que se centraban en aquel gran día en que Jesús murió.

Podríamos haber supuesto que la vida del Señor se habría prolongado mucho más que la de los demás, pero, de hecho, ocurrió lo contrario, precisamente porque él entregó deliberadamente su vida. Si no lo hubiera hecho, el acto del hombre al crucificarlo no habría tenido poder alguno contra él. Es significativo también que Juan no designe a los 2 hombres como malhechores; eran «otros dos» (v. 18). No hacía falta mencionar su carácter particularmente maligno para acentuar el contraste. La grandeza del Hijo Divino es tal que basta con decir que eran otros 2 hombres.

La orden de Pilato a los soldados, a instancias de los judíos, tuvo 2 efectos. En primer lugar, mientras a los otros 2 se les quebraron las piernas para acelerar su muerte, a nuestro Señor no se le quebró ni un hueso, cumpliéndose así la Escritura. La referencia debe ser al [Salmo 34:20](#), y a las instrucciones dadas respecto al cordero pascual en [Éxodo 12](#), y repetidas en [Números 9](#). Esto es digno de mención, ya que muestra hasta qué punto el Espíritu de Dios identifica al cordero típico con su antitipo, en

la medida en que lo que se dice del tipo se considera aplicable al antitipo. Con esto concuerdan las palabras de Pablo en **1 Corintios 5**, cuando dice: «Nuestra Pascua, Cristo, ha sido sacrificada» (v. 7).

En segundo lugar, se produjo el acto gratuito y vengativo del soldado con la lanza. Al ver que Jesús estaba muerto y que, por lo tanto, ya no tenía autoridad para quebrarle los huesos, le atravesó el costado con la lanza. Lo hizo sin comprender en lo más mínimo el significado de su acto. Sin embargo, una vez más, se cumplió lo que estaba previsto en el consejo divino y una Escritura encontró su cumplimiento. El profeta Zacarías había declarado que, al fin, el espíritu de gracia y de súplicas se derramaría sobre la casa de David y los habitantes de Jerusalén, «y mirarán a mí, a quien traspasaron» (**Zac. 12:10**). Fijense aquí en cómo el acto del oficial subordinado se trata como el acto de aquellos cuya determinación y voluntad estaban en la raíz de todo lo que sucedió. El soldado romano no fue más que el instrumento de esta maldad, y en el día venidero el remanente arrepentido de Israel lo reconocerá como el acto de su nación. ¿Acaso no reconocemos incluso hoy que aquella estocada de lanza fue la terrible expresión del odio del hombre y de su despreciativo rechazo al Hijo de Dios?

Pero el evangelista centra especialmente nuestra atención en el resultado de ese acto desenfrenado: «En el acto salió sangre y agua» (V. 34). Cuando, en el versículo 35, afirma solemnemente la veracidad de su relato, para que brote la fe en el lector, se refiere precisamente a esto. En primer lugar, este traspaso de su costado demostró públicamente que la muerte se había producido realmente. En segundo lugar, por ello su sangre fue derramada de hecho, y basta con recordar que «sin derramamiento de sangre no hay perdón» (**Hebr. 9:22**), para darnos cuenta de la importancia de ese hecho. En tercer lugar, sabemos qué resultados llenos de gracia y bendición nos llegan a cada uno de nosotros individualmente cuando nuestra fe se extiende y descansa en el Cristo que murió y en la sangre que de él se derramó. Por eso no nos sorprende la firme afirmación de Juan sobre la verdad de su testimonio.

Pero de allí salió agua además de sangre, y hacemos bien en estudiar el significado de ello, pues Juan insistirá en ello en **1 Juan 5**, donde leemos que Jesucristo vino «mediante agua y sangre», y se subraya que fue «no solo con el agua, sino con el agua y con la sangre» (v. 6). Si la sangre habla de expiación judicial, el agua habla de purificación moral, y ambas son absolutamente esenciales y solo se encuentran en la muerte de Cristo. Siempre existe una tendencia a separar ambas. Cuando Juan escribió, la tendencia era hacer hincapié en el agua e ignorar o menospreciar la sangre, y esta tendencia sigue siendo muy patente, pues hay muchos a quienes les

gusta pensar que su muerte tiene un efecto moral sobre nosotros, mientras que les desagrada la idea de que la muerte pague el salario del pecado y, por tanto, efectúe la expiación. Por supuesto, es muy posible encontrar el extremo opuesto en aquellos que no reconocen más que la sangre derramada por nuestros pecados y, por lo tanto, pasan por alto la necesidad de esa purificación moral de cuya base esencial es precisamente la muerte de Cristo.

También es notable que en el Evangelio tengamos el relato de Juan sobre este hecho, mientras que en su Epístola tanto el agua como la sangre se consideran testigos, junto con el Espíritu. Dan testimonio «de que Dios nos ha dado vida eterna, y esta vida está en su Hijo» (v. 11). De Cristo muerto brotaron sangre y agua. El Espíritu ha sido derramado desde Cristo resucitado y glorificado. Juntos dan testimonio de que, aunque no hay vida en nosotros, tenemos vida eterna en el Hijo de Dios.

José de Arimatea aparece ahora en el momento preciso en que puede cumplir el propósito de Dios. Se le menciona en cada uno de los Evangelios, y cada uno nos proporciona algún detalle especial sobre él. Mateo nos dice que era rico y discípulo. Marcos lo llama un consejero honorable que esperaba el reino de Dios. Lucas dice que era un hombre bueno y justo, y que no había consentido en el consejo ni en la acción de la gran mayoría del Sanedrín de condenar a muerte a Jesús. Juan admite que era discípulo, pero en secreto por temor a los judíos. Así pues, al parecer, se había encontrado en una posición similar a la de los fariseos, a quienes se menciona en [Juan 12:42-43](#). Sin embargo, por maravilloso que parezca, en esa hora más oscura, cuando todo parecía irremediablemente perdido (como lo atestigua la actitud de los 2 discípulos que se dirigían a Emaús, [Lucas 24](#)), José encontró el valor y acudió a Pilato con la petición de que le entregaran el cuerpo de Jesús. Es Marcos quien nos cuenta que se presentó ante Pilato. Isaías había declarado que él estaría con los ricos «en su muerte» ([Is. 53:9](#)), aunque se le había asignado una tumba junto a los impíos. A los judíos nada les habría complacido más que verlo arrojado bajo un montón de piedras junto a los cadáveres de los malhechores. Pero Dios cumplió su propia Palabra, en primer lugar, a través de la repentina audacia de José, y luego a través de la disposición de Pilato a frustrar los planes de los judíos debido a su irritación hacia ellos. Dios tiene dominio sobre todo y todas las cosas sirven a su poder.

En este punto vuelve a aparecer Nicodemo. Aunque no se le menciona en ningún otro lugar, se le menciona 3 veces en nuestro Evangelio. Lo vemos primero como alguien que busca la verdad, pero que necesita ser humillado y bajado de su elevada posición como fariseo, maestro y gobernante en Israel. Debe nacer de nuevo. Al final

del capítulo 7 lo encontramos planteando una suave objeción a los malos consejos y acciones del Sanedrín (v. 50-51), defendiendo lo que es justo y siendo rechazado por su protesta. Ahora lo vemos dar un paso más allá. Se identificó con Jesús en su muerte de forma más definitiva de lo que jamás lo había hecho durante su vida. Él también debía de ser rico, a juzgar por la cantidad de especias que trajo. La crisis, que había paralizado a los hombres que se habían identificado valientemente con el Señor durante su vida y su ministerio, había animado a estos hombres tímidos y cautelosos –que hasta entonces habían permanecido en segundo plano, sin ser reconocidos– a actuar con audacia. ¡Verdaderamente, la Omnipotencia tiene siervos por todas partes!

Queda otro punto al final del capítulo. Muy cerca del lugar de la crucifixión había un huerto y una tumba excavada en la roca. Solo Mateo nos dice que era la propia tumba de José; también afirma que era nueva; tanto Lucas como Juan son más enfáticos en este punto, al afirmar que nadie había sido depositado allí antes. Se había predicho a través del salmista que Jehová no permitiría que su «Santo viera corrupción» (vean [Hec. 2:27](#)). Todos sabemos que esto significaba que el cuerpo santo y sagrado de Jesús, aunque sometido a la muerte, no se vio afectado en lo más mínimo por el proceso de desintegración y corrupción. Pero también significaba que su cuerpo ni siquiera entraría en contacto con ella externamente. Cuando Dios cumple su Palabra, lo hace con minuciosidad y plenitud.

Así, como hemos insinuado, cuando el Hijo Divino sufrió, la mano de la Omnipotencia cubrió a todos los hombres y todas las cosas, para que todo lo que él había declarado a través de los hombres santos de antaño pudiera cumplirse. El consejo del Señor permanecerá.

20 - Juan 20

En nuestro Evangelio, María Magdalena solo aparece en relación con las escenas finales. Ella fue de las últimas en permanecer junto a la cruz y de las primeras en llegar al sepulcro el día de la resurrección. No es fácil conciliar los relatos de los 4 evangelistas para desentrañar la secuencia histórica de los acontecimientos, pero casi parecería que, tras haber acudido con otras mujeres muy temprano por la mañana, se alejó corriendo por su cuenta para informar a Pedro y a Juan de que el sepulcro estaba abierto y vacío, y luego regresó a sus inmediateces.

Aquí no se menciona en absoluto a las demás mujeres. Nuestros pensamientos se centran en ella, para llevarnos a la enseñanza espiritual transmitida a través de sus acciones y por medio de sus labios.

Que el Señor era el Objeto supremo y que lo absorbía todo ante ella resulta bastante evidente por sus palabras a los apóstoles, tal y como se recoge en el versículo 2. Su elección de los 2 a quienes acudió es notable, pues Pedro había pecado gravemente justo antes. Aun así, él amaba al Señor, como se recoge en el capítulo siguiente, y Juan era el discípulo a quien Jesús amaba. Por su parte, el amor quizá se hubiera visto algo eclipsado por el momento, pero estaba ahí, y María, en quien ardía con intensidad, lo sabía.

Además, quedó patente por la forma en que respondieron al anuncio que traía María. Eso puso en movimiento sus corazones y sus pies. Corrieron con gran prisa y Juan adelantó a Pedro. La explicación natural era, sin duda, que él era el más joven; pero también había una explicación espiritual. Juan estaba más profundamente impresionado por el amor del Señor hacia él, como demostró por la forma en que hablaba de sí mismo, mientras que Pedro se encontraba bajo la sombra de haber confiado en su propio amor por el Señor, el cual, al ser puesto a prueba, se derrumbó de una manera tan escandalosa y pública. El que se siente más atraído por el amor de Cristo, corre más rápido. Era un caso de: «Atráeme, en pos de ti correremos» ([Cant. 1:4](#)).

Aun así, Pedro, a pesar de su vergonzoso fracaso, corrió y, al llegar al sepulcro, fue el más decidido de los 2 y entró directamente. Esto llevó a Juan a unirse a él y, de este modo, hubo 2 testigos del hecho de que las sábanas de lino con las que se había envuelto el cuerpo sagrado no yacían desordenadas, sino más bien de tal manera que sugerían que, lejos de que el cuerpo hubiera sido retirado por otros, Jesús había resucitado de entre los muertos en tal estado que las sábanas funerarias permanecían totalmente intactas. El versículo 19 de nuestro capítulo muestra que, en su cuerpo resucitado, las puertas cerradas no eran un impedimento para nuestro Señor, por lo que, sin duda, los sudarios quedaron igualmente tal y como estaban.

En el versículo 8, Juan habla por sí mismo: creía, aunque solo fuera aceptando la evidencia de sus propios ojos. No se menciona a Pedro, pues la fe, aunque pueda estar presente, no está activa cuando el alma se encuentra bajo la oscura nube del fracaso y el pecado, y aún no ha sido restaurada. Pero, aunque Juan creía, su fe era de un tipo poco reflexivo, pues él, al igual que los demás, aún no había sido iluminado por la comprensión de las Escrituras. De haberlo estado, habría sabido

que Cristo debía resucitar de entre los muertos (vean [Hec. 17:3](#)), lo que lo habría explicado todo. Así pues, aunque había fe, también había ignorancia, y esto explica lo que leemos en el versículo 10. El ejemplo dado por Pedro y Juan a primera hora de la mañana del día de la resurrección fue seguido por la tarde por Cleofás y su compañero, tal y como se recoge en [Lucas 24](#).

La conducta de María destaca en marcado contraste con la del resto. Los 2 discípulos se habían marchado a su casa convencidos de que el cuerpo de Jesús no estaba allí. María estaba igualmente convencida, pero salió de su casa para quedarse junto al sepulcro, llorando sumida en una sensación de desolación absoluta. Ellos conocían al Señor como Aquel que los había llamado desde las barcas y las redes. Ella lo conocía como Aquel que la había liberado de las garras de 7 demonios. Había sido una liberación poderosa y ella amaba mucho. Se le aparecieron 2 ángeles y no hay constancia de que ella se hubiera asustado ante su presencia.

Esto es notable, ya que en los demás Evangelios se menciona el miedo en relación con cada aparición. Su caso ilustra claramente cómo un afecto abrumador puede expulsar del corazón cualquier otra emoción. Su respuesta a la pregunta de los ángeles demostró cómo Jesús, a quien ella llamaba: «Señor», acaparaba toda su mente. Respondió como si encontrarse con ángeles fuera algo habitual. Al buscar a su Señor había perdido el rastro, y parece que daba por sentado que ellos estaban tan preocupados por el asunto como ella misma. Pero, evidentemente, todavía no se le había pasado por la cabeza la idea de su resurrección. Solo pensaba en que otros se hubieran llevado su cuerpo. Buscaba a un Cristo muerto.

En ese momento, el Señor resucitado intervino y ella se apartó de los ángeles para encontrarlo allí de pie, aunque no lo reconoció. La misma circunstancia caracterizó Su encuentro con los 2 discípulos que se dirigían a Emaús aquella tarde, y con el resto de los discípulos en el cenáculo aquella noche. Era el mismo Jesús, pero con una diferencia debida a que estaba revestido de un cuerpo resucitado –resucitado, aunque aún no glorificado– por lo que no lo identificaron de inmediato. Ella lo confundió con el jardinero. Él, el Gran Pastor resucitado de entre los muertos, sabía bien que ante él se encontraba una de sus ovejas profundamente dedicada a él, que solo lo buscaba a él y lloraba porque no sabía dónde encontrarlo.

Con la simple mención de su nombre, él se reveló y ella le respondió al instante como a su Maestro. Sin embargo, todo lo que se recoge en los versículos 11-15 muestra que ella buscaba su cuerpo como si estuviera muerto, y por eso su primer pensamiento al encontrarlo vivo fue, sin duda, el de retomar la relación sobre la base anterior, la

que había prevalecido en “los días de su carne”. Esto es lo que explica las primeras palabras que el Señor le dirigió: «No me toques». En vista de la nueva relación que estaba a punto de anunciarle a ella, y a través de ella a los demás discípulos, le mostró de esta manera decisiva que las relaciones no podían reanudarse tal y como eran antes. Su muerte y resurrección lo habían cambiado todo. No era menos hombre de lo que era antes de morir, pero, habiendo dado su vida, la había recuperado en un nuevo estado y condición propios de los cielos a los que estaba a punto de ascender. Por lo tanto, la relación con él debía basarse en nuevos fundamentos.

El Señor añadió a su prohibición las palabras: «Porque todavía no he subido al Padre». De este modo, dio a entender claramente que, cuando hubiera subido a su Padre, María estaría en “contacto” con él. Su ascensión al Padre implicaba el derramamiento del Espíritu Santo sobre los discípulos, como ha quedado ampliamente claro en este Evangelio (vean [Juan 7:39](#); [14:16](#); [15:26](#); [16:13](#)). Cuando, en Pentecostés, María, junto con los demás, fue llena del Espíritu Santo, se encontró en su espíritu llevada a un contacto mucho más íntimo con su Señor resucitado del que jamás había experimentado en los días de su vida terrenal.

Sin duda, los apóstoles tuvieron un privilegio mucho mayor que el nuestro en la forma en que «oyeron», «vieron», «contemplaron» «tocaron la Palabra de vida» (1 [Juan 1:1](#)). Sin embargo, mientras caminaban con él en Palestina, el verdadero significado de lo que observaban les resultaba oscuro. Como nos ha mostrado [Juan 14:17](#), [20](#), solo cuando recibieron la morada del Espíritu *supieron* que estaban en él y él en ellos; su vida era la de ellos y se había establecido una nueva relación. Ahora nosotros también tenemos el Espíritu de Dios, por lo que, aunque la manifestación objetiva no nos haya llegado directamente como lo hizo con los apóstoles, sino solo a través de sus escritos inspirados, la comprensión subjetiva puede ser nuestra en toda su plenitud. Hacemos bien en meditar muy profundamente sobre este asunto.

Hay algo más en este gran versículo. Jesús llama a los discípulos «mis hermanos». Anteriormente se les había designado como «los suyos» ([Juan 13:1](#)), y él los había llamado «mis amigos» ([Juan 15:14](#)), pero ninguno de estos términos indica *una relación* de la misma manera que «mis hermanos». Debemos aprender de esto que él ha establecido la relación como el Resucitado, que ha pasado por la muerte y ha triunfado sobre ella. Esta relación no existe en virtud de su encarnación, sino en el poder de su resurrección. Él realmente tomó parte en «carne y sangre» y se adhirió a «la descendencia de Abraham», con vistas a sufrir la muerte. Habiendo probado la muerte por todos los hombres, y habiendo sido perfeccionado a través de los sufrimientos, se convirtió en el Capitán (o Jefe) de nuestra salvación y, por lo tanto,

como Santificador, reconoce a aquellos a quienes santifica como sus hermanos. Esto nos está presentado en [Hebreos 2:9-16](#). Mediante la encarnación, vino a nuestro lado para que, en su humanidad perfecta e inmaculada, pudiera asumir nuestra causa. Habiéndola asumido, y habiendo obrado nuestra liberación mediante su muerte y resurrección, nos eleva a su lado en identificación con él en la vida resucitada. Así pues, la relación no radica en la encarnación, sino en la resurrección. Este es también un punto de gran importancia que debemos recordar.

El mensaje que María debía transmitir a los demás discípulos les anunciaba su nueva relación con Dios, y no solo en lo que respecta a él mismo. Su Padre es nuestro Padre, Su Dios es nuestro Dios. Él nos sitúa en su propia relación con Dios, pero, por supuesto, de manera subsidiaria. Nuestra relación con Dios surge de la suya y de nuestra relación con él. Él no dijo “nuestro” Padre y Dios, como si él y nosotros estuviéramos al mismo nivel. Debemos tomar buena nota de esto, pues su plena preeminencia debe reconocerse siempre con gratitud. Aunque se refiere a nosotros como «mis hermanos», nunca encontramos en las Escrituras que se hable de él como “nuestro Hermano”, ni siquiera como “nuestro Hermano Mayor”. Tales términos nos llevarían a pensar en él como si hubiera descendido a nuestro nivel, en lugar de que él nos elevara al suyo. Además, oscurecerían su posición preeminente.

En su maravillosa vida terrenal, el Señor Jesús había revelado al Padre, pues el Padre había morado en él, de modo que podía decir: «El que me ha visto, ha visto al Padre». Esto lo vimos al examinar el capítulo 14. También había enseñado a los discípulos a mirar a Dios como su «Padre celestial», en relación con todas sus necesidades y circunstancias en este mundo, tal y como muestran los demás Evangelios, pero aquí sale a la luz una revelación más completa. No perdemos la bendición ni el beneficio de la revelación anterior, al igual que no los perdemos de la revelación de él como el Todopoderoso o como Jehová; pero necesitamos comprender y regocijarnos en el conocimiento de Dios como «el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo» ([Efe. 1:3](#) y [1 Pe. 1:3](#)). Las palabras de nuestro Señor a María fueron el primer indicio de esta relación más plena y elevada, y una vez que salió a la luz, las Epístolas del Nuevo Testamento nos presentan a Dios de esa manera. Él es, en efecto, un «Padre celestial» para nosotros en todas las vicisitudes de esta vida, pero no tratemos esto como si fuera lo único que importa. Nuestra relación adecuada con Dios, como cristianos, se basa en este fundamento más elevado.

María Magdalena –la mujer de corazón amoroso y receptivo– fue la primera en escuchar estas cosas maravillosas, y se convirtió en la mensajera de ellas para todos nosotros. Ella pudo dar testimonio de que había visto al Señor y de que él le había

revelado estas cosas, y a través de ella, a los demás.

Más tarde, ese mismo día, el Señor se apareció a Simón Pedro y a Cleofás y a su compañero, que se dirigían a Emaús, aunque Juan no hace mención alguna de estas manifestaciones. Sin embargo, de los otros Evangelios se desprende claramente que, a medida que avanzaba el día de la resurrección, los discípulos contaban con 2 testigos de su resurrección –María y Pedro– y que su testimonio los reunió en Jerusalén al caer la tarde. Una vez reunidos, Cleofás y su amigo se unieron a ellos, proporcionándoles así un tercer y un cuarto testigo. Entonces, con las puertas cerradas, el propio Jesús se presentó en medio de ellos, identificándose por sus manos y su costado traspasados, y llenando sus corazones de gozo.

Las puertas se habían cerrado por temor a los judíos. Su presencia como resucitado hizo que el gozo se impusiera sobre su temor. Aun así, seguía faltando un elemento, que solo podía suplirse con la llenura del Espíritu de Dios. El día de Pentecostés, el temor fue absorbido por completo, y se llenaron de audacia unida al poder.

El Señor Jesucristo, por necesidad, siempre ocupa el lugar central. Así lo hizo en la muerte, tal y como se recoge en el versículo 18 del capítulo anterior. Aquí lo hace en la resurrección, y de este modo se cumplió su palabra recogida en [Mateo 18:20](#). La tarde del día de la resurrección, los discípulos estaban reunidos en su Nombre, aunque solo creían a medias en los testimonios de su resurrección. Él se presentó en medio de ellos de forma visible. La principal diferencia para nosotros hoy en día es que él ocupa su lugar de forma invisible allí donde los discípulos se reúnen en su Nombre. Cuando se percibe su presencia, el efecto es el mismo que aquí: paz y gozo. La palabra de paz salió de sus labios. El gozo siguió cuando sus ojos corroboraron la evidencia que les habían proporcionado sus oídos.

Lucas nos dice, en [Hechos 1](#), que se mostró vivo «con muchas pruebas convincentes», y entre ellas destacaba el hecho de mostrar a sus discípulos sus manos y su costado traspasados. Estas marcas sagradas lo identificaban sin lugar a duda. Tanto la muerte como la resurrección se habían cumplido, y eran como 2 pilares gemelos sobre los que se asentaba firmemente la paz que él anunciaba. En 2 ocasiones el Señor los saludó con palabras de paz en sus labios, pues sabía perfectamente que, hasta que eso no se hiciera realidad en sus corazones, tendrían poca capacidad para recibir las cosas más profundas que él tenía que transmitirles. Lo mismo ocurre con nosotros hoy en día. Hasta que no disfrutemos de una paz firme con Dios, no podremos hacer ningún progreso espiritual.

Tras anunciar la paz por segunda vez, el Señor resucitado encomendó a sus discípulo-

los una misión con palabras que, aunque muy breves, están llenas de un profundo significado. Cada Evangelio recoge esta misión, aunque con diferencias características. Mateo la narra en términos que llamarían especialmente la atención de un lector judío. Ya no debían hacer discípulos dentro del ámbito muy limitado indicado anteriormente en ese Evangelio ([Mat. 10:5-11](#)), sino de *todas las naciones*, y debían bautizar en el Nombre que se había revelado en Cristo, y no con el bautismo de Juan ni con uno similar a ese. El encargo está redactado de tal manera que se aplica a quienes puedan hacer discípulos después de que la Iglesia haya sido arrebatada. También en Marcos se hace hincapié en el aspecto universal de la predicación y el servicio apostólicos. Lo mismo ocurre en Lucas, donde la plenitud de la gracia parece ser el punto central; gracia que podía comenzar en Jerusalén, el peor lugar, y extenderse a todas las naciones. Sin embargo, los 3 Evangelios sinópticos tienen esto en común: el mandato en cada uno de ellos se refiere a la predicación y el servicio de los apóstoles.

Pero en Juan, tal como concuerda con este Evangelio, se da un matiz más profundo. El Señor Jesús había sido enviado por el Padre, para que en él se diera a conocer el Padre. Como deja tan claro el capítulo 14, él estaba en el Padre en cuanto a su ser, su vida y su naturaleza; y, en consecuencia, el Padre estaba en él, y así se daba a conocer plenamente. Ahora bien, habiendo muerto y resucitado, se dirigía al Padre, pero dejaba en el mundo a discípulos, a quienes ahora enviaba para que estuvieran a su servicio, siguiendo el modelo de la forma en que él había sido enviado para estar al servicio del Padre. Por lo tanto, si queremos comprender su misión, debemos comprender primero la propia misión del Señor como enviado por el Padre.

Es notable cuántas veces en este Evangelio se hace referencia al Señor como Aquel que había sido enviado por el Padre al mundo. Con palabras ligeramente diferentes, esto se menciona más de 40 veces, y podemos ver lo relevante que es para el hecho de que se nos presente como Aquel que era Dios y estaba con Dios. Por lo tanto, no era originario del mundo, como si hubiera surgido de él. Vino de lo alto, y todo lo que era lo trajo consigo. Sus palabras y sus obras eran todas del Padre. Ahora se lleva a cabo algo nuevo, y al instituirlo, el Señor estaba cumpliendo su propia declaración en su oración al Padre (vean [Juan 17:18](#)). Él se marchaba, y ahora ellos iban a ser enviados como si procedieran de él.

Lo que subyacía a este envío era el hecho de que ellos tampoco eran del mundo, tal y como él no lo había sido. Esto también se afirma en [Juan 17](#) (vean el v. 16). Sin embargo, había una diferencia: ellos habían sido originarios del mundo, por lo que, en su caso, había un vínculo que debía romperse y nuevos vínculos que debían

formarse. Esto nos lleva de inmediato a lo que se expone en el versículo 22 de nuestro capítulo.

A las palabras de misión les siguieron palabras de impartición, acompañadas de un gesto singular. Sopló sobre ellos –o, más correctamente, *dentro de ellos*– y dijo: «Recibid el Espíritu Santo», pues en el texto original falta el artículo definido «el». Debemos observar la conexión entre esto y lo que se relata acerca de la creación de Adán en [Génesis 2:7](#). En cuanto a su cuerpo, fue formado del polvo de la tierra, pero la parte espiritual de él cobró vida cuando el Señor Dios sopló en sus fosas nasales el aliento de vida, y así fue como se convirtió en un ser viviente. Ahora bien, nuestro Señor, que es el último Adán, es un espíritu vivificante o dador de vida, como leemos en [1 Corintios 15:45](#), y aquí le vemos infundiendo en sus discípulos su propia vida resucitada.

Pero siendo así, ¿por qué dijo: «Recibid el Espíritu Santo»? Porque su propia vida como Hombre resucitado reside en la energía del Espíritu Santo. Él fue, muerto «en su carne, pero vivificado por el Espíritu» ([1 Pe. 3:18](#)). El día de Pentecostés, tal y como se relata en [Hechos 2](#), los discípulos recibieron efectivamente *el* Espíritu Santo, como una Persona Divina que moraba en sus propios cuerpos, pero aquí tenemos algo preliminar a eso. El mismo día en que Jesús entró en su vida resucitada, vivificada en y por el Espíritu de Dios, la impartió a los suyos.

Debemos relacionar este gran acto tanto con lo que le precede como con lo que le sigue. ¿Cómo podrían ser enviados al mundo, para estar para él tal y como él había sido enviado por el Padre, si no poseían su vida resucitada? La vida natural que tenían procedente de Adán no les daba la capacidad necesaria para tal misión. No tenían *poder* hasta que el Espíritu Santo fue derramado abundantemente en Pentecostés, pero ahora tenían la *vida* y la *naturaleza* que hacían posible la misión. No se menciona esta acción en los otros Evangelios, pero sí leemos en [Lucas 24](#): «Entonces les abrió la mente para que entendieran las Escrituras» (v. 45). Esta apertura de su entendimiento fue, a nuestro juicio, el resultado de la infusión de su vida resucitada.

En nuestro Evangelio, sin embargo, hay 1 aspecto relacionado con ello: les dio la capacidad de ser testigos en el mundo como enviados por Él.

En el Evangelio según Mateo vemos que el Señor, antes de su muerte y resurrección, había indicado que tales poderes debían conferirse a Pedro ([Mat. 16:19](#)) y a los apóstoles en su conjunto ([Mat. 18:18](#)), mirando en cada ocasión hacia el futuro. Aquí el poder se confiere realmente. En primer lugar, sin duda, el poder era apostólico, y vemos a Pedro ejerciéndolo en [Hechos 5:1-11](#), y al Espíritu Santo ratificándolo

de manera inequívoca. Pero en [1 Corintios 5:3-5, 12-13](#), vemos a Pablo ejerciéndolo y exhortando a la iglesia a actuar con él para retener el pecado del malvado. En [2 Corintios 2:4-8](#), lo encontramos exhortando a la Iglesia a revertir la medida, ya que el malvado se había arrepentido. Debían remitir, o perdonar; y el versículo 10 de ese capítulo es muy instructivo al respecto.

En los demás Evangelios, el nombre de Tomás solo aparece en la lista de los apóstoles: todo lo que sabemos de él está recogido en nuestro Evangelio. Esto es significativo. Se le menciona en [Juan 11](#) y [Juan 14](#), y sus palabras en esas ocasiones nos preparan para la luz bajo la que aparece aquí su carácter. Evidentemente, era un hombre de mente sencilla, poco imaginativa y pragmática, con demasiada tendencia al materialismo y, por lo tanto, difícil de convencer de cualquier cosa que se situara fuera del plano de la experiencia humana ordinaria. Ahora nos encontramos muy cerca del versículo que proclama la meta a la que este Evangelio pretende conducirnos, y estamos considerando la última y mayor de las señales que Juan nos ha presentado. De ahí que el caso de Tomás revista un valor especial en este Evangelio.

No estuvo presente la tarde del día de la resurrección y, por lo tanto, cuando escuchó el testimonio de los demás discípulos –que ellos resumieron en 5 palabras de sumo significado: «¡Hemos visto al Señor!», no estaba dispuesto a aceptarlo. Con un espíritu de obstinada duda, declaró que, a menos que tuviera pruebas visibles y tangibles de un tipo indudable, pruebas que identificaran con toda claridad a Aquel que se había aparecido con Aquel que murió en la cruz, no creería. Al cuestionar así el testimonio de los discípulos, en realidad estaba lanzando un desafío a su Señor resucitado, lo cual, de ser aceptado, situaría su resurrección más allá de toda duda en lo que a él respectaba.

El Señor, en su gracia condescendiente, lo aceptó una semana más tarde. De nuevo se les apareció en medio de ellos, aunque las puertas estuvieran cerradas. De nuevo los saludó con las palabras: «Paz a vosotros». Entonces le pidió a Tomás que hiciera exactamente lo que había dicho, para que tuviera no solo la prueba visible, sino también la tangible que deseaba. Y no solo eso, pues también le dio una señal espiritual. Sus palabras a Tomás revelaron que el desafío lanzado cuando él no estaba visiblemente presente era perfectamente conocido por el Señor resucitado. Al final del capítulo 1, tuvimos un incidente similar. Jesús le mostró a Natanael que lo había visto cuando este se creía inadvertido bajo la higuera, y Natanael quedó convencido y lo confesó como el Hijo de Dios y el Rey de Israel.

Eso fue en los días de su vida terrenal y, sin embargo, se reveló como *Aquel que*

todo lo ve. Aquí, los días de su vida terrenal han terminado y ha resucitado, pero se revela como *Aquel que todo lo oye*. El efecto que todo esto tuvo en Tomás fue abrumador. ¡El escéptico obstinado, cuando se convence, se convence de verdad! Hace unos minutos iba muy por detrás de los demás discípulos; ahora, en su confesión extasiada, los supera de un solo salto. Natanael había sido explícito en su confesión desde el principio; Tomás, al final, lo es aún más. ¡De nuevo, solo 5 palabras! Pero qué palabras: «¡Señor mío y Dios mío!» (v. 28)

Quienes niegan la deidad de nuestro Señor han tratado de eludir la fuerza de esto considerándolo una mera exclamación, dirigida a nadie en particular; pero el relato afirma claramente que las palabras se dirigieron al Señor, siendo su forma en el original muy enfática, ya que utilizó el artículo definido 2 veces. El Jesús resucitado era *el* Señor y *el* Dios para él. Y lo que es aún más significativo, el Señor respondió: «Porque me has visto, has *creído*». Sin lugar a duda, pues, él consideró la gozosa exclamación de Tomás como *fe* que se aferraba a la **realidad**. En otras palabras, aceptó la confesión como verdadera. No hay mayor pecado que el de que un simple hombre acepte honores o adulación divinos, como lo atestigua el drástico castigo a Herodes, registrado en [Hechos 12](#). Cuando Juan se postró ante un ángel a punto de adorarlo, la respuesta inmediata fue: «No lo hagas» ([Apoc. 22:9](#)). En lugar de reprender a Tomás, Jesús aprobó su confesión y la calificó de *fe*.

Al reconocerse así la plena Deidad de Jesús, hemos llegado al fin al que este Evangelio está destinado a conducirnos. Por lo tanto, resulta muy apropiado que los versículos 30 y 31 cierren este capítulo. Se nos recuerda que todas las señales milagrosas que se han registrado no son más que una pequeña fracción del todo. Sin embargo, las que están registradas son más que suficientes, y en este Evangelio han sido seleccionadas especialmente para proporcionar una base sólida para la fe en Jesús como el Cristo, el Hijo de Dios, pues es la fe en esto lo que da vida a través de su Nombre.

Obsérvese que la última y concluyente prueba de que Jesús es el Hijo de Dios es que él aceptó que se le atribuyera la divinidad. Podemos decir que, si él es Dios, es el Hijo de Dios; y, a la inversa, que, si es el Hijo de Dios, es Dios. Obsérvese también que su filiación es el punto fundamental del Evangelio que le remonta a las insondables profundidades de la eternidad, y no ofrece detalles sobre el nacimiento virginal. Si realmente abrazamos este Evangelio con fe, no tendremos ninguna duda de que su filiación es eterna, y no algo llegado en el tiempo.

Antes de dejar este capítulo, solo nos queda destacar el significado de las palabras

del Señor en el versículo 29. Hay algo mejor que aceptar pruebas visuales y tangibles, y eso es *creer en la palabra* sin necesidad de tal demostración. Sin duda, Tomás ilustra la forma en que un remanente piadoso de Israel descubrirá la verdad en un día venidero. Se cumplirá la palabra del profeta: «Mirarán a mí, a quien traspasaron» ([Zac. 12:10](#)), y será entonces cuando clamarán: «Dios mío, te hemos conocido» ([Oseas 8:2](#)). La mayor bendición, la de aquellos que creen sin ver, es la porción de todos los que reciben hoy el Evangelio con fe, ya sean judíos o gentiles.

No podemos rendir a Dios ningún tributo que le resulte más grato que el de creer plena y sencillamente en su Palabra, sin pedir ninguna corroboración a través de la vista o el tacto. Así como la luz puede descomponerse en los colores del arcoíris, también el Nombre Divino comprende muchos aspectos de igual valor e importancia; sin embargo, él hace hincapié en la veracidad y fiabilidad de su Palabra: «Has engrandecido tu nombre, y tu Palabra sobre todas las cosas» ([Sal. 138:2](#)). Teniendo en cuenta que, desde el principio, el pecado entró a través de la incredulidad en la Palabra Divina, ¡cuán apropiado es esto! La actual época del Evangelio es, precisamente, el tiempo en que los hombres creen sin ver: «A quien amáis sin haberle visto; en quien aun sin verle creéis y os alegráis con gozo inefable y glorioso; obteniendo el fin de la fe, la salvación de las almas» ([1 Pe. 1:8-9](#)).

Este pasaje nos da una idea de la bienaventuranza especial de la que el Señor habló a Tomás. Puede ser nuestra, y cuanto más ferviente y sencilla sea nuestra fe, más profundamente la experimentaremos. Que cada lector de estas líneas conozca la plena bienaventuranza de esta.

21 - Juan 21

Los versículos finales del capítulo anterior indican que las pruebas aportadas, que demuestran que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, están ahora completas. Por lo tanto, esto se da por sentado en el capítulo final, que recoge los tratos con algunos de sus discípulos que no aparecen en absoluto en los otros Evangelios. Puede considerarse de 2 maneras: en primer lugar, como algo que tiene un significado figurado o típico; en segundo lugar, como una muestra de su trato misericordioso con ellos de cara a su futuro.

El versículo 14 nos da una clave de su significado especial desde el punto de vista típico. Recordemos que, al comienzo de este Evangelio, el evangelista llama nuestra

atención sobre ciertos días, y al principio de [Juan 2](#) hubo una manifestación de la gloria de Jesús el *tercer* día, típica de la era milenaria. Ahora bien, aquí tenemos ante nosotros lo que se señala como la *tercera* manifestación de Jesús como resucitado de entre los muertos, y de nuevo descubrimos que tiene un significado milenario.

La primera manifestación, como vimos en el capítulo anterior, tuvo lugar el mismo día de la resurrección, y todo lo registrado en relación con ella hablaba de la parte que le corresponde a *la Iglesia* en asociación con el Señor resucitado. La segunda, en el mismo capítulo, nos mostró el despertar de la fe en *el remanente de Israel*, cuando por fin contemplan a Aquel a quien traspasaron. Esto quedó reflejado en el caso de Tomás. Ahora llegamos a la tercera, cuando *la mañana milenaria* amanezca y el Señor sea revelado como el Señor de toda circunstancia y el Proveedor de toda necesidad. Los 3 días señalados en [Juan 1](#) y [Juan 2](#) tenían, en cada caso, el mismo significado.

La idea central de este Evangelio ha sido la revelación del Padre en la Persona del Hijo, y el dar fe ante nosotros de que Jesús es, en verdad, el Hijo de Dios, para que no tengamos ninguna duda respecto a la revelación, sino que su luz brille con resplandor imperturbable en nuestras almas. Es, por tanto, muy notable que comience y termine con estos recordatorios figurativos de las distinciones que las dispensaciones, aunque el mensaje central del Evangelio es aquello que permanece eternamente por encima de todas las distinciones de las dispensaciones. Las diferencias de dispensación pueden imponer distintos grados de comprensión a los santos, pero lo que hay que comprender es eternamente lo mismo.

Juan nos ha relatado la caída de Pedro, pero no ha dicho ni una palabra sobre sus amargas lágrimas inmediatamente después, como resultado de la mirada del Señor, ni sobre el encuentro personal con su Señor resucitado en la última parte del día de la resurrección. Al abrir este capítulo, lo encontramos volviendo a su oficio de pescador y llevándose consigo a 6 de los otros discípulos. No era para este tipo de pesca para lo que el Señor lo había llamado originalmente, y parece como si, aunque sabía que el Señor le había perdonado, daba por sentado que su misión de servicio tendría que quedar sin efecto. El Pastor resucitado, sin embargo, estaba a punto de restaurar plenamente su alma y guiar los pasos de todos ellos por los caminos de la justicia.

Su expedición por el lago fue un fracaso. El versículo 3 lo resume como «noche» y «nada». Cuando llegó la mañana, todo se invirtió, pues Jesús estaba allí –la red llena, peces grandes– y no había red rota ni barco que se hundiera, como en [Lucas](#)

5. Tampoco estaba Pedro postrándose para confesarse hombre pecador, aunque su triste caída había sido tan reciente. En cambio, se lanzó al mar para llegar hasta Jesús con toda la rapidez posible. Una vez más vemos cómo destaca cuando se trata de la *acción* del amor, del mismo modo que Juan pone de relieve más claramente el *discernimiento* del amor.

Al llegar a la orilla, los discípulos se encontraron con que alguien se les había adelantado, a pesar de que su captura había sido tan abundante. El Señor tenía fuego, pescado y pan preparados para ellos; toda la provisión era obra suya. Desde un punto de vista típico, podemos ver en ello una figura de los discípulos que salen y, bajo la dirección del Señor, traen una gran cosecha del mar de las naciones, lo que marcará el inicio de la era milenaria. Sin duda, también pretendía ser una lección para Pedro y los demás, mostrándoles que no era necesario que volvieran a su ocupación habitual, aunque estuviera especialmente bendecida por él. Su comida ya estaba preparada por su mano. Los discípulos sabían que era su Señor resucitado, no por lo que veían con sus propios ojos, sino por sus acciones, que eran únicas.

Entonces comenzó el trato especial del Señor con Simón Pedro. Su caída había tenido lugar cuando se calentaba junto al fuego del mundo en compañía de los siervos del Sumo Sacerdote, quien era totalmente hostil hacia su Maestro. Ahora se encuentra junto al fuego que había encendido su Señor, no solo calentado, sino también alimentado por él, y con compañeros tan devotos a su Maestro como él mismo. Pedro había sido puesto a prueba 3 veces y, en cada ocasión, con creciente intensidad, había negado a su Señor. En esta ocasión, el Señor sondea 3 veces la conciencia y el corazón de Pedro, aumentando cada vez la severidad de la prueba.

Podemos apreciar más plenamente los versículos 15-17 si observamos que se utilizan 2 palabras diferentes para «amor» (del griego *agapao*). La primera es una que, según se nos dice, no se utiliza para «amor» fuera del Nuevo Testamento y la Septuaginta: el Espíritu de Dios se apoderó de ella y la consagró para expresar el amor de Dios. La segunda se basa en la palabra que significa “afecto” y denota más bien el amor de los sentimientos o el afecto cálido; o, como se ha dicho, “indica menos perspicacia y más emoción”.

El Señor se dirigió a Pedro no por ese nuevo nombre que le había dado, sino por su antiguo nombre de nacimiento, «Simón, hijo de Jonás», y le preguntó: «¿Me amas más que estos?». Esto es precisamente lo que él mismo había afirmado al decir: «¡Aunque todos se escandalicen, yo no!» (14:29), como nos cuenta Marcos. Debió de ser una pregunta muy dolorosa, pues, a juzgar por su comportamiento, parecía

que le amaba mucho menos. ¿Qué podía decir? Solo esto: «Sí, Señor: tú sabes que te quiero». Utilizó la palabra de menor rango, lo que demostraba que ya había bajado en su propia estima.

Por segunda vez, Jesús formuló la pregunta, utilizando la misma palabra que antes, pero sin establecer ninguna comparación entre Pedro y los demás discípulos. Fue simplemente: «¿Me amas?». Era como si hubiera dicho: “¿De verdad me amas si- quiera?” Esto hurgó en la herida de una manera aún más profunda. Pedro volvió a ser incapaz de aceptar el desafío y se aferró a sus propias palabras: «Tú sabes que te quiero (te tengo cariño)».

La tercera pregunta fue una punzada aún más profunda, pues esta vez Jesús adoptó las propias palabras de Pedro y le preguntó: «¿Me quieres?». De este modo, cuestionó el derecho de Pedro a llegar tan lejos como para afirmar que estaba unido a Él. Esto le hirió en lo más profundo y le sondeó hasta lo más íntimo. Se dio cuenta de que no podía afirmar que amaba, y de que su conducta había desmentido incluso un simple apego amistoso. Por lo tanto, se entregó por completo a su Señor omnisciente, diciendo: «¡Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te quiero!» Esto equivalía prácticamente a reconocer que su unión era de proporciones tan débiles y microscópicas que solo la omnisciencia divina podría percibirla. ¡Pero incluso así estaba ahí! Pedro lo sabía, y sabía que su Señor también lo sabría.

En todo esto, Pedro estaba siendo conducido de la manera más misericordiosa, aunque muy contundente, hacia el juicio de sí mismo; el juicio del estado de ánimo que le había llevado al pecado y al desastre. Una cosa es confesar el pecado cometido y otra muy distinta confesar el estado erróneo que lo provocó. Este es el punto que resulta tan instructivo y saludable para nosotros. La autoestima, junto con su mal gemelo, la confianza en sí mismo, era la raíz del mal, y la restauración plena ante el Señor no se completó hasta que Pedro llegó a este punto. Además, su pecado había tenido lugar con considerable publicidad, y la confianza que los demás discípulos tenían en él debió de verse tristemente sacudida. ¡Cuán misericordioso fue, pues, el Señor al tratar con Pedro para su restauración en presencia de varios de los discípulos!

Y eso no fue todo. Cada afirmación de Pedro de que realmente estaba unido al Señor, a pesar de su cobarde negación, fue seguida de una respuesta que indicaba que se le iba a confiar un servicio muy importante. El Señor utilizó 3 expresiones diferentes, que no quedan del todo claras en nuestra Versión. Fueron: «Apacienta a mis corde- ros», «apacienta mis ovejas» y «Apacienta a mis ovejas». El pastoreo de las ovejas

implicaría velar por que fueran alimentadas, pero iría más allá y abarcaría muchas actividades relacionadas con la supervisión, la guía y la protección.

Es muy evidente que a Pedro se le confió un ministerio pastoral, y la forma en que insta a otros a ejercer un cuidado pastoral similar, en los versículos iniciales de [1 Pedro 5](#), resulta muy llamativa. En ellos advierte contra los mismos abusos de dicho ministerio que se han extendido como una inundación a lo largo de la historia de la Iglesia. Estos abusos alcanzan su máximo desarrollo en la imponente institución religiosa que proclama a su Pontífice romano como sucesor de Pedro; y no son más que el resultado de la naturaleza humana caída, pues sucedieron cosas exactamente similares en Israel, y son denunciadas por el Señor a través de la profecía de Ezequiel (cap. 34). Hoy en día, el “penique de Pedro” (moneda inglesa) significa dinero *extraído del* rebaño para el sustento del supuesto sucesor de Pedro, en lugar de algo *ministrado* al rebaño. ¡Una perversión y una parodia realmente sombrías!

Los pastores subalternos que sirvieron tras la partida de Pedro pronto olvidaron que los corderos y las ovejas pertenecían al Señor. La palabra dirigida a Pedro no fue: “Apacienta *tus* ovejas”, sino «mis ovejas», y eso lo cambia todo. Cabe destacar además que el Señor habló *1 vez* de pastorear y *2 veces* de alimentar. Ahí es donde reside el énfasis. Pastorear implica cierto grado de manejo y dirección con autoridad, y no son pocos los que aman ejercer autoridad, incluso en la Iglesia de Dios. Ser dispensador de alimento espiritual es otra cuestión, y mucho más profunda. Quien puede dar alimento espiritual no tendrá mucha dificultad en ejercer cierto grado de control (dirección) espiritual.

Hay otra cosa que podríamos señalar. Cuando Pedro recibió este encargo, era un hombre quebrantado y humillado. A alguien así, una vez plenamente restaurado, el Señor le confió sus corderos y ovejas. Recordemos la exhortación apostólica: «Hermanos, si alguien es sorprendido en alguna falta, vosotros que sois espirituales, restaurad a esa persona con espíritu de mansedumbre, considerándote a ti mismo, no sea que tú también seas tentado» ([Gál. 6:1](#)). Se da por sentado que un hombre espiritual será manso y tendrá un sentido sano de su propia propensión a caer. En este caso, Pedro había caído y, ahora que se había humillado y recuperado, había alcanzado ese espíritu tierno y manso que caracteriza al hombre espiritual. A hombres de ese tipo el Señor les confía sus corderos y ovejas.

Tras haber reasignado a Pedro su misión e indicado el carácter especial del servicio que debía prestar, el Señor le mostró ahora que lo que se había jactado de hacer con la energía de la juventud, lo haría en realidad cuando su energía natural hubiera

disminuido. «Daré mi vida por ti», habían sido sus palabras, pero fracasó estrepitosamente. Su deseo había sido correcto, aunque su confianza en sí mismo era errónea y tuvo que ser reprendida. Así pues, su deseo se cumpliría, pero con un poder distinto al suyo propio. Las palabras del Señor en el versículo 18 no solo indicaban que debía glorificar a Dios con una muerte de mártir, sino también el carácter de esa muerte. La alusión era a la crucifixión. Iba a seguir al Señor en el cuidado de sus ovejas y, hasta cierto punto, en la forma de su muerte. ¡Qué gracia tan asombrosa era esta para el discípulo que había fallado! ¡Y qué enseñanza para nosotros! El caso de Juan Marcos también nos ofrece un ejemplo de cómo lo que se inicia en la carne puede aún perfeccionarse por el Espíritu; exactamente lo contrario de [Gálatas 3:3](#).

En ese momento, Pedro apartó la mirada de su Maestro y la fijó en un compañero discípulo, nada menos que el autor de este Evangelio. Juan era evidentemente más joven, pero ya había estado estrechamente vinculado a Pedro en varias ocasiones. Probablemente fue un interés genuino, y no mera curiosidad, lo que le llevó a preguntarse por su futuro. La respuesta parece tener un doble significado.

En primer lugar, subrayaba el hecho de que, para cada discípulo –ya sea Pedro o nosotros mismos– nuestra principal tarea no es con nuestros hermanos, sino con nuestro Señor. Lo que el Señor había dispuesto para Juan no era asunto de Pedro, sino seguir al Señor por sí mismo. Hoy en día no son muchos los que señalan a su hermano y dicen: “¿Qué hará este hombre?”, pero sí hay muchos que dicen: “¡Mira lo que ha hecho este hombre!” Preocuparse por las acciones de otra persona, sobre todo si no son del todo correctas, es algo fácil y barato, mientras que preocuparse por uno mismo es un asunto costoso. A cada uno de nosotros, al igual que a Pedro, el Señor nos dice: «¡Sígueme!».

En segundo lugar, había algo enigmático u oculto en esta afirmación sobre Juan, al igual que lo había habido en la afirmación del versículo 18 sobre Pedro. No indicaba que no fuera a morir y que, por tanto, permaneciera hasta la segunda venida, sino más bien que su ministerio tendría un carácter especial. La palabra que aquí se traduce como «permanecer» es una que aparece en los escritos de Juan con tanta frecuencia como en todo el resto del Nuevo Testamento en su conjunto. Se traduce de diversas formas como “permanecer”, “continuar”, “morar” o “quedarse”. Ahora bien, el ministerio de Juan, tal y como se ejemplifica en su Evangelio y sus Epístolas, se ocupaba especialmente de las cosas perdurables de la revelación de Dios, que nada puede tocar ni empañar. En el Apocalipsis vemos que fue el último de los apóstoles en ver al Señor en su gloriosa majestad y en recibir de él, por medio de su ángel, la revelación más completa de las cosas por venir, las cuales nos conducen hasta Su

segunda venida e incluso hasta el estado eterno.

El versículo 23 es una advertencia para nosotros sobre el peligro de extraer conclusiones de la Palabra de Dios y, a continuación, elevar esas conclusiones a afirmaciones dogmáticas. Si se hubiera difundido entre los hermanos la idea de que Juan no moriría, a la luz de lo que el Señor había dicho, quizá no habría merecido mención. Pero dijeron que *no debía*, en lugar de que *quizá no*. Las palabras inspiradas constituyen una categoría aparte, y debemos tener cuidado al extraer conclusiones de ellas.

El último versículo de nuestro Evangelio es muy característico. Nos recuerda que lo que se ha registrado de las obras del Señor en la tierra no es más que una minúscula fracción del todo, y esto es cierto incluso si reunimos los 4 Evangelios. Esto es tan cierto en cuanto a sus palabras como en cuanto a sus obras. Se trata de un hecho que ayuda a explicar lo que a veces se cita como aparentes discrepancias. Por ejemplo, el Señor debió de hacer y decir cosas similares decenas de veces durante los años de su incesante servicio en diversas partes de Judea y Galilea. Y, por último, no hay ninguna exageración pintoresca en lo que se dice sobre el mundo y los libros. Juan nos ha transmitido las palabras y obras incomparables del Verbo hecho carne –al menos, una selección de ellas, que, aunque pequeña, es suficiente para convencernos de que en él tenemos al Cristo, el Hijo de Dios. Aunque asumió una forma finita, el Verbo que la asumió es *infinito*. Por lo tanto, imprimió el sello de *la infinitud* en todo lo que hizo y dijo, y ni el mundo ni los libros pueden contenerlo.

Nunca llegaremos al final de todas las cosas que hizo Jesús. Con esta nota tan apropiada termina nuestro Evangelio.